



FAMILIO SALGARI

LA MUJER DEL PIRATA

ZIG-ZAG

Pentado, 1946
nota 288 + 130

LA MUJER DEL PIRATA

288

C. N. E.

COLECCION AVENTURA
"SERIE SALGARI"

EMILIO SALGARI

LA MUJER
DEL PIRATA

SEGUNDA PARTE DE SANDOKAN
(LOS TIGRES DE MOMPRACEM)

Sección Infantil



Z I G - Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

133 X 194

CAPITULO PRIMERO

LOS PIRATAS EN UNA ESTUFA

Cualquier otro hombre que no hubiera sido indio o malayo, se hubiese roto las piernas al dar aquel salto; pero no Sandokan, que era tan duro como el acero y que tenía una agilidad de cuadrumano.

Apenas tocó en tierra, se puso en pie y empuñó el *kris* en actitud de defenderse.

Por fortuna, estaba allí el portugués.

—¡Huye, desgraciado! ¿Quieres que te acribillen?

—¡Déjame, Yáñez! —dijo el pirata, presa de una excitación indescriptible—. ¡Asaltemos la quinta!

Tres o cuatro soldados aparecieron en una ventana, apuntándole con los fusiles.

—¡Sandokan, ponte en salvo! —se oyó gritar a Mariana.

El pirata dió un salto que saludaron con una descarga de fusilería, y una bala le atravesó el turbante. Se volvió rugiendo e hizo fuego con su carabina sobre la ventana, hiriendo a un soldado en medio de la frente.

—¡Ven! —gritó Yáñez, arrastrándole hacia la empalizada—. ¡Ven, imprudente testarudo!

La puerta del palacete se abrió, y diez soldados, seguidos de otros tantos indígenas, provistos de antorchas, salieron al jardín.

El portugués hizo fuego por entre el follaje. El sargento que mandaba la fuerza cayó en tierra.

—¡Dale a las piernas, hermanito! —dijo Yáñez, en tanto que los soldados se detenían en derredor de su jefe.

—¡No puedo decidirme a dejarla sola! —dijo Sandokan, a quien su pasión trastornaba el cerebro.

—Te he dicho que huyas. ¡Ven, o te llevo yo!

Aparecieron dos soldados a unos treinta pasos, y detrás de ellos un grupo numeroso.

Ya no dudaron más ambos piratas. Se metieron en medio de la maleza y se lanzaron a la carrera hacia la cerca, saludados con algunos disparos hechos al azar.

—¡Derecho, hermanito! —dijo el portugués, que, siempre corriendo, cargaba la carabina—. ¡Mañana les devolveremos a esos señores los tiros que nos han disparado por la espalda!

—¡Tengo miedo de haberlo estropeado todo, Yáñez! —dijo con voz triste el pirata.

—¿Por qué, amigo mío?

—Ahora ya saben que estoy aquí y no se dejarán sorprender.

—No digo que no; pero si los paraos han llegado, tendremos cien tigres para lanzarlos al asalto. ¿Quién es capaz de resistir tal empuje?

—¡Me da miedo el lord!

—¿Qué crees que puede hacer?

—Es hombre capaz de matar a su sobrina antes que dejar que caiga en mis manos.

—¡Demonio! —exclamó Yáñez, rascándose la frente con furia—. ¡No había pensado en eso!

Iba a detenerse para tomar un poco de aliento y encontrar una solución a aquel problema, cuando en medio de la oscuridad vió como reflejos rojizos.

—¡Los ingleses! —exclamó—. Han encontrado nuestras pisadas, y nos persiguen a través del parque. ¡Trotemos, Sandokan!

A cada paso que daban alejándose, se hacía más difícil la marcha. Por todos lados había grandes árboles, lisos unos, nudosos y retorcidos otros, y que apenas dejaban paso.

Sin embargo, como eran hombres que sabían orientarse instintivamente, tenían la seguridad de llegar muy pronto a la empalizada.

En efecto, atravesada la parte de bosque, se encontraron en terrenos cultivados.

Pasaron sin detenerse por delante del quiosco chinesco, pues habían vuelto hacia atrás para no extraviarse entre aquellas plantas gigantes, y se lanzaron de nuevo en medio de los surcos y a la carrera por entre las flores, llegando, por fin, a la cerca sin que hubiesen podido descubrirlos los soldados que registraban el parque.

—¡Espacio, Sandokan! —dijo Yáñez, conteniendo a su compañero, que se disponía a saltar al recinto—. Los disparos pueden haber atraído a los soldados que hemos visto salir después de la puerta del sol.

—¿Habrán entrado ya en el parque?

—¡Calla! ¡Acurrúcate aquí y escucha!

Sandokan aguzó el oído; pero no oyó otra cosa que el susurro de las hojas.

—¿Has visto a alguien? —preguntó.

—He oído crujir una rama a la parte de afuera.

—Puede haber sido algún animal.

—Y pueden haber sido los soldados. ¿Quieres que te diga más? Pues me ha parecido oír hablar bajo. Apostaría los diamantes de mi *kris* contra una piastra a que ahí, por ese lado, hay emboscados *chacuetas rojas*. ¿No recuerdas el pelotón que salió del parque?

—Sí, Yáñez; pero no vamos a detenernos aquí dentro.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero asegurarme de si está libre el camino.

Sandokan, ya más prudente, se levantó sin hacer ruido, y después de haber echado una rápida ojeada bajo los árboles del parque, trepó por la cerca con la ligereza de un gato.

Apenas llegó a lo alto, cuando, en efecto, oyó hablar en voz muy queda.

—¡No se había equivocado Yáñez! —murmuró.

Se inclinó hacia adelante y miró a la espesa sombra de la floresta. Aun cuando las tinieblas eran muy densas, pudo ver un grupo de gentes reunidas cerca del tronco de una *casuarina* colosal.

Se apresuró a descender y fué a reunirse con Yáñez, que no se había movido.

—Tenías razón —le dijo—: al otro lado del recinto hay hombres emboscados.

—¿Son muchos?

—Me parece que media docena.

—¡Por Jove!

—¿Qué hacemos, Yáñez?

—Alejarnos de aquí en seguida, y buscar otro camino para escapar.

—Temo que ya sea demasiado tarde. ¡Pobre Mariana! ¡Quizás crea que estamos presos o muertos!

—Por ahora no pensemos en la muchacha. Nosotros somos los que corremos un grave peligro.

—¡Vámonos!

—¡Calla, Sandokan! ¡Hablan del otro lado!

Efectivamente, oíanse dos voces, una ronca e imperiosa la otra, que hablaban cerca de la empalizada. El viento hacía llegar las palabras de un modo inteligible hasta los oídos de los dos piratas.

—Te digo —decía la voz imperiosa— que los piratas han entrado en el parque para intentar un golpe de mano contra la quinta.

—¡No lo creo, sargento Bell! —respondía la otra.

—Pero, ¡estúpido!, ¿quieres que nuestros camaradas disparen tiros por pura diversión? ¡Tú tienes vacía la mollera, Willy!

—Pues, entonces, no podrán huir de nosotros.

—Así lo espero. Somos treinta y seis y podemos vigilar todo el recinto, reuniéndonos a la primera señal.

—¡Arriba y listos! ¡Extendeos y abrid bien los ojos! Pudiera suceder que fuviésemos que habérmolas con el *Tigre de la Malasia*.

Después de estas palabras se oyó crujir de ramas y hojas; y luego, nada.

—¡Han crecido bastante en número estos bribones! —murmuró Yáñez, inclinándose hacia Sandokan—. Van a rodearnos, hermanito, y si no obramos con mucha prudencia, caeremos en la red que nos han tendido.

—¡Calla! —dijo el *Tigre de la Malasia*—. ¡Oigo hablar todavía!

La voz imperiosa había vuelto a decir:

—Tú, Bob, quédate aquí: yo voy a ocultarme detrás de aquel árbol de alcanfor. Ten montado el fusil y los ojos fijos en la empalizada.

—¡No tenga usted cuidado, sargento! —respondió Bob—. ¿Cree usted que tendremos que habérmolas con el mismo *Tigre de la Malasia*?

—Ese audaz pirata se ha enamorado locamente de la sobrina de lord Guillonk, un bocadito que está destinado al baronet Rosenthal, y puedes imaginarte si tal hombre estará tranquilo. Tengo por seguro que ha intentado robarla esta noche, a pesar de la vigilancia de nuestros soldados.

—¿Y cómo pudo desembarcar sin que le hayan descubierto nuestros cruceros?

—Se aprovecharía del huracán. También se dice que han visto navegando algunos paños a lo largo de las costas de nuestra isla.

—¡Qué audacia!

—¡Oh! ¡No veremos nunca cosa parecida! El *Tigre de la Malasia* nos dará que hacer. Te lo digo yo, Bob. Es el hombre más atrevido que conocí en mi vida.

—¡Pero esta vez no se nos escapará! Si se encuentra en el parque, no ha de poder huir tan fácilmente.

—¡Basta; a tu puesto, Bob! Tres carabinas cada cien metros de distancia pueden ser suficientes para detener al *Tigre de la Malasia* y a los que le acompañen. No hay que olvidar que son mil esterlinas las que ganamos si podemos matar al pirata.

—¡Una bonita cifra, a fe mía! —dijo sonriendo Yáñez—. ¡Hermanito, lord James te valúa en mucho!

—¡Esperan ganarlas! —contestó Sandokan.

Se irguió y miró hacia el parque. En lontananza veíanse aparecer y desaparecer algunos puntos luminosos.

Los soldados habían perdido el rastro de los fugitivos y buscaban a la ventura, esperando quizás a que amaneciese para dar una verdadera batida.

—Por ahora no tenemos nada que temer de esos hombres —dijo.

—¿Quieres que procuremos huir por alguna otra parte? —dijo Yáñez—. El parque es muy vasto y es posible que no esté vigilada toda la cerca.

—No, amigo mío; si nos ven tendremos a nuestra espalda unos cuarenta soldados y no huiremos tan fácilmente de sus tiros. Por ahora nos conviene escondernos en el parque.

—¿Dónde?

—Ven conmigo, Yáñez. Me has dicho que no cometiese locuras, y quiero demostrarte que soy prudente. Mi chiquilla no me sobreviviría si me matasen; por lo tanto, no intentemos nada desesperado.

—¿Y. no nos sorprenderán los soldados?

—No lo creo. Además, no nos detendremos mucho aquí. Mañana por la noche, suceda lo que quiera, tenderemos el vuelo. Ven, Yáñez; te conduciré a un lugar seguro.

Los dos piratas se alejaron.

Sandokan obligó a su compañero a atravesar una parte del parque, y lo condujo a una pequeña construcción de un solo piso, que servía de invernadero para las flores y que se elevaba a unos quinientos pasos del palacete de lord Guillonk. Abrió la puerta sin hacer ruido y avanzó a tientas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Yáñez.

—Enciende un pedazo de yesca.

—¿No verán la luz desde fuera?

—No hay peligro.

Aquella estancia estaba llena de enormes tiestos llenos de plantas que exhalaban delicados perfumes, y, además, obstruida por sillas y mesas de bambú muy ligeras. En el extremo opuesto el portugués vió una estufa de dimensiones gigantescas, capaz para contener media docena de personas.

—¿Y es aquí donde vamos a escondernos? —preguntó a Sandokan—. ¡Hum! El sitio no me parece muy seguro. Los soldados no dejarán de venir a explorarlo, pensando en las mil esterlinas que lord James ha prometido por tu captura.

—No te digo que no vengan.

—Entonces, nos prenderán.

—¡Despacio, amigo Yáñez!

—¿Qué quieres decir?

—Que no se les ocurrirá venir a buscarnos dentro de una estufa. Yáñez no pudo refrenar una carcajada.

—¿En aquella estufa? —exclamó.

—Sí; nos escogeremos ahí dentro.

—¡Pero, hermanito mío, nos pondremos más negros que africanos! Las pavesas no deben de escasear en ese monumental calorífero.

—Bueno, Yáñez, nos lavaremos después.

—¡Pero Sandokan!...

—Si no quieres venir, te las arreglarás con los ingleses. No hay más en qué escoger, Yáñez: o que le prendan a uno, o meterse en la estufa.

—Ya sé que no hay más qué escoger —contestó Yáñez riendo—. Vamos, pues, a visitar nuestro domicilio para ver si, al menos, es cómodo.

Abrió la portezuela de hierro, encendió otro pedazo de yesca y se metió resueltamente en la inmensa estufa, estornudando sonoramente. Sandokan le siguió sin vacilar.

El sitio era bastante amplio; pero había en él una cantidad grandísima de cenizas y de pavesas. Los dos piratas podían estar de pie cómodamente.

El portugués, que no perdía nunca su buen humor, se echó a reír con más fuerza, no obstante lo peligroso de la situación que atravesaban.

—¿Quién podría imaginar nunca que el terrible *Tigre de la Malasia* viniera a esconderse aquí? —dijo—. ¡Por Jove! ¡Tengo la seguridad de que no nos pasarán lista!

—No hables tan alto, amigo mío —dijo Sandokan—; pueden oírnos.

—¡Bah! ¡Todavía deben de estar muy lejos!

—No tanto como crees. Antes de entrar en el invernadero, y a una distancia de doscientos pasos, he visto a dos soldados que registraban.

—¿Vendrán a visitar también este sitio?

—Es seguro.

—¡Demonio! ¿Y si quisiesen ver también la estufa?

—No nos dejaremos prender tan fácilmente, Yáñez. Tenemos armas, y hasta podríamos sostener un asedio.

—¡Y sin un bizcocho, Sandokan! Porque yo supongo que no te contentarás con comer pavesas. Por otra parte, las paredes de nuestra fortaleza no me parecen muy sólidas. Con un buen empuje se podría echarlas al suelo.

—Antes de que tirasen las paredes nos lanzaríamos al ataque —dijo Sandokan, que tenía, como siempre, confianza en su audacia y en su valor.

—Sería necesario que nos proporcionásemos víveres.

—Ya los encontraremos, Yáñez. He visto plátanos y pombos en alrededor de este encierro: los saquearemos.

—¿Cuándo?

—¡Calla! ¡Oigo voces!

—¡Me haces estremecerme!

—Ten dispuesta la carabina y no temas. ¡Escucha!

Por la parte de afuera se oía hablar a varias personas que se acercaban. Crujían las hojas, y las piedrecitas del camino que conducía al invernadero rodaban bajo los pies de los soldados.

Sandokan dijo a Yáñez que no se moviese, y abrió con precaución la portezuela de hierro para mirar afuera.

El recinto estaba todavía oscuro; pero a través de los vidrios se veían brillar algunas antorchas en medio de los grupos de plátanos que crecían a lo largo del camino.

Contó hasta cinco o seis soldados, a quienes precedían dos negros.

—¿Se dispondrán a visitarnos? —se preguntó con cierta ansiedad.

Volvió a cerrar con precaución la portezuela, en el momento mismo en que un rayo de luz iluminaba el interior del pequeño edificio.

—¡Ya vienen! —dijo a su compañero, el cual no se atrevía ni a respirar—. ¡Estemos prontos para lanzarnos sobre esos importunos! ¿Has montado tu carabina?

—Tengo puesto el dedo en el gatillo.

—¡Muy bien! ¡Desenvaina también el *kriss*!

El pelotón de soldados entraba entonces en el invernadero, iluminándolo completamente. Sandokan, que se había colocado muy cerca de la portezuela, vio a los soldados mover tientos, apartar sillas y mesas y registrar hasta los últimos ángulos de aquel sitio. A pesar de su valor y presencia de ánimo, no pudo contener un estremecimiento.

Registrando de aquel modo, no era probable que no reparasen en la estufa; por lo tanto, había que temer que de un momento a otro les hicieran una visita.

Sandokan se apresuró a reunirse con Yáñez, que se había acurrucado en el fondo, medio ahogado por las cenizas y las pavesas.

—¡No te muevas —le susurró Sandokan—; quizás no nos descubran!

—¡Calla! —dijo Yáñez—. ¡Escucha!

Decía una voz:

—¿Se habrá echado a volar ese condenado de pirata?

—¿O habrá desaparecido bajo tierra? —dijo otro soldado.

—¡Oh! ¡Ese hombre es capaz de todo, amigos míos! —exclamó un tercero—. Os aseguro que no es un hombre como nosotros, sino un hijo del compadre Belcebú.

—A mí me parece lo mismo, Varres —volvió a decir la primera voz con cierto temblor, que indicaba que el sujeto tenía una buena dosis de miedo—. No he visto más que una sola vez a ese hombre terrible, y me ha bastado. No era hombre; era un tigre, que tuvo valor para arrojarse sobre cincuenta soldados, sin que le tocase una bala.

—¡Me das miedo, Bob! —dijo otro.

—¿Y a quién no ha de causar miedo?

—Yo creo que ni siquiera lord Guillonk tendría ánimo suficiente para hacer frente a ese hijo del infierno.

—Como quiera que sea, procuraremos prenderle; es imposible que ahora se nos escape. El parque está todo rodeado, y si quiere escalar la cerca, allí dejará los huesos.

—Apostaría dos meses de mi paga contra dos peniques a que le capturamos nosotros.

—A los espíritus no se les puede coger.

—¡Estás loco, Bob, si le crees un ser infernal! ¿No le han metido una bala en el pecho los marineros del crucero que derrotó a los dos paraos en la boca del riachuelo? Lord Guillonk, que tuvo la mala suerte de curarle la herida, asegura que el *Tigre* es un hombre como nosotros y que echaba sangre igual a la nuestra. ¿O es que crees que los espíritus tienen sangre?

—No.

—Entonces, ese pirata no es más que un bribón audaz y muy valiente; pero siempre un tunante digno de que le ahorquen.

—¡Canalla! —murmuró Sandokan—. ¡Si no me encontrara aquí dentro, yo te haría ver quién soy!

—¡Vamos! —repuso la primera voz—. ¡Busquémosle, o perderemos las mil esterlinas que lord James Guillonk nos ha prometido!

—Aquí no está, vamos a buscarle a otra parte.

—¡Despacio, Bob! Allí veo una estufa monumental, en la cual pueden refugiarse varias personas. ¡Mano a las carabinas, y vamos a ver!

—¿Quieres burlarte de nosotros, camarada? —dijo un soldado—. ¿Quién quieres que haya ido a esconderse en ese sitio? Ahí no cabrían ni siquiera los pigmeos del rey de Abisinia.

—Os digo que vamos a registrarla.

Sandokan y Yáñez se echaron atrás todo lo que pudieron, y se dejaron caer entre las cenizas y las pavesas para poder ocultarse mejor a las miradas de aquellos curiosos.

Un instante después se abrió la portezuela de hierro y un rayo de luz se proyectaba en el interior, pero era incapaz para iluminar enteramente la estufa. Un soldado metió la cabeza y volvió a sacarla estornudando sonoramente.

Una porción de cenizas y pavesas le pusieron la cara como la de un limpiachimeneas, dejándole medio ciego por añadidura.

—¡Al diablo el que ha tenido la ocurrencia de hacerme meter la nariz dentro de este negro humo! —exclamó el inglés.

—¡Era una ridiculez! —dijo otro soldado—. Estamos perdiendo un tiempo precioso, sin resultado de ninguna especie. El *Tigre de la Malasia* debe estar en el parque; quizás a estas horas trate de saltar la cerca.

—¡Apresurémonos a marchar! —dijeron todos—. No será aquí donde ganemos las mil esterlinas que nos ha prometido el lord.

Los soldados batieron retirada precipitadamente, cerrando ruidosamente la puerta del invernadero. Durante algunos instantes se oyeron los pasos y sus voces; después, nada.

Cuando el portugués no oyó ruido alguno, dió un gran suspiro de satisfacción.

—¡Cuerpo de cien mil espingardas! —exclamó—. ¡Me parece que en unos cuantos minutos he vivido cien años! ¡No daba ni una piastra por nuestros respectivos pellejos! ¡A poco que el soldado hubiese alargado la cabeza, nos hubiese descubierto! ¡Podemos encender un cirio a Nuestra Señora de los Mares!

—Efectivamente, no niego que el momento haya sido de prueba —respondió Sandokan—. Cuando vi tan cerca aquella cabeza, se puso todo rojo ante mí, y no sé cómo he podido contenerme para no hacer fuego.

—¡Pues hubiera sido un bonito negocio!

—Ahora ya no tendremos nada que temer. Continuarán su busca por el parque, y concluirán por persuadirse de que hemos desaparecido. ¿Y cuándo nos marcharemos? Porque supongo que no tendrás el pensamiento de permanecer aquí unas cuantas semanas. Piensa que los paraos pueden haber llegado ya a la boca del riachuelo.

—No tengo intención de detenerme aquí; tanto más, cuanto que no han de abundar los víveres. Esperaremos a que se calme un poco este

furor de vigilancia de los ingleses, y verás cómo en seguida echamos a volar.

—También yo deseo saber si se han reunido ya nuestros hombres, porque sin su concurso no nos será posible robar a Mariana.

—Sandokan, vamos a ver si encontramos alguna cosa que poner entre los dientes o con qué refrescar la garganta.

—Pues salgamos, Yáñez.

El portugués creía ahogarse dentro de la estufa; cogió la carabina y se deslizó hasta la portezuela, saltando en seguida sobre un tiesto que estaba cerca, para no dejar en el suelo rastro de las pavesas.

Sandokan imitó tan prudente maniobra, y, saltando de tiesto en tiesto, llegaron a la puerta del recinto.

—¿Ves por ahí alguno? —preguntó.

—Por fuera todo está muy oscuro.

—Entonces vamos a saquear los plátanos.

Se dirigieron hacia los grupos de árboles que crecían a lo largo del camino, y así que llegaron a un grupo de plátanos y de *pombos* hicieron una abundante provisión para calmar el apetito y los ardores de la sed.

Iban a volverse, cuando Sandokan se detuvo diciendo:

—Espérame aquí, Yáñez; quiero ver dónde están los soldados.

—Es una imprudencia lo que quieres hacer —contestó el portugués—. Deja que anden por donde quieran. ¿Qué nos importa a nosotros?

—Me bulle un proyecto en la cabeza.

—¡Vete al demonio con tus proyectos! ¡Esta noche no se puede hacer nada!

—¿Quién sabe? —respondió Sandokan—. Quizás podamos marcharnos sin esperar mañana. Además, mi ausencia será muy breve.

Alargó a Yáñez la carabina, empuñó el *kris* y se alejó silenciosamente bajo la oscura sombra de los árboles.

Ya cerca del último grupo de plátanos descubrió a gran distancia algunas antorchas que se dirigían hacia la empalizada.

—Parece que se alejan —murmuró—. Veamos qué sucede en el palacete de lord James. ¡Ah! ¡Si pudiese ver, aunque no fuera más que un instante, a mi chiquilla! ¡Me iría de aquí más tranquilo!

Ahogó un suspiro y se dirigió hacia el sendero, procurando ocultarse con los troncos de los árboles y la maleza.

Llegando a la vista de la quinta se detuvo bajo un grupo de mangos. Su corazón dió un vuelco al ver iluminada la ventana de Mariana.

—¡Ah! ¡Si pudiese robarla! —murmuró mirando ardientemente la luz que brillaba a través de la reja.

Dió tres o cuatro pasos más, muy inclinado hacia tierra para que no pudiese descubrirle algún soldado de los que hubiera emboscados en aquellos alrededores, y de nuevo volvió a detenerse.

Descubrió una sombra que había pasado ante la luz, y que le había parecido la de la mujer amada.

Iba a lanzarse hacia el palacio, cuando vió un hombre ante la puerta del edificio.

Era un centinela que estaba apoyado en su carabina.

“¿Me habrá visto?” —se preguntó.

Su duda sólo duró un instante. Otra vez había visto la sombra de la muchacha, que pasaba por detrás de la reja.

Sin acordarse del peligro, avanzó. Apenas había dado diez pasos, cuando vió que el centinela echaba rápidamente mano a la carabina.

—¿Quién vive? —gritó.

Sandokan se detuvo.

CAPITULO II

EL FANTASMA DE LA CHAQUETA ROJA

La partida estaba ya irremisiblemente perdida, y aun amenazaba convertirse en peligrosa para el pirata y para su compañero.

Dada la oscuridad y la distancia, no era de presumir que el centinela hubiese podido distinguir bien al pirata, el cual se había escondido rápidamente detrás de un montón de malezas; pero podía llamar a los otros compañeros.

Sandokan comprendió que estaba expuesto a un gran peligro, y permaneció inmóvil detrás de los vegetales.

El centinela repitió la intimación, y, no recibiendo respuesta alguna, dió varios pasos para ver qué era lo que se escondía detrás de la maleza; después, creyendo que se había engañado, volvió hacia el palacete, poniéndose de guardia ante la puerta de entrada.

Aun cuando sentía vivísimo deseo de realizar su temeraria empresa, Sandokan comenzó a retroceder lentamente con mil precauciones, yendo de un tronco a otro deslizándose por detrás de los arbustos y de la maleza, sin apartar la vista del soldado, el cual seguía fusil en mano, dispuesto a hacer fuego.

Apretó el paso y se metió en el invernadero, donde el portugués le esperaba lleno de inquietud.

—¿Qué has visto? —preguntó Yáñez—. ¡He temblado por ti!

—¡Nada de bueno para nosotros! —contestó Sandokan con sorda cólera—. El palacete está guardado por centinelas y multitud de soldados recorren el parque. Esta noche no podremos intentar absolutamente nada.

—Pues aprovecharemos el tiempo en descabezar un sueñecito. Tengo por seguro que aquí no volverán a incomodarnos.

—¿Quién puede asegurarlo?

—¿Quieres ponerme malo, Sandokan?

—Puede pasar algún grupo de soldados y hacer una nueva exploración.

—¡Me parece que esto va bastante mal para nosotros, hermanito mío! ¡Si tu chiquilla pudiera sacarnos de esta situación!

—¡Pobre Mariana! ¿Quién sabe cómo la vigilarán? ¡Y lo que sufrirá no teniendo noticias nuestras! ¡Daría cien gotas de mi sangre por decirle que estamos vivos todavía!

—Se encuentra en bastante mejores condiciones que nosotros, hermanito. Por ahora no pienso en ella. ¿Quieres que aprovechemos este reposo para dormir algunos minutos? Un poco de descanso nos vendrá muy bien.

—Sí, pero con un ojo abierto.

—¿Quisiera dormir con los dos ojos abiertos. ¡Vamos! Tendámonos detrás de estos tiestos y procuremos conciliar el sueño.

El portugués y su compañero, aun cuando no se sintiesen muy tranquilos, se acurrucaron en medio de unos rosales de China y procuraron dormir.

A pesar de toda su buena voluntad, no pudieron cerrar los ojos. El temor de ver aparecer de nuevo a los soldados de lord James los tuvo constantemente despiertos. Para calmar su ansiedad, siempre creciente, varias veces salieron con objeto de ver si se acercaban los enemigos.

Cuando despuntó el día, los ingleses registraban el parque otra vez, pero con mayor encarnizamiento, rebuscando entre los grupos de bambúes, de plátanos y de *pombos*.

No parecía sino que estaban seguros de descubrir, más tarde o más temprano, a los audaces piratas que habían cometido la imprudencia de saltar la empalizada del parque.

Al verlos lejos, Yáñez y Sandokan se aprovecharon para coger naranjas grandes como la cabeza de un niño y muy suculentas, conocidas por los malayos con el nombre de *buá kadangra*; después volvieron a esconderse en la estufa, teniendo la precaución de borrar los rastros de pavesas y cenizas que habían caído en el suelo.

Aun cuando ya había sido registrada la estufa, podían volver los ingleses para asegurarse mejor con la luz del día de que no se escondían allí los dos piratas.

Así que Sandokan y Yáñez devoraron su desayuno, encendieron los cigarrillos y se acomodaron entre la ceniza, esperando a que llegase la noche para intentar la fuga.

Allí estaban hacía algunas horas, cuando a Yáñez se le figuró oír pasos por la parte de afuera. Ambos se levantaron empuñando los *kriss*.

—¿Volverán? —preguntó el portugués.

—¿Te habrás equivocado? —dijo Sandokan.

—No; alguien ha pasado por el sendero.

—Si estuviera seguro de que solamente se trataba de un hombre, saldría para hacerle prisionero.

—¡Estás loco, Sandokan!

—¡Por él podríamos saber dónde están los soldados y por qué parte podríamos pasar!

—¡Hum! ¡Tengo la seguridad de que nos engañaría!

—No se atrevería a hacerlo con nosotros, Yáñez. ¿Quieres que vayamos a ver?

—¡No te fíes, Sandokan!

—¡Pero es preciso intentar algo, amigo mío!

—Pues déjame salir a mí.

—¿Y voy a estar aquí sin hacer nada?

—Si necesito que me ayudes, llamaré.

—¿Oyes algo?

—No.

—Entonces, vete, Yáñez; yo estaré con cuidado para lanzarme fuera en seguida.

Yáñez se quedó algunos instantes escuchando; después salió.

Algunos soldados registraban todavía, pero ya como cansados, la intrincada maleza del parque.

Los otros debían haberse dirigido al exterior, perdida la esperanza de encontrar a los piratas en las proximidades de la quinta.

—Esperémos —dijo Yáñez—. Si en todo el día de hoy no nos encuentran, quizás se persuadan de que hemos logrado escaparnos, a pesar de su vigilancia. Si todo va bien, esta noche saldremos de nuestro escondrijo y nos meteremos en la selva.

Iba a volverse, cuando, echando una mirada en derredor, vió que por la parte del palacete avanzaba un soldado por la senda que conducía al invernadero.

“¿Me habrán descubierto?” —se preguntó con ansiedad.

Ocultóse en medio de los plátanos, y resguardado por sus gigantescas hojas fué retrocediendo rápidamente hasta unirse con Sandokan. Este, al verle venir con el rostro descompuesto, imaginó que algo grave debía haber acaecido.

—¿Han venido siguiéndote? —le preguntó.

—Temo que me hayan visto —contestó Yáñez—. Un soldado se dirige hacia nuestro refugio.

—¿Uno solo?

—Sí, solo.

—¡Pues es el hombre que necesito!

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Están lejos los otros?

—Están cerca de la empalizada.

—Entonces, le cogemos.

—¿A quién? —preguntó espantado Yáñez.

—Al soldado que se dirige hacia aquí.

—Pero, ¿quieres perdernos, Sandokan?

—¡Me es necesario ese hombre! ¡Pronto, sígueme!

Yáñez quiso protestar; pero ya Sandokan se encontraba fuera del recinto. De buena o mala gana, se vió obligado a seguirle, para impedir, por lo menos, que cometiese una imprudencia.

El soldado que Yáñez había visto no distaba más de doscientos pasos, era un jovencillo pálido, de cabellos rojos e imberbe todavía, probablemente un soldado novel. Avanzaba silbando una tonadilla y con el fusil en bandolera. Por lo visto, no se había percatado de la presencia de Yáñez, pues de haber sido así, habría empuñado el arma y no hubiera avanzado sin tomar algunas precauciones o sin llamar en su socorro a algún compañero.

—Será fácil capturarle —dijo Sandokan, inclinándose hacia Yáñez, que ya se le había reunido.

—Escondámonos en medio de estos plátanos, y apenas ese jovencillo haya pasado, caeremos encima de él. Prepara un pañuelo para amordazarle.

—¡Ya está! —contestó Yáñez—. Pero te digo que cometes una imprudencia.

—Ese hombre no podrá oponer mucha resistencia.

—¿Y si da un grito?

—No tendrá tiempo. ¡Aquí está!

El soldado había pasado por los grupos de árboles, sin haber visto nada. Yáñez y Sandokan se le echaron encima.

Mientras el *Tigre* lo agarraba por el cuello, el portugués lo amordazaba. Sin embargo, aunque el ataque había sido tan rápido como el rayo, el jovencito tuvo tiempo de dar un agudo grito.

—¡Pronto, Yáñez! —dijo Sandokan.

El portugués cogió al prisionero y se lo llevó rápidamente a la estufa.

Sandokan se le acercó a los pocos momentos. Estaba muy inquieto, porque no había tenido tiempo de recoger la carabina del soldado, pues había visto a varios lanzarse a la carrera hacia aquella parte.

—¡Estamos amenazados, Yáñez! —dijo, metiéndose apresuradamente en la estufa.

—¿Habrán visto que hemos capturado a este hombre? —preguntó Yáñez palideciendo.

—Por lo menos, deben haber oído el grito que dió.

—¡Entonces estamos perdidos!

—¡Todavía no! Pero si ven en tierra la carabina de su compañero, de seguro que vienen a registrar aquí.

—¡Hermanito mío, no perdamos tiempo! ¡Salgamos de aquí y corramos hacia la empalizada!

—Nos fusilarán antes de que hayamos podido correr cincuenta pasos. Quedémonos aquí y esperemos los acontecimientos con calma. Además, estamos armados y decididos a todo.

—¡Me parece que ya vienen!

—¡Yáñez, no te asustes!

No se había equivocado el portugués. Algunos soldados que habían llegado ya cerca del escondite comentaban la misteriosa desaparición de su compañero.

—Sí; dejó aquí el arma, lo cual quiere decir que alguien lo ha sorprendido y lo ha llevado —dijo uno.

—Me parece imposible que los piratas estén todavía aquí y que hayan tenido el atrevimiento de intentar un golpe tan audaz —decía otro—. ¿Habrá querido burlarse Barry de nosotros?

—No me parece momento oportuno para divertirse.

—Yo no creo que le haya sucedido ninguna desgracia.

—Pues yo, en cambio, te digo que los dos piratas lo han asaltado —dijo una voz nasal con acento escocés—. ¿Quién ha visto saltar la empalizada a esos hombres?

—¿Y dónde quieres que estén escondidos? Hemos visitado todo el parque sin encontrar el menor rastro.

—¿Serán efectivamente esos tunantes dos espíritus infernales que puedan esconderse bajo tierra o en los troncos de los árboles?

—¡Ohé!... ¡Barry!... —gritó una voz—. ¡Deja de divertirme, o te haré dar de latigazos!

Naturalmente, nadie contestó. El jovencito hubiera querido hacerlo; pero amordazado como estaba, y amenazado además por los *kriss* de Sandokan y de Yáñez, le era de todo punto imposible.

Aquel silencio confirmó a los soldados en la sospecha de que a su compañero le había sucedido una desgracia.

—Vamos; ¿qué hacemos? —preguntó el escocés.

—¡Busquemosle, amigos! —dijo otro.

—Pero ya hemos registrado entre la espesura.

—Entremos en el invernadero.

Al oír estas palabras los dos piratas se sintieron invadidos por una viva inquietud.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Yáñez.

—¡Ante todo, matar al prisionero! —dijo Sandokan, resueltamente.

—La sangre nos descubriría. Además, creo que este pobre joven no puede hacer nada, porque está medio muerto de espanto.

—¡Sea; dejémosle la vida! Tú te pones cerca de la portezuela, y partes el cráneo al primer soldado que pretenda entrar.

—¿Y tú?

—Voy a preparar una bonita sorpresa a las chaquetas rojas.

Yáñez cogió la carabina, la montó y se tendió entre las cenizas.

Sandokan se inclinó sobre el preso, diciéndole:

—¡Cuidado con que des un solo grito, porque te planto el puñal en la garganta! Te advierto que la punta está envenenada con el jugo mortal del *upas*. Si quieres vivir, no hagas ni un gesto.

Dicho esto, se levantó y golpeó en distintos sitios de las paredes de la estufa.

—¡Será una magnífica sorpresa! —dijo—. Esperemos el momento oportuno para aparecer.

Mientras tanto los soldados habían entrado y removían con rabia los tientos y los cajones de plantas, maldiciendo al *Tigre de la Malasia* y a su compañero.

Como no encontraron nada, pusieron los ojos en la estufa.

—¡Por mil cañones! —exclamó el escocés—. ¿Habrán asesinado a nuestro compañero y le habrán escondido ahí dentro?

—¡Vamos a verlo! —dijo otro.

—¡Despacio, camaradas! —dijo un tercero—. La estufa es bastante grande para que en ella pueda esconderse más de un hombre.

Sandokan apoyó los hombros sobre las paredes, disponiéndose a dar un empuje tremendo.

—¡Yáñez —dijo—, disponte a seguirme!

—¡Ya estoy dispuesto!

Al oír que se abría la portezuela, Sandokan se alejó algunos pasos.

Un sordo crujido se oyó en seguida, e inmediatamente cedieron las paredes ante aquel empuje poderoso.

—¡El *Tigre*! —gritaron los soldados, echándose a derecha e izquierda.

Entre aquellas ruinas apareció de improviso Sandokan, con la carabina empuñada y el *kriss* entre los dientes.

Disparó sobre el primer soldado que vió delante, se arrojó con ímpetu irresistible encima de los otros, derribando a dos, y huyó seguido de Yáñez.

CAPITULO III

A TRAVES DE LA SELVA

El espanto que experimentaron los soldados al ver aparecer al formidable pirata había sido tal, que por el momento ninguno pensó en hacer uso de las armas.

Cuando, ya repuestos de la sorpresa, quisieron tomar la ofensiva, era demasiado tarde.

Los dos piratas, sin hacer caso de las notas de trompa que salían de la quinta ni de los disparos de los soldados esparcidos por el parque, tiros disparados a la ventura, se habían metido ya entre los grupos de árboles y la espesura de la maleza.

Trotando furiosamente, llegaron en menos de dos minutos a lo más espeso del arbolado.

Se detuvieron un momento para tomar aliento.

Los soldados que habían tratado de bloquearlos en la estufa se lanzaron fuera del invernadero, gritando a voz en cuello y haciendo fuego en medio de los árboles.

Los de la quinta comprendiendo al fin que se trataba de algo grave,

y sospechando que quizás sus compañeros hubieran descubierto al formidable *Tigre de la Malasia*, corrían a través del parque para llegar a la empalizada.

—¡Es demasiado tarde, queridos míos —dijo Yáñez—; llegaremos nosotros primero!

—¡A la carrera! —dijo Sandokan—. ¡No nos dejemos cortar el camino!

Volvieron a emprender la carrera con igual ímpetu.

—¿Hay alguien? —preguntó Sandokan.

—¡No se ve ánima viva!

—¡Pues metámonos en el bosque! ¡Allí les haremos perder nuestro rastro!

La selva estaba a dos pasos de distancia.

Ambos se ocultaron en ella avanzando a todo correr.

A cada paso que daban, la marcha se hacía más difícil.

Por todas partes surgía una manigua espesísima entre los enormes árboles que alzaban su grueso y nudoso tronco a una altura extraordinaria, y por todas partes se deslizaban, entrecruzándose como boas monstruosas, miles de raíces.

De lo alto descendían, para volver a subir, agarrándose a los troncos y ramas de los grandes vegetales los *cálamus*, *rotang*, *gambires*, formando verdaderas redes que resistían tenazmente a todos los esfuerzos, aun a las hojas de los cuchillos; debajo del *piper nigrum* formaban montones tales, que hacían vana toda tentativa de paso.

A diestro y siniestro, delante y detrás, se erguían *duriones* de troncos derechos, lucientes y cargados de fruta ya casi madura, proyectiles excesivamente peligrosos, porque están revestidos de puntas tan duras como si fuesen de hierro. Veíanse, además, grupos inmensos de plátanos de hojas desmesuradas, *beteles*, *arengha saccharifera* de elegantísimas hojas en forma de pluma, y naranjos con frutas tan grandes como la cabeza de un niño.

Los dos piratas, perdidos en medio de aquella espesísima selva que en realidad podía llamarse virgen, se encontraron muy pronto en la imposibilidad de seguir avanzando. Hubiera sido necesario un cañón para hundir aquella muralla de troncos de árboles, raíces y *cálamus*.

—¿A dónde vamos, Sandokan? —preguntó Yáñez—. ¡Yo no sé por dónde vamos a pasar!

—Imitaremos a los monos —dijo el *Tigre de la Malasia*.

—Para nosotros es una maniobra familiar.

—Y muy apreciable en estos momentos.

—Sí; porque haremos perder nuestro rastro a los ingleses que vienen siguiéndonos.

—Y después, ¿sabremos orientarnos?

—Ya sabes que los borneses no perdemos nunca la buena dirección, aunque carezcamos de brújula. Nuestro instinto de hombre de los bosques es infalible.

—¿Habrán entrado ya en esta parte de la selva los ingleses?

—Lo dudo, Yáñez —contestó Sandokan—. Si nosotros, que estamos habituados a vivir en medio de los bosques, nos fatigamos, ellos no habrán podido dar ni diez pasos. Sin embargo, procuraremos alejarnos pronto. Sé que el lord tiene grandes perros, y esos condenados animales podrían alcanzarnos.

—Tenemos puñales para defendernos.

—Son más peligrosos que los hombres. ¡Vamos, Yáñez; fuerza de brazos!

Agarrándose a los *rotang*, a los *cálamus* y a los sarmientos de los *piper*, los dos piratas escalaron la muralla vegetal con una agilidad que hubiera dado envidia a los mismos monos.

Subían, descendían, volvían a subir, pasando por entre las mallas de aquella inmensa red vegetal, deslizándose entre las desmesuradas hojas de espesísimos plátanos o por entre los troncos de árboles colosales.

Ante su inesperada aparición huían chillando las espléndidas palomas coronadas o las llamadas *morobo*; los *tucanes*, de pico enorme y cuerpo espléndido, cubiertos de plumas rojas y azules, escapaban dando gritos estridentes, semejantes al chirriar de un carro mal engrasado; como rayos se alzaban los *argos* de larga cola y desaparecían dando agudos silbidos.

También los monos de gran nariz, sorprendidos por aquella súbita aparición, se lanzaban precipitadamente hacia los árboles vecinos dando gritos de espanto y corriendo a esconderse en las cavidades de los troncos.

Sin inquietarse por nada, Yáñez y Sandokan proseguían su atrevida maniobra, pasando de planta en planta sin poner jamás el pie en falso. Lanzábanse entre los *cálamus* con extraordinaria seguridad, permaneciendo suspendidos; después, dando un nuevo empuje, se deslizaban sobre los *rotang* para agarrarse a las ramas de los árboles que tenían más próximos.

Así recorrieron quinientos o seiscientos metros, no sin haber estado expuestos más de una vez a caer de cabeza desde elevadísima altura; por último, se detuvieron entre las ramas de un *buámamplam*.

—Aquí podemos reposar algunas horas —dijo el *Tigre*—. Nadie vendrá, seguramente, a inquietarnos en medio de esta selva. Estamos en una ciudadela perfectamente rodeada de bastiones.

—¿Sabes, hermanito mío, que hemos tenido bastante fortuna para huir de aquellos tunantes? Encontrarnos en una estufa con ocho o diez soldados en derredor y haber podido salvar la piel, es cosa verdaderamente milagrosa. Deben tenerte mucho miedo.

—Así parece —dijo Sandokan, sonriendo.

—¿Habrás sabido tu chiquilla que has logrado escapar?

—Lo supongo —contestó Sandokan dando un suspiro.

—Pero temo que esta empresa nuestra decida al lord a buscar un asilo seguro en Victoria.

—¿Crees eso? —preguntó Sandokan, tornándosele el rostro sombrío.

—No se creará seguro sabiendo que estamos tan cerca de la quinta.

—¡Es verdad, Yáñez! ¡Es preciso que nos pongamos en busca de nuestros hombres!

—¿Habrán arribado?

—Los encontraremos con seguridad en la boca del riachuelo.

—Si es que no les ha sucedido alguna desgracia.

—¡No me pongas en cuidado! Pronto lo sabremos.

—¿Y caeremos en seguida sobre la quinta?

—Ya veremos qué es lo que conviene hacer.

—Sandokan, ¿quieres que te dé un consejo?

—Habla, Yáñez.

—En lugar de intentar el asalto de la quinta, esperemos a que salga el lord. Ya verás cómo no está mucho tiempo en estos sitios.

—¿Y querrías atacar a la escolta a lo largo del camino?

—Sí, en medio de los bosques. Porque un asalto puede ser largo y costar sacrificios enormes.

—Me parece bueno el consejo.

—Deshecha o puesta en fuga la escolta, robaremos la chiquilla y nos volveremos en seguida a Mompracem.

—¿Y el lord?

—Le dejaremos que se vaya adonde quiera. A nosotros, ¿qué nos importa? Váyase a Sarawak o a Inglaterra, tanto da.

—No se irá a un sitio ni a otro, Yáñez.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no va a dejarnos ni un solo momento de tregua, y que lanzará sobre nosotros todas las fuerzas de Labuán.

—¿Y te inquietarías por eso?

—¿Yo? ¡No parece sino que el *Tigre de la Malasia* tiene miedo de esas gentes! Ya sé que vamos a tener que habérnoslas con numerosos ejércitos poderosamente armados y decididos a expugnar mi isla; pero allí encontrarán lo que no esperan. En Borneo hay legiones de salvajes dispuestos a ponerse bajo mis banderas. Bastará que envíe unos emisarios a las Romades y a las costas de la Gran Isla, para que lleguen por docenas los paraos.

—Ya lo sé, Sandokan.

—Como ves, Yáñez, si quisiera podría desencadenar la guerra hasta en las costas de Borneo, y lanzar hordas de salvajes sobre esta aborrecida isla.

—Pero no lo harás, Sandokan.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto te hayas apoderado de Mariana Guillonk no volverás a cuidarte de Mompracem ni de sus tigrecitos. ¿No es verdad, hermanito?

Sandokan no contestó. Sin embargo, de sus labios salió un suspiro tan fuerte, que parecía un rugido lejano.

—La muchacha tiene mucha energía, es una mujer que no se haría rogar para combatir intrépidamente al lado del hombre que ama; pero miss Mary no será nunca la reina de Mompracem. ¿No es así, Sandokan?

También esta vez el pirata quedó silencioso. Se cogió la cabeza con ambas manos, y sus ojos, iluminados por una luz sombría, miraban al vacío procurando leer en lo porvenir.

—¡Tristes son los días que se preparan para Mompracem! —continuó Yáñez—. Dentro de poco la formidable isla, menos formidable quizás dentro de algunas semanas, habrá perdido todos sus prestigios, y sus terribles tigres habrán desaparecido. En fin, así tenía que suceder; poseemos tesoros inmensos, e iremos a gozar de una vida tranquila en cualquier ciudad opulenta del extremo Oriente.

—¡Calla! dijo Sandokan con voz sorda—. ¡Calla, Yáñez! ¡Tu no puedes saber qué es lo que reserva el Destino a los Tigres de Mompracem!

—Se puede adivinar.

—Pudieras equivocarte.

—Entonces, ¿qué es lo que piensas?

—No puedo decirte todavía. Esperemos los acontecimientos ¿Quieres que nos vayamos?

—Todavía es pronto.

—Estoy impaciente por volver a ver los paraos.

—Los ingleses pueden esperarnos en las orillas de la selva.

—¡No los temo!

—¡Cuidado, Sandokan! Estás a punto de meterte en la boca del lobo. Una bala de carabina bien dirigida puede enviarte al otro mundo.

—Tendré prudencia. Mira: allá abajo parece que la espesura se aclara un poco. ¡Vámonos, Yáñez! ¡Me devora la impaciencia!

—Como quieras. ¡Vámonos!

Aun cuando el portugués temía una sorpresa por parte de los ingleses, los cuales podían haberse metido en el bosque, se sentía también impaciente por saber si los paraos habían huído de la tremenda borrasca que se desencadenara sobre las costas de la isla.

Apagaron la sed con el jugo de algunos *buámamplam*, después se cogieron a los *rotang* y a los *cálamus* que ceñían el árbol, y se dejaron caer al suelo.

No era, sin embargo, cosa fácil salir de la selva. A la parte de allá de un pequeño espacio algo más claro, los árboles volvían a espesarse más que antes.

Sandokan estaba extraviado; no sabía qué dirección tomar para ir hasta el riachuelo.

—Nos encontramos en un apuro, querido Sandokan —dijo Yáñez, que no podía ver ni el sol para orientarse a través de aquella espesura—. ¿Hacia qué parte nos dirigiremos?

—Te confieso que no sé si ir hacia la izquierda o hacia la derecha —respondió Sandokan—. Sin embargo, me parece que veo por allí un senderillo. Aun cuando lo han cubierto las hierbas, podemos seguirlo. Quizás nos conduzca fuera de este atasco, y...

—Un ladrido; ¿no es verdad?

—Sí —contestó el pirata, cuya frente se oscureció.

—¡Los perros han descubierto nuestra pista!

—¡Nos dan caza! ¡Escucha!

En lontananza, y en medio de la espesura, resonó otro ladrido; seguramente, por entre los inmensos espacios vírgenes de la selva había penetrado algún perro que procuraba llegar hasta los fugitivos.

—¿Será sólo el perro, o vendrá seguidos de hombres? —preguntó Yáñez.

—Quizás le siga algún negro. Un soldado no hubiera podido andar por entre este laberinto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esperar a pie firme a ese animal, y matarlo.

—¿De un tiro?

—El disparo nos descubriría, Yáñez. Empuña tu *kriss*, y esperemos

—En caso de peligro, subiremos por este *pombo*.

Los dos se escondieron detrás del tronco de un gran árbol, el cual estaba rodeado de raíces y de *rotangs* que formaban una verdadera red, y esperaron a que apareciese aquel adversario de cuatro patas.

El animal adelantaba rápidamente. A no mucha distancia se oían crujidos de ramas y hojas, y de cuando en cuando algunos ladridos sordos.

Ya debía de haber descubierto las pisadas de los piratas, y se apresuraba para impedirles que se alejasen.

Detrás de él, y probablemente a distancia, irían algunos indígenas.

—¡Mírale! —dijo de pronto Yáñez.

Un gran perro negro, de pelo hirsuto y formidables mandíbulas armadas de dientes agudísimos, apareció en medio de una gran mata de

césped. Pertenecía a esa raza feroz que usan los plantadores de las Antillas y de la América meridional para dar caza a los esclavos.

Al ver a los dos piratas se detuvo un momento para mirarlos con ojos que parecían brasas; después, saltando por encima de las raíces como un leopardo, se lanzó adelante dando un rugido pavoroso.

Sandokan se había arrodillado rápidamente, sosteniendo el *kriss* en posición horizontal, en tanto que Yáñez cogía la carabina por el cañón para servirse de ella como de una maza.

Dando otro brinco el feroz perro cayó sobre Sandokan, que estaba más cerca, y trató de apresarle por la garganta.

Si aquella bestia era feroz, el *Tigre de la Malasia* no lo era menos.

Rápido como el rayo adelantó la diestra, y la hoja del *kriss* desapareció casi por completo entre las fauces del animal. Al propio tiempo Yáñez le descargaba tal mazazo, que le hundió el cráneo.

—¡Me parece que ya tiene bastante! —dijo Sandokan levantándose y dando con el pie al perrazo, que estaba agonizando—. ¡Si los ingleses no tienen otros aliados que enviar en nuestra persecución, perderán el tiempo inútilmente!

—¡Tengamos cuidado, no sea que detrás del perro haya hombres!

—Ya hubieran hecho fuego sobre nosotros.

—¡Vámonos, Yáñez! ¡Corramos por el sendero!

Los dos piratas se metieron por entre los árboles, procurando marchar por el antiguo sendero. Los árboles, las raíces, y, sobre todo, los *rotangs* y los *cálamus*, lo habían invadido; sin embargo, había quedado dé él un rastro bastante visible y se le podía seguir sin la menor fatiga.

A cada momento tropezaban con grandes arañas de desmesuradas dimensiones, con multitud de lagartos volantes que, espantados por la aparición de los piratas, huían en todas las direcciones, y con alguna que otra serpiente que se alejaba precipitadamente lanzando silbidos amenazadores.

Bien pronto también desapareció el sendero, y Yáñez y Sandokan se vieron obligados a volver a comenzar la maniobra aérea entre los *rotangs*, los *gambires* y los *cálamus*, poniendo en fuga a los *bigits*, que se marchaban muy incomodados. Estos monos, de pelo muy negro, que abundan en Borneo y en las islas vecinas, están dotados de agilidad increíble.

Dichos cuadrumanos, al ver que invadían sus posesiones, no siempre cedían de buen grado el paso, y a veces ambos perturbadores recibían una verdadera lluvia de frutas disparadas con extraordinaria fuerza contra ellos.

Así marcharon durante un par de horas al acaso, no pudiendo ver la posición del sol para poder orientarse. Poco tiempo después descubrieron un pequeño torrente de agua negra, y se dejaron caer al suelo.

—¿No habrá ahí dentro serpientes de agua? —preguntó Yáñez a Sandokan.

—No encontraremos más que sanguijuelas —contestó el pirata.

—¿Quieres que aprovechemos ese paso?

—Lo prefiero al aéreo.

—Veamos si el agua es muy profunda.

—No tendrá más de un pie de profundidad, Yáñez. Sin embargo, asegúremonos.

El portugués cortó una rama y la sumergió en la corriente.

—No te habías equivocado, Sandokan —dijo—. Descendamos.

Soltaron las ramas en las cuales se habían sostenido hasta entonces, y descendieron al agua.

—¿Se ve algo? —preguntó Sandokan.

Yáñez se inclinó, procurando ver a través de las infinitas arcadas de verdura que se cerraban sobre el riachuelo.

—Me parece que allá abajo veo un poco de luz.

—¿Aclarará la selva?

—Es probable, Sandokan

—¡Vamos a ver!

Marchando con mucha fatiga a causa del escurridizo limo del fondo de aquel pequeño curso de agua se dirigieron hacia adelante, agarrándose de cuando en cuando a las ramas que avanzaban sobre la corriente.

De aquellas aguas negras se elevaban olores nauseabundos, exhalaciones producidas al corromperse las frutas y las hojas acumuladas en el lecho. Allí se corría el peligro de coger unas fiebres.

Los dos piratas llevaban recorrido un cuarto de kilómetro, cuando Yáñez se detuvo bruscamente, agarrándose a una gruesa rama que cruzaba de un lado a otro del torrente.

—¿Qué es, Yáñez? —preguntó Sandokan.

—¿Oyes?

El pirata se inclinó para escuchar, y después de algunos instantes dijo:

—¡Alguien se acerca!

En el mismo instante un potente mugido, que parecía lanzado por un toro amedrentado o colérico, resonó bajo la bóveda de verdura, haciendo callar de golpe la cháchara de los pájaros y las risas de los monos.

—¡En guardia, Yáñez! —dijo Sandokan—. ¡Ante nosotros hay un *mias*!

—¡Y otro enemigo peor quizás!

—¿Qué dices?

—Mira hacia allí, en aquella rama gorda que atraviesa el riachuelo.

Sandokan se empujó sobre la punta de los pies, y lanzó una rápida ojeada.

—¡Ah! —murmuró, sin manifestar el menor miedo—. ¡Un *mias* de una parte y un *hariman-biutang* de otra! ¡Vamos a ver si son capaces de cerrarnos el paso! ¡Prepara el fusil, y estemos dispuestos para todo!

CAPITULO IV

LA ACOMETIDA DE LA PANTERA

Frente a los dos piratas estaban dos formidables enemigos; no era el uno menos peligroso que el otro; por el momento no parecían tener intención de acometer a nuestros hombres, porque, en lugar de descender a lo largo del torrente, se dirigían con rapidez uno contra otro como si quisieran medir sus fuerzas.

El animal a quien Sandokan había llamado *hariman-biutang* era una espléndida pantera de la Sonda; el otro era un orangután de los que tanto abundan todavía en Borneo y en las islas vecinas, tan temibles por sus fuerzas prodigiosas y por su ferocidad.

La pantera, quizás hambrienta, al ver pasar por la orilla opuesta al hombre de los bosques, se lanzó rápidamente a una rama muy gruesa

que caía casi horizontalmente sobre el riachuelo formando una especie de puenté.

Como hemos dicho, era una fiera bellísima; tenía el tamaño y el aspecto de un tigre pequeño; la cabeza, un poco más redonda y menos desarrollada; las zarpas, cortas y fuertes, y el pelaje, amarillo oscuro con manchas y rosetas más claras.

Mediría metro y medio de largo, y, por lo tanto, era uno de los ejemplares más grandes de la especie.

Su adversario, muy feo, tenía un metro cuarenta centímetros de estatura y unos brazos tan desmesurados que no bajaban de dos metros y medio.

Su cara, muy larga y arrugada, tenía un aspecto de ferocidad grandísima, especialmente manifiesta en los ojillos, muy movibles y hundidos en las fosas, y en el pelaje rojizo que la cubría.

El pecho del cuadrumano tenía un desarrollo verdaderamente enorme, y en los músculos de los brazos y piernas se advertían verdaderas nudosidades, indicios de una fuerza prodigiosa.

Estos monos, a los cuales llaman los indígenas *meias*, *mias* y también *maias*, viven en lo más espeso de los bosques, y prefieren las regiones bajas y húmedas.

En la copa de los árboles construyen nidos muy grandes utilizando ramas gruesas que colocan hábilmente en forma de cruz.

Su humor es triste y no gustan de compañía: generalmente evitan encontrarse con los hombres, y aun con los otros animales; pero si se les amenaza o se les irrita son terribles, y casi siempre triunfan de sus adversarios a causa de su gran fuerza.

Al oír el *mias* el ronco rugido de la pantera se había detenido de repente. Estaba en la orilla opuesta del riachuelo, ante un gigantesco *durión* que lanzaba su espléndida copa de hojas a sesenta metros del suelo.

Probablemente había sido sorprendido en el momento de escalar el árbol para coger la fruta.

Al ver aquel peligroso vecino se contentó al principio con mirarlo, más bien con estupor que con ira; pero después había dado dos o tres silbidos guturales que indicaban un próximo estallido de cólera.

—Creo que vamos a asistir a una lucha horrible entre esos dos animalazos —dijo Yáñez, que se había guardado mucho de hacer el más pequeño movimiento.

—Por ahora no quieren meterse con nosotros —contestó Sandokan—. Al pronto temí que viniesen a atacarnos.

—También yo le creí, hermanito mío. ¿Quieres que cambiemos de rumbo?

Sandokan miró a las dos orillas, y vió que era imposible escalarlas por aquel sitio.

Cerraban el curso del agua dos verdaderos muros de troncos, de hojas de espinos, de raíces y de lianas. Para abrirse paso tenían que poner manos a los *kriss* y trabajar durante algún tiempo.

—No podemos salir —dijo—. Al primer golpe que diésemos, el *mias* y la pantera se arrojarían contra nosotros. Sigamos aquí, y procuremos que no nos vean. La lucha no será larga.

—Pero después tendremos que hacer frente al vencedor.

—Es probable que entonces se halle en malas condiciones para poder impedirnos el paso.

—¡Aquí están! ¡La pantera se impacienta!

—Y el *mias* no puede ya con el deseo de romper las costillas al vecino.

—Monta el fusil, Sandokan. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Estoy dispuesto a disparar contra uno y otro, y...

Un rugido espantoso, que se asemejaba algo al bramar de un toro, le cortó la palabra.

El orangután había llegado al colmo de la rabia.

Al ver que la pantera no se decidía a abandonar la rama donde estaba y descender a la orilla, se adelantó de un modo amenazador, dando un segundo rugido y golpeándose con fuerza el pecho, que resonaba como un tambor.

Aquel monazo daba miedo. Su pelaje rojizo se había erizado. Su rostro adquirió una expresión de ferocidad inaudita, y sus largos dientes, tan agudos y fuertes que rompen el cañón de un fusil con la misma facilidad que una simple caña, rechinaban con ira.

Al verle acercarse la pantera se había recogido sobre sí misma, como si se preparase para dar un salto; pero no parecía tener mucha prisa en soltar la rama.

El orangután se agarró a una raíz muy gruesa que serpenteaba por el suelo, en seguida, sumergiéndose en el río, cogió con ambas manos la rama sobre la cual estaba el adversario, y la sacudió con tanta fuerza, que la hizo crujir.

La sacudida fué tal, que la pantera, a pesar de haberse agarrado al tronco y clavado en él con fuerza sus garras agudas, no pudo sostenerse y cayó en el agua.

Pero aquello fué un relámpago. Apenas había caído, cuando volvió a lanzarse de nuevo sobre la rama.

Así estuvo un momento, y en seguida se arrojó sobre el gigante mono, plantándole las garras en los hombros y en las costillas.

El cuadrumano dió un aullido de dolor. La sangre comenzó a correrle por la piel y a gotear en el riachuelo.

Satisfecha con el feliz resultado de tan rápido ataque, la pantera procuró volver a encaramarse a la rama antes de que el adversario pudiese hacerle nada.

Por medio de una voltereta magistral, sirviéndose del ancho pecho del mono, como punto de apoyo, se lanzó hacia atrás.

Las dos zarpas se agarraron a las ramas, clavando con fuerza las uñas en la corteza; pero no pudo concluir el salto, como era su intención. A pesar de lo espantoso de sus heridas, el orangután había alargado con rapidez el brazo y cogió la hermosa cola de su adversario y aquellas manos, dotadas de fuerza tan terrible, no soltarían aquel apéndice.

La apretó con tal fuerza, que la fiera dió un maullido de dolor.

—¡Pobre pantera! —dijo Yáñez, que seguía con vivo interés las diversas fases de aquella lucha salvaje.

—Está perdida —dijo Sandokan—, si no puede soltarse, no escapará con vida.

El pirata no se engañaba.

Al sentir el orangután entre sus manos el apéndice de su enemiga, había saltado sobre la rama.

Reunió sus fuerzas, levantó en peso a la fiera, la hizo girar en el aire como si fuese un topo, y con ímpetu irresistible la estrelló contra el enorme tronco del *durión*.

Se oyó un golpe seco, cual el de un crujido de huesos que se rompen;

en seguida la pobre bestia, abandonada por su enemigo, rodó por el suelo, deslizándose en las negras aguas del arroyo

En el tronco del árbol había quedado el cráneo hecho pedazos, una gran mancha sangrienta, mezclada con pelos y masa encefálica.

—¡Por Jove! ¡Vaya un golpe maestro! —murmuró Yañez.

—Yo no creía que ese monazo pudiera desembarazarse tan pronto de la pantera.

—Siempre vence a todos los animales de los bosques, incluso a las serpientes pitón —contestó Sandokan.

—¿No correremos el peligro de que ahora la emprenda con nosotros?

—Está tan incomodado que si nos viera no nos respetaría.

—Sin embargo, me parece que no ha quedado en muy buenas condiciones. Le chorrea la sangre por todas partes.

—¿Quieres que esperemos a que se marche?

—Me parece que la cosa va para largo.

—Ya no tiene nada que hacer aquí.

—Yo creo que tiene su nido en aquel *durión*. Me parece distinguir una masa oscura de palitroques puestos transversalmente entre las hojas y las ramas.

—Entonces es preciso que nos volvamos.

—Ni siquiera podemos hacer eso, Yañez. Tendríamos que dar un inmenso rodeo.

—Hagamos fuego sobre ese mono y vamos adelante a lo largo de este riachuelo.

—Eso era lo que quería proponerte —dijo Sandokan—. Creo que somos hábiles tiradores y que sabemos manejar los *kriss* mejor que los malayos. Acerquémonos un poco para no errar, pues hay muchísimas ramas en las cuales se desviarían las balas fácilmente.

En tanto que se disponían a acometer al orangután, éste se acurrucó en la orilla del río y con las manos se lavaba las heridas.

La pantera le había desgarrado de un modo horrible.

Las poderosas uñas de su adversario se habían clavado en los hombros del pobre monazo tan profundamente, que le habían dejado al descubierto las clavículas. Lo mismo le sucedía a las costillas, de las cuales manaba tanta sangre, que formaba en el suelo un verdadero charco.

Los gemidos que lanzaba el mono tenían algo de humano; de cuando en cuando también surgían de sus labios aullidos feroces. La bestia no se había calmado todavía, y, aún en medio de sus espasmos de dolor, se advertía su furor salvaje.

Sandokan y Yañez se habían acercado a la orilla opuesta con objeto de ocultarse rápidamente entre la espesura en el caso de que, si fallaban los tiros, el orangután se revolviere contra ellos.

Se detuvieron detrás de una rama muy gruesa que avanzaba sobre el riachuelo, y en ella apoyaron los fusiles para apuntar mejor; pero de pronto vieron que el orangután se ponía en pie de un salto, golpeándose el pecho con furor y apretándose los dientes.

—¿Qué tiene? —preguntó Yañez—. ¿Habrás visto?

—No —dijo Sandokan—; no es con nosotros con quien quiere meterse.

—¿Será otro animal el que trata de sorprenderle?

—¡Calla! ¡Veo que se mueven unas ramas!

—¡Por Jove! ¿Serán los ingleses?

—¡Calla, Yañez!

Sandokan se levantó silenciosamente sobre las ramas, procurando

ocultarse detrás de un grupo de *rotangs* que caían de lo alto, y miró hacia la orilla opuesta, en la cual se encontraba el orangután.

Alguien se acercaba apartando con precaución las hojas. Ignorando quizás el grave peligro que corría, parecía dirigirse precisamente hacia donde se erguía el colosal *durión*.

El gigantesco cuadrumano le había sentido y se había puesto detrás del tronco del árbol, pronto a caer sobre aquel nuevo adversario y hacerle pedazos.

Ya no gemía ni aullaba; solamente anunciaba su presencia lo rónico de su respiración.

—Pero, ¿qué es lo que sucede? —preguntó Yáñez a Sandokan.

—¡Alguien se acerca incautamente al *mias*!

—¿Hombre o animal?

—Todavía no he logrado distinguir al imprudente.

—¿Y si fuese algún pobre indígena?

—Estamos aquí nosotros, y no dejaremos tiempo al mono para que le mate. ¡Eh! ¡Me lo había imaginado! ¡He visto una mano!

—¿Blanca o negra?

—Negra, Yáñez. ¡Mira al orangután!

—¡Estoy dispuesto!

En aquel momento se vió al gigantesco mono precipitarse en medio de la espesura lanzando un aullido espantoso. Las ramas y las hojas, arrancadas de golpe por las forzudas manos de la bestia, cayeron, dejando ver a un hombre.

Se oyó un grito seguido de dos tiros. Sandokan y Yáñez habían hecho fuego.

Herido en plena espalda el cuadrumano se volvió aullando, y al ver a los dos piratas, sin preocuparse más del incauto que se le había acercado, dió un salto enorme y cayó en el río.

Sandokan dejó el fusil y empuñó el *kriss*, resuelto a luchar cuerpo a cuerpo. Yáñez, en cambio, saltando sobre las ramas, procuraba volver a cargar precipitadamente al arma.

El orangután, aún cuando herido de nuevo, se había lanzado encima de Sandokan. Iba ya a alargar las vellosas zarpas, cuando se oyó un grito en la orilla opuesta:

—¡El capitán!

En seguida resonó un disparo.

El orangután se detuvo, llevándose las manos a la cabeza.

Permaneció un momento derecho, lanzando a Sandokan una última mirada, llena de rabia feroz; en seguida abrió los brazos y cayó muerto en el riachuelo, levantando una gran columna de agua.

Al propio tiempo el hombre que por poco no cayó en las manos del monazo se lanzó al río gritando:

—¡El capitán! ¡El señor Yáñez! ¡Qué contento estoy por haber metido una bala en el cráneo a ese *mias*!

Yáñez y Sandokan habían saltado rápidamente a la rama.

—¡Paranoa! —exclamaron alegremente.

—¡En persona, mi capitán! —repuso el malayo.

—¿Qué haces en esta selva? —preguntó Sandokan.

—Los buscaba, mi capitán.

—¿Y cómo sabías que estábamos aquí?

—Dando vueltas por las márgenes de esta selva, vi a varios ingleses que andaban rondando acompañados de algunos perros, y me figuré que buscarían a ustedes.

- ¿Y te has atrevido a meterte solo aquí dentro? —preguntó Yáñez.
- ¡No tengo miedo a las fieras!
- Pero el orangután por poco te hace pedazos.
- Todavía no me había cogido, señor Yáñez; y, como ha visto usted, le he plantado una bala en la cabezota.
- ¿Y han llegado ya todos los paraos? —preguntó Sandokan.
- Cuando salí para buscar a ustedes no había venido ningún barco más que el mío.
- ¡Ningún otro! —exclamó Sandokan con ansiedad.
- No, mi capitán.
- ¿Cuándo te has alejado de la boca del río?
- Ayer por la mañana.
- ¿Les habrá sucedido alguna desgracia a los otros barcos? —preguntó Yáñez mirando con angustia a Sandokan.
- Quizás los haya empujado la tempestad muy al Norte —respondió el Tigre.
- Puede ser que haya sucedido eso, mi capitán —dijo Paranoa—. El viento del Sur soplabá de un modo terrible y no había posibilidad de resistirlo. Yo he tenido la fortuna de poder meterme en una bahía pequeña situada a unas sesenta millas de aquí, por lo cual pude volver a bajar pronto y llegar antes que nadie a la cita; además, como acabo de decir, desembarqué ayer por la mañana, y es probable que en este intervalo hayan llegado los otros barcos que esperamos.
- Sin embargo, estoy muy inquieto, Paranoa —dijo Sandokan—. ¡Ya quisiera estar en la boca del riachuelo! ¿Has perdido algún hombre durante la borrasca?
- Ni uno siquiera, mi capitán.
- Y el barco, ¿ha sufrido algo?
- Ha tenido muy pocas averías; pero ya están reparadas.
- ¿Lo tienes escondido en la bahía?
- Lo he dejado en alta mar por temor a alguna sorpresa.
- ¿Y has desembarcado solo?
- Solo, mi capitán.
- ¿Has visto si los ingleses rondaban por las cercanías de la bahía?
- Por allí no; pero, como ya les he dicho, he visto algunos que batían las márgenes de esta selva.
- ¿Cuándo?
- Esta mañana.
- ¿Por qué parte?
- Hacia el Este.
- Venían del palacete de lord James —dijo Sandokan, mirando a Yáñez.
- En seguida, volviendo hacia Paranoa, le preguntó:
- ¿Estamos muy lejos de la bahía?
- No, llegaremos a ella antes de anochecer.
- ¿Tanto nos hemos alejado? —exclamó Yáñez.
- ¡No son más que las dos de la tarde! Por lo visto, tenemos un buen trozo de camino.
- Esta selva es muy grande, señor Yáñez, y muy difícil de atravesar. Se necesitan, por lo menos, cuatro horas para poder llegar a sus linderos.
- ¡Marchemos! —dijo Sandokan, que parecía poseído de una viva agitación.
- Tienes prisa por llegar a la bahía, ¿verdad?

—Sí, Yáñez. Temo que haya sucedido algo, y quizás no me equivoque.

—¿Temes que se hayan perdido los dos paraos?

—Sí lo temo, Yáñez. Si no los encontramos en la bahía, ya no volveremos a verlos más.

—¡Por Jove! ¡Eso sí que sería un desastre para nosotros!

—¡Una verdadera ruina, Yáñez! —dijo Sandokan, dando un suspiro—. Yo no sé; pero cualquiera diría que la fatalidad comienza a pesar sobre nuestra cabeza, como si ansiara dar un golpe mortal a los tigres de Mompracem.

—Y si la desgracia fuese cierta, ¿qué vamos a hacer, Sandokan?

—¿Qué vamos a hacer? ¿Y tú me lo preguntas, Yáñez? ¡No parece sino que el *Tigre de la Malasia* es hombre para asustarse y doblar las rodillas ante el Destino! ¡Continuaremos la lucha, y al hierro del enemigo opondremos el hierro; al fuego, el fuego!

—Piensa que a bordo de nuestro parao no hay más que cuarenta hombres.

—¡Que son cuarenta tigres, Yáñez! ¡Guiados por nosotros harán milagros; nadie podrá detenerlos!

—¿Quieres arrojarte sobre la quinta?

—Eso ya se verá. Pero te juro que no saldré de esta isla sin llevarme a Mariana Guillónk, aunque tuviese que luchar contra la guarnición entera de Victoria. Quizás de esa muchacha dependa la salvación o la caída de Mompracem. Nuestra estrella está a punto de extinguirse, pues cada vez la veo palidecer más; y, sin embargo, no desespéro de volver a verla resplandecer con luz más viva que nunca. ¡Ah, si esa muchacha quisiera! ¡El destino de Mompracem está en sus manos, Yáñez!

—Y en las tuyas —contestó el portugués con un suspiro—. ¡Vamos; es inútil hablar de eso por ahora!; procuremos llegar al riachuelo para ver si han vuelto los otros dos paraos.

—¡Sí, vámonos! —dijo Sandokan—. ¡Con un refuerzo como ése, me siento capaz de intentar la conquista entera de Labuán!

Guiados por Paranoa subieron a la orilla del río, y se metieron por un antiguo sendero que había descubierto el malayo algunas horas antes.

Las plantas, y especialmetne las raíces, lo habían invadido; pero quedaba todavía un espacio que permitía a los piratas avanzar sin fatigarse demasiado.

Durante cinco horas continuaron caminando a través del bosque, deteniéndose alguna vez para descansar, y a la puesta del sol llegaban a la orilla del riachuelo que desembocaba en la bahía. No habiendo visto enemigo alguno descendieron hacia el Oeste, atravesando una pequeña laguna que terminaba cerca del mar.

Cuando llegaron a la orilla de la bahía hacía ya algunas horas que había caído la noche.

Paranoa y Sandokan se dirigieron a los últimos escollos y escrutaron atentamente el horizonte.

—Mire usted, mi capitán —dijo Paranoa, indicando al *Tigre* un punto luminoso que apenas se distinguía y que podía confundirse con una estrella.

—¿Es el farol de nuestro parao? —preguntó Sandokan.

—Sí, mi capitán. ¿No lo ve usted deslizarse hacia el Sur?

—¿Qué señal hay que hacerle para que se acerque?

—Encender dos hogueras en la costa —contestó Paranoa.

—Vamos hacia la punta más saliente de la península —dijo Yáñez—. Señalaremos al parao la ruta más exacta.

Se metieron por un laberinto de escollos cubiertos de crustáceos, de conchas y de algas, y llegaron a la extremidad de un islote cubierto de bosque.

—Encendiendo aquí las hogueras, el parao puede tomar la boca de la bahía sin correr el peligro de varar en un banco de arena —dijo Yáñez.

—Sin embargo, le haremos subir hacia el riachuelo —dijo Sandokan—; quiero ocultarlo a las miradas de los ingleses.

—Yo me encargo de eso —contestó Yáñez—. Lo esconderemos en la laguna, entre las cañas, y después de haberle quitado los mástiles y toda la maniobra, lo cubriremos por completo con ramas y con hojas.

—¡Vamos, Paranoa; haz la señal!

El malayo no perdió tiempo. Cogió en la margen de un bosquecillo unos haces de leña seca, hizo dos montones, los colocó a cierta distancia uno del otro y les prendió fuego.

Un momento después los tres piratas vieron desaparecer el farol blanco del parao y brillar un punto rojo.

—Ya nos han visto —dijo Paranoa—; podemos apagar las hogueras.

—No —dijo Sandokan—; pueden servir para indicar a tus hombres la verdadera dirección. Ninguno de ellos conoce la bahía; ¿verdad?

—No, capitán.

—Pues, entonces, guíémoslos.

Los tres piratas se sentaron en la playa con los ojos fijos en el farol rojo, el cual había cambiado de dirección.

Diez minutos después ya se veía el parao.

Sus inmensas velas estaban desplegadas, y se oía el choque del agua en la proa. Visto en medio de la oscuridad, parecía un gigantesco pájaro deslizándose sobre el mar.

En dos bordadas llegó a la bahía y embocó el canal, entrando en la boca del riachuelo.

Yáñez, Sandokan y Paranoa dejaron el islote y retrocedieron rápidamente hasta la orilla de la laguna.

Al ver que el parao anclaba muy cerca de un bosque de cañas espesísimo, se acercaron a bordo.

Con un gesto Sandokan impuso silencio a la tripulación, que iba a saludar a los dos jefes de la piratería con una intempestiva explosión de alegría.

—Quizás no estén los enemigos muy lejos —les dijo—, y os ordeno el más absoluto silencio para que no nos sorprendan antes de realizar mis proyectos.

En seguida, volviéndose hacia su segundo jefe, le preguntó con emoción tan viva, que le hacía temblar la voz:

—¿No han llegado los otros dos paraos?

—No, *Tigre de la Malasia* —contestó el pirata—. Durante la ausencia de Paranoa he recorrido todas las costas vecinas, llegando hasta las de Borneo; pero no hemos podido ver por ninguna parte ninguno de nuestros barcos.

—¿Y tú qué crees?

El pirata no contestó; dudaba.

—¡Habla! —dijo Sandokan.

—Yo creo, *Tigre de la Malasia*, que nuestros dos barcos se habrán hecho pedazos en las costas septentrionales de Borneo.

Sandokan se clavó las uñas en el pecho, en tanto que exhaló un suspiro sibilante.

—¡Fatalidad! ¡fatalidad! —murmuró con voz sorda—. ¡La niña de los cabellos de oro traerá la desgracia a los tigres de Mompracem!

—¡Animo, hermano! —le dijo Yáñez, poniéndole una mano en un hombro—. ¡No desesperemos todavía! Quizás nuestros paraos hayan sido arrastrados muy lejos, y con tan graves averías, que no hayan podido volver en seguida al mar. Hasta que encontremos sus restos no podremos creer que se hayan sumergido.

—Pero nosotros no podemos esperar, Yáñez. ¿Quién me dice que el lord se detendrá mucho en su quinta?

—Eso sí que yo no lo desearía, amigo mío.

—¿Qué quieres decir, Yáñez?

—Que tenemos bastantes hombres para atacarle si se alejara de su casa, y para robarle su preciosísima sobrina.

—¿Intentarías un golpe de tal naturaleza?

—¿Y por qué no? Nuestros tigrecitos son todos muy valientes, y aunque el lord llevara consigo doble número de soldados, no dudaría en entablar la lucha. Estoy madurando un magnífico plan, y tengo la seguridad de que hemos de obtener de él un resultado excelente. Déjame descansar esta noche, y mañana haremos lo que haya que hacer.

—Confío en ti, Yáñez.

—No dudes, Sandokan.

—Sin embargo, no podemos dejar aquí el parao. Puede descubrirlo algún barco que se meta en la bahía, o cualquier cazador que descienda al riachuelo para tirar a los pájaros acuáticos.

—En todo he pensado, Sandokan. Paranoa ha recibido ya instrucciones a ese propósito. Ven, Sandokan: vamos a comer un bocadito, y, en seguida, nos iremos a acostar a nuestras camas. Por mi parte, te confieso que ya no puedo más.

En tanto que los piratas, bajo la dirección de Paranoa, desmontaban toda la maniobra del barco, Yáñez y Sandokan bajaron a la pequeñísima cámara de popa y entraron a saco las provisiones.

Calmada ya el hambre que hacía tantas horas los atormentaba, vestidos como estaban, se tendieron en sus literas respectivas.

El portugués, que ya no se tenía en pie, se durmió en seguida profundamente; pero Sandokan tardó bastante tiempo en cerrar los ojos.

Tristes pensamientos y siniestras inquietudes le tuvieron en vela durante varias horas. Ya hacía el amanecer pudo descansar un poco; pero aun este mismo sueño fué muy breve.

Cuando volvió a subir a cubierta los piratas habian ultimado su trabajo para hacer invisible el parao a los cruceros que pasasen ante la bahía o a los hombres que descendiesen a lo largo del río.

Habían empujado el barco hacia las márgenes de la laguna y ocultádolo en medio de un bosque espesísimo.

Los mástiles, así como toda la maniobra fija, habían desaparecido sobre la toldilla, y quedó cubierto con grandes masas de cañas, ramas y hojas, dispuestas tan hábilmente, que desaparecía bajo ellas.

Cualquiera que hubiese pasado por aquellos alrededores, podría creer

que era un grupo de plantas y de ramaje que la corriente había arrastrado hasta allí.

—¿Qué me dices de esto, Sandokan? —preguntó Yáñez, que ya estaba en el puente bajo un pequeño tinglado de cañas levantado a popa.

—Que ha sido buena idea —contestó Sandokan.

—Pues ahora ven conmigo.

—¿Adónde?

—A tierra. Ya hay allí veinte hombres esperándonos.

—¿Qué es lo que quieres hacer, Yáñez?

—Lo sabrás después. ¡Ohé! ¡Al agua la chalupa y que hagáis buena guardia!

CAPITULO V

EL PRISIONERO

Atravesaron el riachuelo, y Yáñez condujo a Sandokan en medio de una espesura, en la cual estaban emboscados veinte hombres, armados hasta los dientes, provistos de un saquito de víveres y un cobertor de lana.

Paranoa y el subjefe, Ikant, estaban también allí.

—¿Estáis todos? —preguntó Yáñez.

—Todos —contestaron los veintidós hombres.

—Entonces escúchame con atención, Ikant —volvió a decir el portugués—. Tú volverás a bordo, y a cualquier cosa que suceda, enviarás a un hombre, el cual encontrará siempre a otro compañero esperando sus órdenes.

"Nosotros te transmitiremos nuestros mandatos, los cuales pondrás en ejecución inmediatamente, sin el menor retraso.

"Ten mucha prudencia, no te dejes sorprender por las chaquetas rojas, y no olvides que, aun cuando nosotros estemos lejos, podemos informarnos o informarte en seguida de todo lo que suceda."

—Cuente usted conmigo, señor Yáñez.

—Ahora, vuelve a bordo y vigila.

El subjefe saltó a la canoa, y Yáñez, poniéndose a la cabeza del pelotón, echó a andar, volviendo a subir el curso del río.

—¿Adónde nos conduces? —preguntó Sandokan, que no comprendía nada.

—Espera un poco, hermanito mío. Ante todo, dime cuánto distará del mar la quinta de lord Guillonk.

—Cerca de dos millas en línea recta.

—Entonces tenemos hombres más que suficientes.

—Pero, ¿qué es lo que vas a hacer?

—¡Ten un poco de paciencia, Sandokan!

Se orientó por medio de una brújula y se metió bajo los árboles, marchando rápidamente.

Así recorrió cuatrocientos metros; se detuvo cerca de un colosal alcanforero, el cual se erguía en medio de un espeso grupo de árboles, y volviéndose a uno de los marineros, le dijo:

—Planta aquí tu domicilio, y no lo abandones por ningún motivo sin que nosotros te lo ordenemos.

"El río se halla de aquí a una distancia de cuatrocientos metros; por lo tanto, puedes comunicarte fácilmente con el parao; a igual distancia, y hacia el Este, estará otro de tus compañeros.

"Cualquier orden que te transmitan del parao se la comunicas a tu compañero más próximo. ¿Me has entendido?"

—Sí, señor Yáñez.

—Entonces, continuemos.

Mientras el malayo se preparaba una cabañita arrimada al árbol, el grupo volvía a ponerse en marcha, dejando otro hombre a la distancia indicada.

—¿Comprendes ahora? —preguntó Yáñez a Sandokan.

—Sí —contestó éste—, y te admiro. Con estos centinelas escalonados en la selva, en pocos minutos podremos comunicarnos con el parao, aunque nos hallemos en los alrededores de la quinta de lord James.

—Esto es, Sandokan, y advertir a Ikant que arme en seguida el parao para hacerse a la mar inmediatamente, o que nos envíe socorros.

—Y nosotros, ¿dónde acamparemos?

—En el sendero que conduce a Victoria. Desde allí veremos quién va o quién viene de la quinta, y podemos tomar nuestras medidas en pocos instantes para impedir que el lord huya sin que lo sepamos.

—Si quiere irse, primero tiene que contar con nuestros tigres, y verás cómo lleva él la peor parte.

—¿Y si el lord no se decide a marchar?

—¡Por Jove! ¡Atacaremos la quinta o buscaremos otro medio cualquiera para robar la muchacha!

—No llevemos las cosas hasta esos extremos, Yáñez. Lord James es capaz de matar a su sobrina antes de verla caer en mis manos.

—¡Por mil espindargas!

—Es un hombre decidido a todo, Yáñez.

—Pues entonces, se la jugaremos con mucha astucia.

—¿Tienes algún proyecto?

—Por ahora no. Pero encontraremos el medio, Sandokan. ¡Nunca me consolaría si ese bribón rompiera la cabeza a tan adorable *miss!*

—¿Y yo? ¡Eso sería la muerte del Tigre de la Malasia! ¡No podría sobrevivir a la niña de los cabellos de oro!

—Lo sé demasiado —dijo Yáñez, dando un suspiro—. ¡Esa mujer te ha hechizado!

—Mejor dicho, me han condenado, Yáñez. ¿Quién había de decir que había de encontrarme sujeto a los caprichos de una niña que pertenece a una raza a la cual había jurado una guerra de exterminio? ¡Cuando pienso en esto, siento que me hierve la sangre, que se rebela todo en mí y que tiembla de furor mi corazón! Y, sin embargo, la cadena que me sujeta no podré romperla jamás, Yáñez, ni jamás podré borrar de mi memoria los ojos azules que me han enloquecido.

"¡Vamos; no hablemos más de esto y dejemos que se cumpla el destino!"

—¡Un destino que será fatal a la estrella de Mompracem! —dijo Yáñez.

—¡Puede ser! —respondió el Tigre de la Malasia con voz sorda.

Llegaban en aquel momento a las márgenes de la selva. Del otro lado se extendía una pequeña pradera, en la cual había algunos trozos cubiertos de maleza, varios grupos de *arecas* y de *gambres*, y atravesada por un ancho sendero que no parecía estar muy transitado, puesto que la hierba había vuelto a crecer en él.

—¿Es éste el camino que conduce a Victoria? —preguntó Yáñez a Sandokan.

—Sí —respondió el pirata.

—Entonces, la quinta de lord James no debe de estar lejana.

—Por detrás de aquellos árboles distingo la empalizada del parque.

—¡Perfectamente! —dijo Yáñez.

Se volvió hacia Paranoa, que le había seguido con seis hombres, y le dijo:

—Ve a armar la tienda en el extremo del bosque y en sitio protegido por alguna gran espesura.

El pirata no se hizo repetir la orden.

Encontró el lugar deseado; desplegó la tienda, y le puso en derredor una especie de empalizada, hecha con ramas y hojas de plátano.

Debajo colocó los viveres que había llevado, consistentes en conservas, carne ahumada, bizcochos y algunas botellas de vino de España.

Colocadas en su sitio las vituallas, mandó a sus hombres a derecha e izquierda a registrar el bosque, para estar seguro de que no los espiaba nadie.

Sandokan y Yáñez, que habían llegado hasta doscientos metros de la cerca del parque, volvieron al bosque y se tendieron bajo la tienda.

—¿Estás satisfecho, Sandokan, de lo que he pensado? —preguntó el portugués.

—Sí que lo estoy —contestó el *Tigre de la Malasia*.

—Estamos a muy pocos pasos del parque, al lado del sendero que conduce a Victoria. Si quiere el lord salir de la quinta, se verá obligado a pasar cerca de nosotros, a distancia de un tiro de fusil.

"En menos de media hora podemos reunir veinte hombres resueltos, decididos a todo, y en una hora tener aquí toda la tripulación del parao.

"¡Qué intente moverse, y le acorralaremos!"

—¡Sí! —dijo Sandokan—. ¡Estoy resuelto a lanzar mis hombres contra un regimiento entero.

—Entonces hagamos algo por la vida, hermanito mío —dijo Yáñez riendo—. Este paseíto matutino me ha aguzado el apetito de un modo extraordinario.

Ya habían terminado de almorzar, y fumaban algunos cigarrillos, haciendo los honores a una botella de *whisky*, cuando vieron entrar a Paranoa precipitadamente.

El valiente malayo tenía alterado el rostro y parecía poseído de una gran agitación.

—¿Qué sucede? —preguntó Sandokan, levantándose a toda prisa y echando mano a su fusil.

—Que alguien se acerca, mi capitán —dijo—, he oído el galope de un caballo.

—Será algún inglés que vaya a Victoria.

—No, *Tigre de la Malasia*; debe venir de allí.

—¿Está todavía muy lejos? —preguntó Yáñez.

—Eso creo.

—¡Ven, Sandokan!

Cogieron las carabinas y se lanzaron fuera de la tienda, en tanto que los seis hombres de la escolta se emboscaban en medio de la maleza, montando precipitadamente sus fusiles.

Sandokan se dirigió hacia el sendero, se puso de rodillas y apoyó

un oído en el suelo. La superficie de la tierra transmitía distintamente el galope de un caballo.

—Sí; es un jinete el que se acerca —dijo, volviendo a levantarse.

—Te aconsejo que le dejes pasar sin molestarlo —dijo Yáñez.

—¡No pienses en eso! Le haremos prisionero, querido mío.

—¿Con qué motivo?

—Puede ir a la quinta a llevar algún mensaje importante.

—Pero si le acometemos, se defenderá; disparará algún tiro, y aun cuando sea de pistola, pueden oír las detonaciones los soldados de la quinta.

—Haremos que caiga en nuestras manos sin darle tiempo para que pueda utilizar las armas.

—Eso es un poco difícil, Sandokan.

—¡Al contrario; mucho más fácil de lo que crees!

—Explicáte.

—Como el caballo avanza al galope, no puede evitar un obstáculo. El jinete saldrá despedido de golpe de la silla, y nosotros nos echaremos encima y le impediremos que se mueva.

—¿Y qué obstáculo vas a ponerle?

—Ven, Paranoa; ve a buscar una cuerda, y vuelve en seguida.

—¡Comprendo! —dijo Yáñez—. ¡Ah, una magnífica idea! ¡Sí; cójámosle, Sandokan! ¡Por Jove, y cómo pienso utilizarle! ¡No había pensado en ello!

—¿De qué idea hablas, Yáñez?

—¡Ya lo sabrás después! ¡Ah, qué bonitamente vamos a jugársela!

—¿Te ríes?

—¡Y con motivo, Sandokan! ¡Verás cómo se la jugamos al lord! ¡Apresúrate, Paranoa!

El malayo, ayudado por otros dos hombres, había tendido una cuerda muy sólida a través del sendero, pero colocándola lo bastante baja para que pudiera ocultarse con las altas hierbas que crecían en aquel sitio.

Hecho esto, se había escondido detrás de una mata con el *kriss* empuñado, en tanto que sus compañeros se desperdigaban hacia adelante, para impedir que el jinete continuase su carrera, en el caso de que pudiera evitar la emboscada.

El caballo se acercaba rápidamente. Dentro de muy pocos minutos el jinete estaría en la revuelta del sendero.

—¡Aquí está! —murmuró Sandokan, que también se emboscó juntamente con Yáñez.

Un caballo desembocó de entre un grupo de árboles, lanzándose hacia el sendero. Lo montaba un hermoso joven de veintidós a veintitrés años que vestía el uniforme de cipayo indio. Parecía muy inquieto, porque espoleaba con furia al caballo, lanzando miradas de recelo en derredor.

—¡Atención, Yáñez! —murmuró Sandokan.

Espoleado de nuevo el caballo, se lanzó rápidamente hacia donde estaba la cuerda. De pronto cayó al suelo, agitando desordenadamente las patas. Los piratas estaban ya allí. Antes de que el cipayo pudiera salir de debajo del caballo, Sandokan le había quitado el sable, en tanto que Inioke le tiraba al suelo otra vez, amenazándole con el *kriss*.

—¡No oponga usted resistencia, porque le cuesta la vida! —le dijo Sandokan.

—¡Miserables! —exclamó el soldado, procurando revolverse contra ellos.

Con la ayuda de los demás piratas, Inioko le ató muy bien y se lo llevó hacia una espesísima maleza, en tanto que Yáñez reconocía el caballo, temiendo que en la caída se hubiese roto alguna pata.

—¡Por Baco! —exclamó el portugués, que parecía estar muy contento—. ¡Voy a hacer una bonita figura en la quinta! ¡Yáñez sargento de cipayos! ¡He aquí un grado que no esperaba!

Ató al animal a un árbol y se reunió con Sandokan, que estaba registrando al sargento.

—¿Nada? —preguntó.

—No le encuentro ninguna carta —respondió Sandokan.

—Por lo menos hablará —dijo Yáñez, mirando al sargento.

—¡No! —contestó éste.

—¡Cuidado! —le dijo Sandokan con acento que haría temblar a cualquiera—. ¿Adónde te dirigías?

—Paseaba.

—¡Había!

—¡Ya he hablado! —contestó el sargento, aparentando una tranquilidad que no podía tener.

—¡Entonces, espera!

El *Tigre de la Malasia* se quitó el *kriss* de la faja y dirigió la punta a la garganta del soldado, diciéndole con acento que no dejaba lugar a duda acerca de que se cumpliría la amenaza:

—¡Habla o te mato!

—¡No! —contestó el soldado.

—¡Habla! —repitió Sandokan empujando el arma.

El inglés dió un grito de dolor; el *kriss* había entrado en la carne e hizo brotar alguna sangre.

—¡Hablaré! —murmuró el prisionero, que se había puesto tan pálido como un cadáver.

—¿Adónde ibas? —preguntó Sandokan.

—A casa de lord James Guillonk.

—¿Con qué motivo?

El soldado vaciló; pero al ver que el pirata acercaba de nuevo el *kriss*, dijo:

—Para llevarle una carta del baronet William Rosenthal.

Un relámpago de furor brilló en los ojos de Sandokan al oír aquel nombre.

—¡Dame esa carta! —exclamó con voz ronca.

—Está en mi casco, escondida bajo la chapa.

Yáñez cogió el sombrero del cipayo, arrancó la chapa y apareció la carta.

—¡Bah, cosas viejas! —dijo después de leerla.

—¿Qué es lo que escribe ese perro de baronet? —preguntó Sandokan.

Pues advierte al lord que es inminente nuestro desembarco en Labuán, porque uno de los cruceros ha visto correr hacia estas costas a uno de nuestros barcos, y, por lo tanto, le aconseja la más estrecha vigilancia.

—¿Nada más?

—¡Oh, sí! ¡Diablo! Envía mil respetuosos saludos a tu querida Mariana, acompañándole un juramento de amor eterno.

—¡Que Dios parta por la mitad a ese maldito! ¡Ay de él si le encuentro en mi camino!

—Inioko —dijo el portugués, que examinaba con atención la carta—, envía al parao un hombre que me traiga papel, pluma y tinta.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Sandokan asombrado.

—Son cosas que necesito para la ejecución de mi proyecto.

—Pero, ¿de qué proyecto hablas?

—Del que vengo meditando hace media hora.

—Explicate.

—¡Si no quiero otra cosa! Voy a ir a la quinta de lord James.

—¡Tú!

—Yo mismo, yo —contestó Yáñez con calma.

—Pero, ¿cómo?

—Metido en la funda de ese cipayo. ¡Por Jove! ¡Ya verás qué soldado tan guapo!

—Comienzo a comprender. Te vistes de cipayo, y finges que llegas de Victoria...

—Y aconsejo al lord que se ponga en camino para hacerle caer en la emboscada que le preparamos.

—¡Ah, Yáñez! —exclamó Sandokan, estrechándole contra su pecho.

—¡Despacio, que me rompes un brazo!

—¡Si logras eso te lo deberé todo!

—Espero conseguirlo.

—Pero te expones a un gran peligro.

—¡Bah! ¡Saldré del apuro con honra y sin que se me estropee nada!

—Pero, ¿para qué quieres el tintero?

—Para escribir una carta al lord.

—Yo te aconsejo que no lo hagas, Yáñez. Es un hombre muy suspicaz, y si ve que el carácter de letra no es el mismo, puede mandar que te fusilen.

—Tienes razón, Sandokan: es mejor que le diga de palabra lo que quería decirle por escrito. ¡Vamos; haz que se desnude el cipayo!

A una seña de Sandokan, dos piratas desataron al soldado y le quitaron el uniforme. El pobre diablo se creyó perdido.

—¿Va usted a matarme? —preguntó a Sandokan.

—No —contestó éste—. Tu muerte no me reporta utilidad alguna y te dejo la vida; pero quedarás prisionero en mi parao mientras nosotros permanezcamos aquí.

—¡Muchas gracias, señor!

Mientras tanto Yáñez se vestía. Aun cuando el uniforme le estaba un poco estrecho, se arregló como pudo y se equipó por completo.

—¡Mira, hermano, qué soldado tan guapo! —dijo, colocándose el sable al costado—. ¡Nunca hubiera creído que haría tan buena figura!

—Sí, verdad que eres un magnífico cipayo —contestó Sandokan riendo—. Ahora dame tus últimas instrucciones.

—Pues mira —dijo el portugués—, prosigue emboscado en este sendero con todos los hombres disponibles; pero no te muevas de aquí. Diré al lord que os han acometido y que estáis dispersos, y que como se han visto otros paraos, le aconsejaré que se aproveche de este momento para marchar a Victoria a refugiarse.

—¡Muy bien!

—En cuanto nosotros pasemos, acometed a la escolta. Entonces ogeré a Mariana y la llevaré al parao. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí. ¡Anda; vete, mi valeroso amigo: dirás a mi Mariana que la amo siempre y que tenga confianza en mí! ¡Anda; que Dios te guarde!

—¡Adiós, hermano mío! —contestó Yáñez, abrazándole.

Saltó con ligereza en el caballo del cipayo, recogió las bridas, desenvainó el sable y partió al galope, silbando alegremente una antigua barcarola.

CAPITULO VI

YÁÑEZ EN LA QUINTA

La misión del portugués era, sin duda alguna, de las más arriesgadas y audaces que aquel valiente había afrontado en su vida, porque bastaba una sola palabra, una sola sospecha, para lanzarle de lo alto de una antena con una cuerda al cuello.

Sin embargo, el pirata se disponía a jugar tan peligrosísima carta, confiando en su sangre fría y, sobre todo, en su buena estrella, que nunca se había cansado de protegerle.

Se acomodó en la silla, se atusó el bigote para hacer más arrogante su rostro, se colocó el casco, inclinándolo ligeramente sobre una oreja, y lanzó el caballo a la carrera, no economizando los espolazos.

Al cabo de dos horas de trotar sin descanso, se encontró de improviso ante una verja de hierro, detrás de la cual se levantaba la graciosa quinta de lord James.

—¿Quién vive? —preguntó un soldado que estaba escondido detrás de un tronco que había delante de la cancela.

—¡Eh; jovencito, baja el fusil, porque yo no soy un tigre ni una babirusa! —dijo el portugués conteniendo el caballo—. ¡Por Jove! ¿No ves que soy un colega y un superior tuyo?

—Perdone usted; pero tengo orden de no dejar entrar a nadie sin saber de parte de quién viene y qué es lo que quiere.

—¡Animal! Vengo de orden del baronet William Rosenthal para ver al lord.

—¡Pase usted!

Abrió la cancela, llamó a algunos compañeros que se paseaban por el parque para advertirles lo que ocurría, y se hizo a un lado.

—¡Hum! —refunfuñó el portugués—. ¡Cuántas precauciones y cuánto miedo hay aquí!

Se detuvo ante el palacete y saltó a tierra en medio de seis soldados, que le rodearon con los fusiles en la mano.

—¿Dónde está el lord? —les preguntó.

—En su gabinete —contestó el sargento que mandaba aquellas fuerzas.

—Conduzcame usted hasta él, porque me conviene hablarle en seguida.

—¿Viene usted de Victoria?

—Precisamente.

—¿Y no ha encontrado usted a los piratas de Mompracem?

—Ni uno siquiera, compañero. Esos tunantes tienen que hacer algo más urgente en este momento que andar rondando por aquí. ¡Vamos; lléveme usted adonde está el lord!

—¡Venga usted!

El portugués hizo un llamamiento a toda su audacia para afrontar a aquel hombre peligroso, y siguió al sargento afectando la calma y la rigidez de la raza anglosajona.

—Espere usted aquí —dijo el sargento después de haberle hecho entrar en un saioncito.

El portugués miró con atención a todas partes para ver si era posible intentar un golpe de mano; pero debió de convencerse de que toda tentativa hubiera sido inútil, pues las ventanas eran muy altas, y muy gruesas las murallas y las puertas.

—¡No importa —murmuró—, daremos el golpe en el bosque!

En aquel momento volvía a entrar el sargento.

—El lord le espera a usted —dijo, señalándole la puerta, que había quedado abierta.

El portugués sintió que le corría por los huesos un estremecimiento y palideció un poco.

—¡Yáñez, sé prudente! —murmuró.

Entró con la mano derecha puesta en el casco, y se encontró en un gracioso gabinete decorado con mucha elegancia. En un ángulo, sentado ante una mesa de trabajo, estaba el lord vestido de blanco, con el rostro tétrico y la mirada colérica.

Miró en silencio a Yáñez, como si quisiera adivinar lo que pensaba el recién venido; en seguida dijo con acento seco:

—¿Viene usted de Victoria?

—Sí, milord —contestó Yáñez con acento firme.

—¿De parte del baronet?

—Sí.

—¿Le ha dado a usted alguna carta para mí?

—Ninguna.

—¿Tiene usted que decirme algo?

—Sí, milord.

—Pues hable usted.

—Me ha mandado decir a usted que el *Tigre de la Malasia* está rodeado por las tropas en una bahía del Sur.

El lord se puso en pie con los ojos brillantes y el rostro radiante de alegría.

—¿Está rodeado el *Tigre* por nuestros soldados? —exclamó.

—Sí; y a lo que parece, esta vez todo ha concluido para ese tunante.

—Pero, ¿está usted seguro de lo que me dice?

—Segurísimo, milord.

—¿Quién es usted?

—Un pariente del baronet William.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en Labaán?

—Unos quince días.

—Entonces, sabrá usted que mi sobrina...

—Sí, es la prometida de mi primo William.

—Pues tengo mucho placer en conocer a usted —dijo el lord, tendiéndole la mano—. Dígame: ¿cuándo acometieron a Sandokan?

—Esta mañana al amanecer, al atravesar un bosque a la cabeza de una gran banda de piratas.

—¡Pero ese hombre es el demonio! Ayer noche estaba aquí. ¿Es posible que en siete u ocho horas haya podido recorrer tanto camino?

—Dicen que llevaba caballos.

—Así lo comprendo. ¿Y dónde está mi buen amigo William?

—A la cabeza de las tropas.

—¿Y usted estaba con él?

—Sí, milord.

—¿Y están muy lejos los piratas?

—A unas diez millas de aquí.

—¿Y no le ha dado a usted ningún otro encargo?

—Me ha rogado que le diga a usted que salga en seguida de la quinta y que se vaya a Victoria sin vacilar.

—¿Por qué?

—Ya sabe usted, milord, qué clase de hombre es el *Tigre de la Malasia*. Tiene consigo ochenta que son otros tantos tigres, los cuales podrían vencer a nuestras tropas, atravesar en un abrir y cerrar de ojos los bosques y echarse sobre la quinta.

El lord le miró en silencio, como si le hubiese producido efecto aquel razonamiento, porque dijo, como si hablara consigo mismo:

—Efectivamente, pudiera suceder eso. Al amparo de los fuertes y de los barcos de Victoria estaré más seguro que aquí. Ese buen William tiene razón; y ahora mucho más, puesto que por el momento está libre el camino.

"¡Yo le arrancaré a mi señora sobrina esa pasión que siente por un héroe de horca! ¡Aunque tuviera que deshacerla como una caña, me obedecerá y se casará con el hombre que le he destinado!"

Yáñez llevó involuntariamente la mano a la empuñadura del sable; pero se contuvo, comprendiendo que la muerte del feroz viejo para nada serviría, habiendo tantos soldados en la quinta.

—Milord —le dijo—, ¿me permite usted hacer una visita a mi futura pariente?

—¿Tiene usted algo que decirle de parte de William?

—Sí, milord.

—Pues desde ahora le digo que le acogerá muy mal.

—¡No importa, milord! —respondió Yáñez sonriendo—. Le diré lo que me ha dicho William, y nada más.

El antiguo capitán oprimió un botón. En seguida apareció un criado.

—Lleva a este caballero a la habitación de la señorita —dijo el lord.

—¡Gracias! —respondió Yáñez.

—Procure usted convencerla; y después venga usted a buscarme, porque comeremos juntos.

Yáñez se inclinó y siguió al criado, el cual le introdujo en un saloncito tapizado de azul y decorado con gran número de plantas que exhalaran perfumes deliciosos.

El portugués esperó a que saliese el criado, y en seguida avanzando lentamente a través de las plantas que transformaban aquel saloncito en una estufa, descubrió una elegante figura vestida de blanco.

Aun cuando iba preparado para una sorpresa, Yáñez no pudo reprimir un movimiento de admiración al ver a aquella espléndida jovencita.

Estaba tendida en una otomana oriental, de seda bordada de oro, y colocada en una graciosísima postura llena de melancólica languidez.

Sostenía con una mano la cabecita, de la cual caían como lluvia de oro aquellos admirables cabellos que eran la admiración de todos, y con la otra arrancaba nerviosamente las flores que estaban a su alcance.

Estaba muy pálida, y sus ojos azules, ordinariamente tranquilos, despedían relámpagos que mostraban la cólera mal reprimida que la dominaba.

Al ver a Yáñez, se pasó una mano por la frente varias veces, como si despertara de un sueño, y clavó en él una mirada interrogadora.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz temblorosa de cólera—. ¿Quién le ha dado libertad para entrar aquí?

—El lord, milady —contestó Yáñez, que miraba asombrado a aquella criatura, pues le parecía mucho más hermosa que todas las descripciones que de ella le había hecho Sandokan.

—¿Y qué me quiere usted?

—Ante todo una pregunta —dijo Yáñez, mirando en derredor para asegurarse de que estaban solos.

—Hable usted.

—¿Cree usted que no podrá oírnos nadie?

La muchacha arrugó el entrecejo y le miró fijamente, como si quisiera adivinar el motivo de aquella pregunta.

—Estamos solos —dijo al cabo de algunos momentos.

—Bien; milady. Vengo de muy lejos...

—¿De dónde?

—¡De Mompracem!

Mariana se puso en pie de un salto, como empujada por un resorte, y su palidez desapareció en el acto.

—¡De Mompracem! —dijo ruborizándose—. ¡Usted! ¡Un blanco! ¡Un inglés!

—Está usted equivocada, lady Mariana. No soy inglés; soy Yáñez.

—¡Yáñez, el amigo, el hermano de Sandokan! ¡Ah, señor; qué audaz entrar en esta quinta! Dígame usted: ¿dónde está Sandokan? ¿Qué hace? ¿Se ha salvado, o está herido? ¡Hábleme de él o me muero!

—Baje usted la voz, milady: las paredes oyen.

—¡Hábleme usted de él, mi valiente amigo; hábleme de mi Sandokan!

—Vive. Hemos escapado de la persecución de los soldados sin fatigarnos mucho y sin haber recibido la menor contusión. Ahora Sandokan está emboscado cerca del sendero que conduce a Victoria, dispuesto a robar a usted.

—¡Ah! ¡Gracias, Dios mío, por haberle protegido! —exclamó la joven con los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora escúcheme usted, milady.

—¡Hable, mi valiente amigo!

—He venido para decidir al lord a que se retire a Victoria.

—¿A Victoria? Pero, ya allí, ¿cómo van ustedes a robarme?

—Sandokan no esperará tanto, milady —dijo Yáñez sonriendo—. Esta escondido con sus hombres, acometerá a la escolta y se apoderará de usted en cuanto estemos fuera de la quinta.

—¿Y mi tío?

—Le respetaremos; se lo aseguro.

—¿Podrán ustedes llevarme consigo?

—Sí, milady.

—¿Y adónde piensa llevarme, Sandokan?

—A su isla.

Mariana inclinó la cabeza sobre el pecho y calló.

—Milady —dijo Yáñez con voz grave—, no tema usted. Sandokan es

uno de esos hombres que saben hacer feliz a la mujer amada. Fué terrible, quizás cruel; pero el amor le ha cambiado de tal modo, que le juro a usted, señorita, que nunca se arrepentirá de ser la mujer del *Tigre de la Malasia*.

—¡Lo creo a usted! —contestó Mariana—. ¿Qué importa que haya sido tan terrible su pasado, que haya inmolado víctimas a centenares, que haya realizado venganzas atroces?

"Me adora, y hará por mí cuanto le diga; haré de él otro hombre. Abandonaré mi isla y él abandonará su Mompracem, e iremos tan lejos de estos mares funestos, ¡tan lejos!, que no volveremos a oír hablar de ellos

"En un rincón del mundo, olvidados por todos, pero felices, viviremos juntos, y nadie sabrá nunca que el marido de la *Perla de Labuán* es el antiguo *Tigre de la Malasia*, el hombre de las legendarias empresas, el que ha hecho temblar reinos y ha vertido tanta sangre. ¡Sí, yo seré su esposa; hoy, mañana, siempre le amaré!"

—¡Ah, divina lady! —exclamó Yáñez, cayendo de rodillas—. ¡Dígame qué es lo que puedo hacer por usted para libertarla y conducirla hasta Sandokan, mi buen amigo, mi buen hermano!

—Ha hecho usted demasiado viniendo hasta aquí, y por ello le guardaré reconocimiento hasta la muerte.

—Pero eso no basta: es preciso decidir al lord a que se retire a Victoria, con objeto de que Sandokan pueda llevar a cabo su empresa.

—Mi tío se ha hecho extremadamente suspicaz, y si hablo, temo alguna traición y no saldrá de la quinta.

—Tiene usted razón, adorable milady. Sin embargo, creo que ya está casi decidido a retirarse a Victoria. Si aun le queda alguna duda, procuraré desvanecerla.

—Esté usted en guardia, señor Yáñez, porque es demasiado desconfiado y podría adivinar cualquier cosa. Es verdad que es usted un hombre blanco, pero sabe que Sandokan tiene un amigo de esta raza.

—Tendré prudencia.

—¿Le espera a usted el lord?

—Sí, milady. Me ha invitado a cenar.

—Váyase usted, no vaya a sospechar algo.

—¿Y volveré a ver a usted?

—Sí; más tarde nos veremos.

—¡Adiós, milady! —dijo Yáñez, besándole caballerosamente la mano.

—¡Váyase, corazón noble; no le olvidaré a usted jamás!

El portugués salió como embriagado por la vista de aquella espléndida criatura.

—¡Por Jove! —exclamó—. ¡Nunca he visto una mujer tan bella, y es verdad, que ya comienzo a envidiar a ese bribón de Sandokan.

El lord le esperaba paseando por la habitación, con la frente arrugada y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Y bien, joven; ¿qué acogida le ha hecho a usted mi sobrina? —preguntó con voz dura e irónica.

—Me parece que no le gusta oír hablar de mi primo William —repuso Yáñez—. Poco faltó para que me echase de allí.

El lord movió la cabeza, y las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—¡Siempre lo mismo! —murmuró rechinando los dientes.

De nuevo se puso a pasear, encerrado en un feroz silencio y agitando nerviosamente los dedos.

En seguida, deteniéndose ante Yáñez, que le miraba sin hacer el más leve gesto, le preguntó:

—¿Qué me aconseja usted que haga?

—Ya se lo he dicho, milord; lo mejor que puede hacer es marcharse a Victoria.

—¡Es verdad! ¿Cree usted que mi sobrina pueda llegar a amar a William? —le preguntó.

—Eso espero, milord. Pero antes es necesario que muera el *Tigre de la Malasia* —contestó Yáñez.

—¿Lograrán matarle?

—La banda está rodeada por nuestra tropa, y William es quien la manda.

—¡Sí, es verdad; le matará, o se hará matar por Sandokan! Conozco a ese joven. Es diestro y animoso.

Calló otra vez y se puso a la ventana para mirar al sol, que descendía lentamente. A los pocos minutos volvió al centro de la habitación, diciendo:

—Entonces, ¿me aconseja usted que me marche?

—Sí, milord —contestó Yáñez—. Aproveche usted esta buena ocasión para refugiarse en Victoria.

—¿Y si Sandokan hubiese dejado algunos hombres ocultos en los alrededores del parque? Me han dicho que está con él un hombre blanco que se llama Yáñez, un audaz que quizás no ceda al *Tigre de la Malasia*.

“¡Gracias por el cumplimento!” —murmuró para sí Yáñez, haciendo un esfuerzo para contener la risa. En seguida, mirando al lord, le dijo:

—Usted tiene una escolta suficiente para rechazar cualquier ataque.

—Antes sí era numerosa; pero ahora ya no lo es. He tenido que devolver al gobernador de Victoria muchos hombres, porque le hacían falta con urgencia. Ya sabe usted que la guarnición de la isla es muy escasa.

—Eso es verdad, milord.

El antiguo capitán había vuelto a sus paseos, poseído de cierta agitación. Parecía atormentado por un grave pensamiento o por una honda perplejidad.

De pronto se acercó bruscamente a Yáñez, preguntándole:

—Cuando ha venido usted, ¿no ha encontrado a nadie?

—A nadie, milord.

—¿No ha notado usted nada sospechoso?

—No, milord.

—Entonces, ¿se podría intentar la retirada?

—Eso creo.

—¡Y, sin embargo, dudo!

—¿De qué, milord?

—De que se hayan marchado todos los piratas.

—Milord, yo no tengo miedo a esos tunantes. ¿Quiere usted que haga un reconocimiento por los alrededores?

—Eso me agradaría. ¿Quiere usted una escolta?

—No, milord; prefiero ir solo. Un hombre puede ocultarse en medio de los bosques sin atraer la atención de los enemigos, mientras que, siendo varios, con dificultad podrían eludir la vigilancia de un centinela.

—Joven, tiene usted razón. ¿Cuándo partirá usted?

—En seguida. En un par de horas se puede andar mucho camino.

—Ei sol ya se va a poner.

—Es mejor así, milord.

—¿No tiene usted miedo?

—Cuando llevo armas no temo a nadie.

—¡La sangre de los Rosenthal es de valientes! —murmuró el lord—
¡Váyase, joven; le espero a usted a cenar!

—¡Ah, milord! ¡Un soldado!...

—¿No es usted acaso un *gentleman*? Además, quizás dentro de poco tiempo seamos parientes.

—¡Gracias, milord! —dijo Yáñez—. Dentro de un par de horas estaré de vuelta.

Saludó militarmente, se puso el sable debajo del brazo, y descendiendo con calma la escalera, salió al parque.

—¡Vamos a buscar a Sandokan! —murmuró así que estuvo lejos—. ¡Demonio! ¡Es preciso contentar al lord! ¡Ya verás, querido amigo, qué exploración voy hacer! ¡Desde ahora puedes tener la seguridad de que no he encontrado rastros de piratas! ¡Por Jove! ¡Qué magnífica combinación! ¡No creía yo que tuviese tan buen resultado!

“La cosa no se hará de rositas; pero ese bribón de mi hermano se casará al cabo con la niña de los cabellos de oro.

“¡Por Baco! ¡Cuidado que ha tenido buen gusto el amigo! ¡Nunca he visto una muchacha tan bella y tan graciosa.

“¿Y qué sucederá después? ¡Pobre Mompracem, te veo en peligro!

“¡Vamos; no pensemos en esto! Si todo ha de concluir mal, me iré a vivir a cualquier ciudad del extremo Oriente, por ejemplo, a Cantón o a Macao, y daré un adiós a estos sitios.”

Así, monologando el valiente portugués, había atravesado una parte del vasto parque, y se detuvo ante una de las cancelas.

Allí estaba de centinela un soldado.

—¡Abrame usted, amigo! —dijo Yáñez.

—¿Se marcha usted, sargento?

—No; voy a explorar los alrededores.

—¿Y los piratas?

—No están por esta parte.

—¿Quiere usted que le acompañe, sargento?

—Es inútil: estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Franqueó la cancela y se dirigió hacia el sendero que conducía a Victoria. Mientras estuvo al alcance de las miradas del centinela, marchó con lentitud; pero apenas se encontró protegido por los árboles y la espesura, apretó el paso metiéndose por en medio del bosque.

Apenas había recorrido unos mil metros, cuando vió que un hombre se lanzaba fuera de la espesa manigua cortándole el camino. Un fusil le apuntó, mientras una voz amenazadora le gritaba.

—¡Ríndete o te mato!

—¿Pero todavía no me conoces? —dijo Yáñez, quitándose el casco—.

—¡No tienes buena vista, mi querido Paranoa!

—¡El señor Yáñez! —exclamó el malayo.

—En carne y hueso, querido. ¿Qué haces aquí, tan cerca de la quinta de lord Guillonk?

—Vigilaba la cerca.

—¿Dónde está Sandokan?

—A una milla de aquí. ¿Tenemos buenas noticias, señor Yáñez?

—No pueden ser mejores.

—Entonces, ¿que es lo que debo hacer?

—Corre a decir a Sandokan que le espero aquí. Al propio tiempo ordenarás a Inioko que tenga listo el parao.

—¿Nos marchamos?

—Probablemente esta noche.

—¡Pues voy corriendo!

—¡Un momento! ¿Han llegado los otros dos paraos?

—No, señor Yáñez. Ya comenzamos a temer que se hayan perdido.

—¡Por Júpiter Tonante! ¡Tenemos poca fortuna con nuestras expediciones! Pero, ¡bah, todavía hay hombres bastantes para exterminar la escolta del lord! ¡Vete, Paranoa; anda ligero!

—A correr, desafío a un caballo.

El pirata partió con la velocidad de una flecha. Yáñez encendió un cigarro y se tendió tranquilamente bajo una magnífica *areca*.

No habían transcurrido veinte minutos cuando vió que avanzaba a paso acelerado Sandokan. Le acompañaban Paranoa y otros cuatro piratas.

—¡Yáñez; amigo mío! —exclamó Sandokan, precipitándose a su encuentro—. ¡No sabes lo que he temblado por ti! ¿La has visto? ¡Háblame de ella, hermano mío! ¡Cuéntame! ¡Estoy abrasado por la curiosidad!

—He corrido como un crucero —dijo el portugués riendo—. Como ves, he representado mi papel como un verdadero inglés, haciéndome pasar por pariente de ese tunante de baronet. ¡Qué acogida, amigo mío! Nadie ha dudado de mí ni un solo momento.

—¿Ni siquiera el lord?

—¡Oh! ¡El menos que nadie! Te bastará con saber que me espera para cenar.

—¿Y Mariana?

—La he visto, y me ha parecido tan hermosa, que empezó a darme vueltas la cabeza. Cuando la he visto llorar...

—¿La has visto llorar? —gritó Sandokan, con acento tal, que parecía rompérsele algo—. ¡Dime quién ha sido el que la hizo derramar esas lágrimas! ¡Dímelo, porque voy a arrancar el corazón al maldito que ha hecho llorar a aquellos ojos tan bellos!

—Pero, Sandokan, ¿te has vuelto hidrófobo? ¡Si por quien ha llorado ha sido por ti!

—¡Ah, criatura sublime! —exclamó el pirata—. ¡Cuéntamelo todo, Yáñez; te lo ruego!

El portugués no se lo hizo repetir y le contó todo lo que había sucedido; primero entre el lord y él y después con la muchacha.

—A mí me parece que el viejo está decidido a partir —concluyó—. Así, pues, puedes estar seguro de que no volverás solo a Mompracem. Pero ten paciencia, hermano, porque no son pocos los soldados que hay en el parque, y tendremos que batir bien el cobre para derrotar a la escolta.

—Además, no me fio mucho de ese viejo. Sería capaz de matar a su sobrina antes de que te apoderases de ella."

—¿Vas a volverla a ver esta noche?

—¡Naturalmente!

—¡Ah! ¡Si yo también pudiese entrar en la quinta!

—¡Qué locura!

—¿Y cuándo se pondrá en marcha el lord?

—Todavía no lo sé; pero creo que esta noche tomará una determinación.

—¿Saldrá esta noche?

—Lo supongo.

—¿Cómo podría yo saberlo con seguridad?

—No hay más que un medio.

—¿Cuál?

—Enviar uno de nuestros hombres al quiosco chino o al invernadero, y que allí espere mis órdenes.

—¿Hay centinelas repartidos por el parque?

—No los he visto más que en las cancelas —contestó Yáñez.

—¿Y si fuese yo?

—No, Sandokan; tú no debes abandonar este sendero. El lord podría precipitar la partida, y es preciso aquí tu presencia para que guies a nuestros hombres.

—Enviaré a Paranoa. Es diestro, es prudente, y llegará sin que le vean.

"Apenas se haya puesto el sol, saltará el recinto e irá a esperar tus órdenes."

Se quedó un momento silencioso, y después dijo:

—¿Y si el lord cambiase de idea y permaneciese en la quinta?

—¡Demonio! ¡Sería un mal negocio!

—¿No podrías abrirnos tú la puerta de noche y dejarnos entrar? ¿Por qué no? Me parece un proyecto realizable.

—Y a mí muy difícil, Sandokan. La guarnición es numerosa; podría hacerse fuerte en las habitaciones y oponer una larga resistencia.

"Además, el lord, al encontrarse cogido, podría, en un arrebato de ira, descargar sus pistolas sobre la muchacha. ¡No te fíes de ese hombre, Sandokan!"

—¡Es verdad! —dijo el Tigre, dando un suspiro—. ¡Lord James sería capaz de asesinar a la chica antes de que yo pudiese cogerla.

—Entonces, ¿esperarás?

—Sí, Yáñez. Pero si no se decide a partir pronto, intentaré dar un golpe desesperado.

"Nosotros no podemos permanecer mucho tiempo aquí. Es preciso que robe la muchacha antes de que en Victoria se sepa dónde estamos y que en Mómpracem hay pocos hombres.

"¡Tiembo por mi isla! Si la perdiésemos, ¿qué sería de nosotros? ¡Allí están nuestros tesoros!"

—Procuraré decidir al lord a que apresure la marcha. Mientras tanto, haz armar el parao y reúne aquí la tripulación entera.

"Es preciso romper de golpe la escolta para impedir al lord que cometa algún acto de desesperación."

—¿Hay muchos soldados en la quinta?

—Unos diez, y otros tantos indígenas.

—Entonces la victoria está asegurada.

Yáñez se levantó.

—¿Te vuelves? —le preguntó Sandokan.

—No se debe hacer esperar a un capitán de navío que invita a cenar a un sargento —contestó sonriendo el portugués.

—¡Cuánto te envidio, Yáñez!

—Pero no por la cena; ¿verdad, Sandokan? A la muchacha ya la verás mañana.

—¡Así lo espero! —contestó el *Tigre* con un suspiro—. ¡Adiós, amigo; anda, decídele!

—Dentro de dos o tres horas veré a Parancoa.

—Te espero hasta la medianoche.

Se dieron la mano y se separaron.

Mientras Sandokan y sus hombres se metían en la espesura, Yáñez encendió un cigarro y se dirigió hacia el parque, marchando con paso tranquilo, como si, en lugar de haber registrado los contornos, volviese de dar un paseo.

Cruzó por delante del centinela y comenzó a pasear por el parque. Pues todavía era demasiado pronto para presentarse al lord.

Al revolver una senda se encontró con lady Mariana que parecía descarle.

—¡Ah, milady! ¡Qué fortuna! —exclamó, inclinándose el portugués.

—Buscaba a usted —contestó la jovencita, alargándole la mano.

—¿Tiene usted que decirme algo importante?

—Sí; que dentro de cinco horas salimos para Victoria.

—¿Se lo ha dicho a usted el lord?

—Sí.

—Sandokan está dispuesto, milady; se ha prevenido a los piratas y esperan a la escolta.

—¡Dios mío! —murmuró ella tapándose el rostro con las manos.

—Milady, en estos momentos es necesario tener resolución.

—¿Y mi tío? ¡Me maldecirá!

—¡Pero, en cambio, Sandokan hará a usted feliz, la más feliz de las mujeres!

Dos lágrimas descendían lentamente por las mejillas de la jovencita.

—¿Llora usted? —dijo Yáñez—. ¡Oh! ¡No llore, lady Mariana!

—¡Tengo miedo, Yáñez!

—¿De Sandokan?

—¡No, del porvenir!

—Le sonreirá a usted, porque Sandokan hará cuanto usted quiera. Está dispuesto a poner fuego a sus propios paraos, a dispersar sus bandadas, a olvidar sus venganzas, a dar un adiós para siempre a su isla y a abdicar su poderío. Bastará con una sola palabra de usted para decidirle.

—Entonces me ama mucho, verdad.

—Con locura, milady.

—Pero, ¿quién es ese hombre? ¿Por qué derramó tanta sangre y se vengó de tal modo? ¿De dónde ha venido?

—Escúcheme usted, milady —dijo Yáñez ofreciéndole el brazo y llevándola hacia un sendero muy sombrío—. Los más creen que Sandokan es un vulgar pirata, salido de las selvas de Borneo, ávido de sangre y de presas; pero se equivocan: es de estirpe real, y no un pirata, sino un vengador.

—Tenía veinte años cuando subió al trono de Muluder, reino que se encontraba cerca de las costas septentrionales de Borneo.

—Fuerte como un león, fiero como un héroe de la antigüedad, audaz como un tigre, valiente hasta la locura, al cabo de poco tiempo venció a todos los pueblos vecinos, extendiendo las fronteras de su reino hasta el de Varauni y el río Koti.

"Aquellas campañas le fueron fatales. Ingleses y holandeses, celosos de una nueva potencia que parecía que iba a sojuzgar la isla entera, se aliaron con el sultán de Borneo para acometer al guerrero audaz.

"Primero con el oro, con las armas más tarde, concluyeron por hacer pedazos el nuevo reino. Los traidores sublevaron varios pueblos; sicarios pagados asesinaron a la madre y a los hermanos y hermanas de Sandokan; bandas poderosas invadieron el reino por varios sitios, comprando a los jefes, comprando a las tropas, saqueando, asesinando, cometiendo inauditas atrocidades.

"En vano Sandokan luchó con el furor de la desesperación, batiendo a los unos y arrojando a los otros. Las traiciones llegaron hasta su mismo palacio, y todos sus parientes cayeron bajo el hierro de sus asesinos, pagados por los blancos, y él mismo, en una noche de fuego y estrago, apenas pudo salvarse seguido de una pequeña tropa de héroes.

"Anduvo errante varios años por las costas septentrionales de Borneo, ya perseguido como una bestia feroz, ya sin víveres, sufriendo horribles miserias, en espera siempre de reconquistar el perdido trono y de vengar a su familia asesinada, hasta que una noche, ya perdida la esperanza en todo y en todos, se embarcó en un parao, jurando guerra a muerte a la raza blanca y al sultán de Varauni. Arribó a Mompracem, tomó hombres a sueldo y se dió a piratear en el mar.

"Era fuerte, era valiente, tenía sed de venganza. Devastó las costas del sultanato, asaltó a los barcos holandeses e ingleses, no dándoles tregua ni cuartel. En fin, fué el terror de los mares, convirtiéndose en el terrible *Tigre de la Malasia*. Usted ya sabe lo demás."

—¡Entonces, es un vengador de su familia! —exclamó Mariana, que ya no lloraba.

—Sí, milady, un vengador que a menudo llora a su madre, a sus hermanos y a sus hermanas, sacrificados por el hierro de los asesinos; un vengador que nunca cometió actos infames, que siempre respetó a los débiles, a las mujeres y a los niños; que saquea a sus enemigos, no por sed de riquezas, sino por levantar un ejército y reconquistar su perdido reino.

—¡Ah, Yáñez; cuánto bien me hacen esas palabras! —dijo la jovencita.

—Y ahora, ¿está usted decidida a seguir al *Tigre de la Malasia*?

—¡Sí; soy suya, porque le amo hasta el punto de que sin él la vida sería para mí un martirio!

—Entonces, volvamos hacia la quinta, milady. Dios velará por nosotros.

Yáñez condujo a la jovencita hasta el palacete, y subieron al comedor.

Allí estaba ya el lord, dando paseos con la rigidez de un verdadero inglés nacido en las orillas del Támesis. Parecía tan sombrío como antes, y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Está usted aquí ya? Al verles salir del parque temí que le sucediera alguna desgracia.

—He querido asegurarme por mí mismo de que no hay ningún peligro, milord —contestó Yáñez tranquilamente.

—¿No ha visto usted a ninguno de esos perros de Mompracem?

—A ninguno, milord; podemos marchar a Victoria con toda seguridad.

El lord quedó silencioso durante algunos instantes, y en seguida, volviéndose hacia Mariana, que se había detenido cerca de una vidriera, le dijo:

—¿Has oído que nos vamos a Victoria?

—Sí —contestó ella con sequedad.

—¿Vendrás?

—Sabe usted demasiado bien que me sería inútil resistir.

—Creí que tendría que llevarte a la fuerza.

—¡Señor!...

El portugués vió relampaguear una luz amenazadora en los ojos de la jovencita; pero permaneció callado, aun cuando sentía irresistibles deseos de acuchillar a aquel viejo.

—¡Bah! —exclamó el lord con ironía—. ¿No amas ya a ese héroe de cuchillo, que consientes en venir a Victoria? En ese caso, recibe mi felicitación, señorita.

—¡No prosiga usted! —exclamó la joven, con un acento que hizo temblar al lord..

Quedaron callados algunos momentos, mirándose el uno al otro, como fieras que provocan antes de desgarrarse mutuamente.

—¡O cedes, o te hago pedazos! —dijo el lord furioso—. ¡Antes de ser la mujer de ese perro que se llama Sandokan, te mato!

—¡Hágalo usted! —dijo ella, acercándosele con aire amenazador.

—¿Quieres dar un espectáculo? Sería inútil. Ya sabes que soy inflexible. Ve a hacer los preparativos para la partida.

La jovencita se detuvo. Cambió con Yáñez una rápida mirada y salió de la habitación, cerrando violentamente la puerta.

—¿La ha visto usted? —dijo el lord volviéndose hacia Yáñez—. Cree que puede desafiarme; pero se engaña. ¡Vive Dios, que antes la haré pedazos!

En lugar de contestar, Yáñez se enjugó algunas gotas de sudor frío que le corrían por la frente, y cruzó los brazos para no caer en la tentación de echar mano al sable. Hubiera dado la mitad de su sangre por deshacerse de aquel terrible viejo, pues sabía que era capaz de todo. El lord estuvo paseando por la estancia durante algunos minutos, y en seguida hizo señas a Yáñez para que se sentara a la mesa.

Cenaron en silencio. El lord apenas tocó las viandas; en cambio el portugués hizo honor a los diversos platos, como hombre que no sabe cuándo y dónde podrá volver a comer.

Apenas habían terminado, cuando entró un cabo de escuadra.

—¿Me ha mandado llamar Su Honor? —preguntó.

—Diga usted a los soldados que se dispongan para marchar.

—¿A qué hora?

—A eso de la medianoche.

—¿A caballo?

—Sí; y recomiende a todos que cambien la carga de sus fusiles.

—Su Honor será servido.

—¿Nos marcharemos todos, milord? —preguntó Yáñez.

—Aquí no quedarán más que cuatro hombres.

—¿Es muy numerosa la escolta?

—Se compondrá de doce soldados muy fieles y de diez indígenas.

—Con esas fuerzas no tendremos nada que temer.

—¡Joven, usted no conoce a los piratas de Mompracem! Si nos los encontrásemos, no sé de quién sería la victoria.

—¿Me permite usted, milord, que baje al parque?

—¿Qué quiere usted hacer?

—Vigilar los preparativos de los soldados.

—Vaya usted, joven.

—El portugués salió, y descendió rápidamente la escalera murmurando:

“¡Creo que llegaré a tiempo para prevenir a Paranoa! ¡Sandokan puede preparar una magnífica emboscada!”

Pasó por delante de los soldados sin detenerse, y orientándose lo mejor que pudo echó a andar por una senda que iba a parar a las cercanías de la estufa.

Cinco minutos después se encontraba en medio del grupo de plátanos donde hicieron prisionero al soldado inglés.

Miró en derredor para asegurarse de que no le habían seguido, se acercó al invernadero y empujó la puerta.

En seguida vió que se alzaba ante él una sombra negra y que una mano le ponía una pistola al pecho.

—¡Soy yo, Paranoa! —dijo.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Yáñez?

—¡Vete en seguida, y corre a advertir a Sandokan que dentro de unas cuantas horas saldremos de la quinta.

—¿Y dónde esperaremos a ustedes?

—En el sendero que conduce a Victoria.

—¿Son ustedes muchos?

—Unos veinte.

—¡Me voy corriendo! ¡Pronto nos veremos, señor Yáñez!

El malayo se lanzó por la senda y desapareció en medio de la sombra que proyectaban los árboles.

Cuando Yáñez volvió al palacete, el lord bajaba la escalera. Se había ceñido el sable y llevaba una carabina.

La escolta ya estaba dispuesta. Se componía de veintidós hombres, doce blancos y diez indígenas, todos armados hasta los dientes.

Cerca de la cancela del parque había un grupo de caballos.

—¿Dónde está Mariana? —preguntó el lord.

—Aquí está —contestó el sargento que mandaba la escolta.

En efecto; lady Mariana descendía en aquel momento las gradas de la terraza.

Vestía de amazona, con un juboncillo de terciopelo azul y una larga falda de la misma tela; traje y color que realizaban doblemente su palidez y la belleza de su rostro. En la cabeza llevaba un sombrero adornado con plumas.

El portugués, que la miraba con atención, vió temblar en sus párpados dos lágrimas.

Ya no era la enérgica muchacha que algunas horas antes había hablado con tanto fuego y fiereza. La idea de un rapto en aquellas condiciones; la idea de abandonar para siempre a su tío, que era el único de sus parientes que vivía y que, si no la quería, en cambio había tenido para ella no pocas atenciones durante su juventud; la idea de tener que dejar para siempre aquellos lugares para lanzarse en un porvenir oscuro, incierto, entre los brazos de un hombre que se llamaba el *Tigre de la Malasia*, todo esto parecía aterrarla. Cuando montó a caballo ya no pudo refrenar las lágrimas, y algunos sollozos agitaron su pecho.

Yáñez dirigió su caballo hacia ella, y le dijo:

—¡Animo, milady; el porvenir será riente para la *Perla de Labuán*.

A una orden del lord, el pelotón se puso en marcha, y saliendo del parque, tomó por el sendero que conducía a la emboscada.

Abrían la marcha seis soldados con las carabinas empuñadas y los ojos fijos en ambos lados del sendero, con objeto de que no los sorprendie-

sen; seguíanlos el lord, y en seguida Yáñez y la joven lady, que llevaban a los flancos otros cuatro hombres, cerrando la comitiva el resto con las armas delante de las sillas.

A pesar de las noticias de Yáñez, todos desconfiaban y escrutaban con atención profunda la selva. El lord no parecía cuidarse de esto; pero de cuando en cuando se volvía y lanzaba a Mariana una mirada en la cual se leía algo amenazador y terrible. Aquel hombre parecía dispuesto a matar a su sobrina al primer intento por parte de los piratas y del Tigre.

Por fortuna, Yáñez se había hecho cargo de sus intenciones, e iba preparado para proteger a la adorable joven. Ya habían recorrido cerca de dos kilómetros en medio del más profundo silencio, cuando a la derecha del sendero se oyó un ligerísimo silbido.

Yáñez, que ya esperaba el asalto de un momento a otro, desenvainó el sable y se puso entre el lord y lady Mariana.

—¿Qué hace usted? —preguntó el lord volviéndose bruscamente.

—¿No ha oído usted? —preguntó Yáñez.

—¿Un silbido?

—Sí.

—¿Y qué?

—Eso quiere decir, milord, que mis amigos nos rodean —dijo Yáñez fríamente.

—¡Ah, traidor! —gritó el lord tirando del sable y dirigiéndose hacia el portugués.

—¡Señor, ya es muy tarde! —gritó éste poniéndose delante de Mariana.

En efecto; en aquel instante partieron de ambos lados del sendero dos mortales descargas, que derribaron en tierra a cuatro hombres y siete caballos; en seguida treinta tigres de Mompracem se precipitaron fuera de la espesura lanzando gritos indescriptibles y cargando furiosamente sobre la escolta.

Sandokan, que los guiaba, saltó en medio de los caballos, detrás de los cuales se habían reunido rápidamente los soldados, y con un golpe de cimitarra tumbó al primer hombre que se le puso delante.

El lord lanzó un verdadero rugido. Con una pistola en la mano izquierda y el sable en la derecha, se fué como un rayo hacia Mariana, que se había agarrado a las crines de su jaca; pero Yáñez ya había saltado a tierra. Cogió a la jovencita, la levantó de la silla y estrechándola entre sus robustos brazos trató de pasar por entre los soldados y los indígenas, que se defendían con el furor de la desesperación.

—¡Sitio, sitio! —gritó, procurando dominar con la voz el ruido de la fusilería y el furioso chocar de las armas.

Pero ninguno se cuidaba de él, a no ser el lord, que se disponía a acometerle. Para mayor desgracia, o quizás por su fortuna, la jovencita se le desvaneció en los brazos.

La depositó detrás de un caballo muerto en el instante en que el lord, pálido de ira, hacía fuego sobre él.

De un salto evitó el disparo, y blandiendo el sable, gritó:

—¡Espera un poco, viejo lobo de mar, que voy a acariciarte con la punta de mi acero!

—¡Traidor, yo te mato! —contestó el lord.

Se lanzaron uno contra otro; Yáñez, resuelto a sacrificarse por salvar a la jovencita, y el inglés, decidido a todo para arrebatarla al Tigre de la Malasia.

Mientras se tiraban tajos tremendos con encarnizamiento sin igual, soldados y piratas combatían con el mismo furor, procurando rechazarse mutuamente.

Reducidos los primeros a un puñado de hombres, pero bien atrincherados detrás de los caballos, los cuales habían caído todos, se defendían valerosamente con ayuda de los indígenas, que confundían sus gritos salvajes con los no menos formidables de los tigres. Herían de punta y de filo y utilizando los fusiles como mazas, ya retrocedían, ya avanzaban, pero siempre sosteniéndose firmes.

Cimitarra en mano, Sandokan procuraba deshacer aquella muralla de hombres para socorrer al portugués, que hacía prodigios contestando a los turbulentos ataques del lobo de mar. Rugía como una fiera, hendía cabezas, se lanzaba como un loco entre las bayonetas arrastrando consigo a la terrible banda, que blandía las sangrientas hachas y los pesados sables de abordaje. La resistencia de los ingleses ya no podía durar mucho.

El *Tigre* lanzó otra vez a sus hombres al asalto, logrando por último rechazar a los defensores, que se replegaron confusamente unos sobre otros.

—¡Tente firme, Yáñez! —gritó Sandokan, acuchillando con la cimitarra al enemigo, que aun intentaba cerrarle el paso—. ¡Tente firme, porque estoy para llegar hasta ahí!

Pero en aquel mismo instante el sable del portugués se rompió por la mitad, y se encontró desarmado, con la muchacha desvanecida aún y delante del lord!

—¡Socorro, Sandokan! —gritó.

El lord se le fué encima, lanzando un grito de triunfo; pero Yáñez no perdió la serenidad. Se echó rápidamente a un lado para evitar un sablazo, y con la cabeza dió en la mitad del pecho al lord, derribándole en tierra.

Ambos cayeron rodando entre los muertos y los heridos.

—¡John —dijo el lord, viendo caer a un soldado a pocos pasos con el rostro medio deshecho de un hachazo—, mata a lady Mariana! ¡Te lo mando!

Haciendo un esfuerzo titánico, el soldado se irguió sobre las rodillas, empuñando la bayoneta.

Estaba dispuesto a obedecer; pero no tuvo tiempo. Oprimidos los ingleses por el número, caían uno a uno bajo las hachas de los piratas, y a dos pasos estaba el *Tigre*.

Con un golpe terrible envió rodando a los que todavía permanecían en pie, saltó sobre el soldado que ya levantaba el arma, y le mató de un sablazo.

—¡Mía, mía! —exclamó el pirata, cogiendo a la jovencita y estrechándola amorosamente.

Saltó fuera de aquel ensangrentado lugar y huyó hacia la espesura, en tanto que sus hombres concluían con los últimos ingleses:

El lord, arrojado por Yáñez contra el tronco de un árbol, quedó medio atontado entre los cadáveres que cubrían el sendero.

CAPITULO VII

LA MUJER DEL "TIGRE"

La noche era magnífica. La luna, ese astro de las noches serenas, brillaba en un cielo sin nubes, proyectando su pálida luz, transparente y

de una infinita dulzura sobre los oscuros y misteriosos bosques, sobre las murmuradoras aguas del riachuelo, reflejándose con vago temblor en las aguas del amplio mar de la Malasia.

Un vientecillo suave y cargado con los perfumes de las plantas agitaba con leve susurro las hojas y la plácida extensión marina moría en las lejanías del horizonte.

Todo era silencio, todo era misterio y paz.

Solamente de cuando en cuando se oía la resaca rompiendo con monótono zumbido en las desiertas arenas de la playa el gemido de la brisa, que parecía un débil lamento, y un sollozo que se alzaba sobre el puente del parao corsario.

La veloz nave había salido de la boca del riachuelo, huyendo con rapidez hacia Occidente y dejando tras sí a Labuán, que ya apenas se veía entre las sombras.

Únicamente tres personas velaban en el puente: Yáñez, taciturno, triste, sombrío, sentado a popa y con una mano en la barra del timón; Sandokan y la muchacha de los cabellos de oro, sentados a proa, a la sombra de grandes velas, acariciadas por la brisa nocturna.

El pirata estrechaba contra su pecho a la bella fugitiva, enjugándole las lágrimas que brillaban en sus pestañas.

—¡Escucha, amor mío! —le decía—. ¡No llores; yo te haré feliz, inmensamente feliz, y seré tuyo, completamente tuyo! ¡Marcharemos lejos de estas islas, enterraremos mi pasado, y no volveremos a oír jamás hablar, ni de mis piratas, ni de mi salvaje isla de Mompracem! ¡Mi gloria, mi poderío, mis sangrientas venganzas, mi temido nombre; todo lo olvidaré por ti, porque quiero ser otro!

"¡Oyeme, niña adorada! ¡Hasta hoy fui el temido pirata de Mompracem; hasta hoy fui asesino, fui cruel, fui terrible, fui tigre...; pero ya no lo seré más! ¡Refrenaré los ímpetus de mi salvaje naturaleza, sacrificaré mi poder, abandonaré este mar, que estaba orgulloso por ser mío y de mis terribles bandas!

"¡No llores, Mariana; el porvenir que nos espera no será tétrico, sino sonriente y feliz!

"¡Iremos muy lejos; tan lejos, que no volveremos a oír hablar jamás de nuestras islas, de estas islas que nos han visto crecer, vivir, amar y sufrir! Perderemos patria, amigos, parientes, pero, ¿qué importa? Te daré una nueva isla más alegre, más risueña, en la cual no oíré el rugir de los cañones, donde no tendré noches que agorpen en torno mío el lúgubre cortejo de las víctimas que he inmolado y que me gritan, continuamente: ¡asesino! ¡No, ya no veré nada de todo esto, y podré repetirte desde la mañana a la noche aquellas divinas palabras, que para mí lo son todo: ¡te amo y soy tu esposo! ¡Oh; repite esa dulce palabra, que nunca resonó en mis oídos durante mi vida borrascosa!"

La jovencita se arrojó en los brazos del pirata repitiendo entre sollozos:

—¡Te amo, Sandokan; te amo como nunca mujer alguna amó sobre la tierra!

Sandokan la estrechó sobre su pecho, y sus labios besaron los dorados cabellos y la nivea frente de la joven.

—¡Ay de quien te toque ahora, que ya eres mía! —volvió a decir el pirata—. Mañana estaremos seguros en mi inaccesible nido, adonde nadie tendrá el atrevimiento de acometernos; y después, cuando haya desaparecido todo peligro, iremos adonde tú quieras, mi amada niña.

—¡Sí —murmuró Mariana—; nos iremos muy lejos, muy lejos; tanto, que no oigamos hablar jamás de nuestras islas!

Lanzó un profundo suspiro que parecía un gemido, y se desvaneció entre los brazos de Sandokan. En el mismo instante dijo una voz:

—¡Hermano, el enemigo nos persigue!

El pirata se volvió, teniendo oprimida contra su pecho a Mariana, y se encontró frente a Yáñez, que le señalaba un punto luminoso que corría sobre el mar.

—¿El enemigo? —preguntó Sandokan con las facciones alteradas.

—Ahora mismo he visto aquella luz: viene de Oriente, y probablemente será un barco que corre detrás de nosotros deseoso de reconquistar la presa cogida al lord.

—¡Pero nosotros la defenderemos! —exclamó Sandokan—. ¡Ay del que intente cerrarme el paso! ¡Ante los ojos de Mariana, soy capaz de luchar con el mundo entero!

Miró con atención el farol señalado y empuñó la cimitarra. En aquel momento Mariana volvía en sí. Al ver al pirata con el arma en la mano lanzó un ligero grito de terror.

—¿Por qué tienes esa arma desenvainada, Sandokan? —preguntó palideciendo.

El pirata la miró con suprema ternura y vaciló un momento; pero en seguida, llevándola dulcemente a popa, le señaló la luz que brillaba a lo lejos.

—¿Una estrella? —preguntó Mariana.

—¡No, amor mío! Es un barco que nos sigue. ¡Un ojo que escruta cuidadosamente el mar, que viene buscándonos!

—¡Dios mío! Entonces, ¿nos siguen?

—Es probable; pero encontrarán balas y metralla.

—¿Y si te matasen?

—¡Matarme! —exclamó enderezándose, mientras que un relámpago de soberbia brillaba en sus ojos. ¡Todavía me creo invulnerable!

El crucero, que tal debía ser, ya se veía más distintamente.

Sus mástiles se destacaban sobre el fondo claro del cielo, y se veía levantarse una gran columna de humo, en medio de la cual revoloteaban miles de chispas.

Su proa cortaba rápidamente las aguas, iluminadas por la luz del astro nocturno, y el viento llevaba hasta el parao el ritmo de las ruedas que batían las olas.

—¡Ven, ven, maldito de Dios! —exclamó Sandokan desafiándolo con la cimitarra, mientras que con el otro brazo ceñía el talle de la niña—. ¡Ven a medirme con el *Tigre*; di que truenen tus cañones; lanza tus hombres al abordaje; te desafío!

En seguida, volviéndose hacia Mariana, que miraba con ansiedad el barco enemigo, le dijo:

—¡Ven, amor mío! ¡Te conduciré a tu nido, donde estarás fuera del alcance de los tiros de esos hombres, que hasta ayer fueron tus compatriotas y que ahora son ya tus enemigos!

Se detuvo un instante mirando al crucero, que forzaba la máquina, y después condujo a Mariana al camarote.

Era una pequeña habitación decorada con elegancia, un verdadero nido. Las paredes estaban tapizadas con un fuerte tejido oriental, y en el piso se veían mullidos tapices indios. Los muebles eran ricos, elegantes, de ébano y palo santo incrustados de nácar, y ocupaban los ángulos de la cámara; del techo pendía una gran lámpara dorada.

—Aquí no te alcanzarán los tiros, Mariana —dijo Sandokan—: las bandas de hierro que cubren la popa de mi barco son más que suficientes para rechazar las balas.

—Pero, ¿y tú, Sandokan?

—Y^o vuelvo al puente para mandar. Es necesaria mi presencia para dirigir la batalla, si nos acometiese el crucero.

—Pero, ¿y si te hiere una bala?

—¡No tengas miedo, Mariana! Al hacer la primera descarga lanzaré entre las ruedas del barco enemigo una granada que lo detenga para siempre.

—¡Estoy temblando por ti!

—¡La muerte tiene miedo al *Tigre de la Malasia*! —respondió el pirata con suprema fiereza.

—¿Y si esos hombres viniesen al abordaje?

—¡No los temo, niña mía! Mis marineros son todos valientes, y están siempre dispuestos a morir por su jefe, y ahora por ti. ¡Que vengan al abordaje tus compatriotas! ¡Nosotros los exterminaremos y los arrojaremos al mar!

—Te creo, mi valiente campeón; pero, ¡tengo miedo! Te odian, Sandokan, y por prenderte serían capaces de intentar cualquier locura. ¡Guárdate de ellos, mi heroico amigo, porque han jurado matarte!

—¡Matarme! —exclamó Sandokan casi con desprecio—. ¡Esos, matar al *Tigre de la Malasia*! ¡Que prueben si se atreven!

—¡Me parece que ahora soy tan fuerte y tan poderoso, que sería capaz de detener con mis manos las balas de su artillería!

—¡No; no temas por mí, niña mía! Voy a castigar al insolente que viene a desafiarme, y después volveré junto a ti."

—Mientras tanto, yo rezaré por ti, mi valiente Sandokan.

El pirata la miró durante algunos instantes con admiración profunda, y cogiéndole la cabeza entre las manos, rozó con los labios sus rubios cabellos.

—¡Y ahora —dijo, levantándose con fiereza— vamos a vernos los dos, barco maldito que vienes a turbar mi felicidad!

—¡Dios mío, protégele! —murmuró la jovencita, cayendo de rodillas.

La tripulación del parao, despertada por el grito de alarma de Yáñez y por el primer cañonazo, había subido precipitadamente a cubierta, dispuesta para la lucha.

Al ver al barco enemigo a tan breve distancia, los piratas se lanzaron bravamente a los cañones y culebrinas, para contestar a la provocación del crucero.

Los artilleros habían encendido ya las mechas, e iban a aplicarlas a las piezas de artillería.

Sandokan apareció en el puente.

Al verle, un sólo grito salió de los pechos de los tigres.

—¡Viva el *Tigre*!

—¡Dejadme paso! —gritó Sandokan rechazando a los artilleros—. ¡Basto yo solo para castigar a esos insolentes! ¡Ya no irá a Labuán el maldito a contar que ha cañoneado la bandera de Mompracem!

Dicho esto, fué a colocarse a popa, y puso un pie en una de las dos cureñas de los cañones de caza.

Aquel hombre parecía que volvía a ser el terrible *Tigre de la Malasia* de otros tiempos. Sus ojos brillaban como carbones encendidos, y sus facciones tenían una expresión de espantosa ferocidad. Se veía que una rabia terrible relampagueaba en su pecho.

—¿Me desafías? —dijo—. ¡Ven y te enseñaré a mi mujer! ¡Está bajo mi protección, defendida por mi cimitarra y mis cañones! ¡Ven a quitármela, si eres capaz! ¡Te esperan los tigres de Mompracem!

Se volvió hacia Paranoa, que estaba cerca de él empuñando la barra del timón, y le dijo:

—Manda que bajen diez hombres a la estiba y que suban a cubierta el mortero que hice embarcar.

Un instante después diez piratas izaban con gran trabajo sobre el puente un mortero asegurándolo con algunos cables del palo mayor.

Un artillero lo cargó con una bomba de ocho pulgadas y de veinte kilos de peso.

—Ahora esperemos a que amanezca —dijo Sandokan—. ¡Quiero, barco maldito, que veas mi bandera y mi mujer!

Subió a la amura de popa, y se sentó con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el crucero.

—¿Qué es lo que intentas hacer? —le preguntó Yáñez—. Dentro de poco el vapor estará a tiro y abrirá el fuego contra nosotros.

—¡Tanto peor para él!

—Entonces esperemos, ya que así lo quieres.

El portugués no se había equivocado. Diez minutos después, aún cuando el parao avanzaba rápidamente, ya el crucero estaba a dos mil metros de distancia.

De pronto un relámpago brilló en la proa del barco y una fuerte detonación sacudió las capas del aire; pero no se oyó el silbido de la bala.

—¡Ah! —exclamó Sandokan—. ¿Me invitas a detenerme y me pides mi bandera? ¡Yáñez, despliega el gallardete de la piratería! ¡La luna es espléndida, y lo verán bien con los anteojos!

El portugués obedeció.

El vapor, que parecía no esperar más que una señal, redobló la velocidad; y, ya a mil metros, disparó un cañonazo, esta vez no con pólvora sola, porque el proyectil pasó silbando sobre el parao.

Sandokan no se movió. Sus hombres se colocaron en sus puestos de combate; pero no contestaron a la intimación.

El barco continuó corriendo aunque más lentamente. Aquel silencio debía de preocuparle no poco, pues sabía que las naves corsarias iban siempre bien armadas y que las montaban tripulaciones resueltas.

A ochocientos metros lanzó un segundo proyectil, que, mal dirigido, cayó en el mar después de haber rozado la coraza de popa del pequeño barco. Una tercera bala enfilaba poco después la cubierta del parao, horadando las dos velas del mayor y del trinquete y otra se hizo pedazos contra uno de los cañones de popa, lanzando un fragmento hasta la amura en que Sandokan estaba sentado.

Este se enderezó, y tendiendo la diestra hacia el barco enemigo, gritó con voz amenazadora:

—¡Tira, tira, nave maldita! ¡No te temo! ¡Cuando quiera te haré pedazos las ruedas y te detendré en tu vuelo.

Otras dos llamas relampaguearon en la proa del vapor, seguidas de dos detonaciones.

Una bala hizo pedazos parte de la amura de popa a dos pasos de distancia de Sandokan, y la otra se llevaba al mar la cabeza de un hombre que estaba atando una escota en el pequeño castillo de popa.

Un grito de furor se alzó entre la tripulación.

—¡Venganza, Tigre de la Malasia!

Sandokan se volvió hacia sus hombres, lanzándoles una mirada de cólera.

—¡Silencio! —gritó—. ¡Aquí mando yo!

—El barco no nos respeta, Sandokan —dijo Yáñez.

—¡Deja que tire!

—¿A qué esperas?

—A que amanezca.

—¡Es una locura, Sandokan! ¿Y si te hiere una bala?

—¡Soy invulnerable! —gritó el *Tigre de la Malasia*—. ¡Desafío los tiros de ese barco!

De un salto se lanzó a la amura de popa, agarrándose al asta de la bandera. Yáñez experimentó un estremecimiento de espanto.

La luna brillaba en el horizonte, y desde el puente del barco enemigo, con un buen anteojo, se podía distinguir a aquel temerario que se exponía a los tiros de los cañones.

—¡Baja, Sandokan! —gritó Yáñez—. ¿Quieres que te maten?

Una sonrisa despreciativa fué la respuesta de aquel hombre formidable.

—¡Acuérdate de Mariana! —volvió a decir Yáñez.

—¡Ya sabe que no tengo miedo! ¡Silencio; a vuestros puestos!

Hubiera sido más fácil detener al vapor en su carrera que decidir a Sandokan a abandonar aquel sitio.

Yáñez, que conocía la tenacidad de su compañero, renunció a una segunda tentativa, y se retiró detrás de uno de los dos cañones.

Después de aquellos cañonazos casi infructuosos, el crucero suspendió el fuego. Su capitán querría, seguramente, ganar más camino para no gastar inútilmente las municiones.

Durante otro cuarto de hora los dos barcos continuaron su carrera; pero, ya a quinientos metros de distancia el uno del otro, el cañoneo volvió a comenzar con más furia.

Multitud de balas caían en derredor del velero, y no todas se perdían. Algunos proyectiles pasaban silbando a través del velamen, partiendo algunas cuerdas, astillando las extremidades de los penoles y rebotando o haciéndose pedazos contra las fajas metálicas.

Otra bala atravesó el puente rozando el palo mayor.

Si hubiera pasado pocos centímetros más a la derecha, se hubiera visto el velero detenido en su carrera.

No obstante aquella peligrosa granizada, Sandokan no se movía. Miraba con frialdad a la nave enemiga, que seguía forzando la máquina para ganar más camino, y sonreía irónicamente cada vez que una bala pasaba silbando cerca de él. Hube un momento en que Yáñez le vió saltar e inclinarse como si fuera a lanzarse hacia el mortero; pero en seguida volvió a su puesto murmurando:

—¡Todavía no! ¡Quiero que veas a mi mujer!

Durante otros diez minutos el vapor bombardeó al pequeño velero, el cual no hacía maniobra alguna para sustraerse a aquella lluvia de tiros: poco a poco el cañoneo fué haciéndose más lento, hasta que al fin cesó por completo.

Mirando con atención a la arboladura del barco enemigo, Sandokan vió ondear una gran bandera blanca.

—¡Ah! —exclamó aquel hombre formidable—. ¿Conque me invitas a rendirme? ¡Yáñez!

—¿Qué quieres, hermano?

—¡Despliega mi bandera!

—¿Estás loco? Esos bribones volverán a comenzar el cañoneo. ¡Ya que se han cansado, déjalos tranquilos!

—¡Quiero que se sepa que el que guía este parao es el *Tigre de la Malasia*!

—Y te saludarán con una lluvia de granadas.

—El viento comienza a ser más fresco, Yáñez. Dentro de diez minutos estaremos fuera del alcance de sus tiros.

—¡Sea como quieras!

A una señal suya un pirata ató la bandera al cordel que pendía de la punta del palo mayor, y la izó.

—¡Tira ahora! ¡Tira! —gritó Sandokan, extendiendo el brazo hacia el barco enemigo—. ¡Haz resonar tus cañones, arma tus hombres, llena de carbón tus hornos; yo aquí te espero! ¡Quiero mostrarte mi conquista al relampaguear de mi artillería!

Dos cañonazos fueron la contestación. La tripulación del crucero había visto la bandera de los tigres de Mompracem, y reanudaba con mayor vigor el cañoneo.

El crucero apresuraba su marcha para caer encima del parao y, si era preciso, lanzarse al abordaje.

Humeaba como un volcán, y las ruedas mordían fragorosamente las aguas. Cuando cesaban las detonaciones se oían los sordos mugidos de la máquina.

Sin embargo, bien pronto debieron de convencerse los que lo montaban de que no era fácil perseguir a un velero con velamen de parao.

Aumentó el viento, y el barquito, que hasta entonces no había podido llegar a los diez nudos, tomaba por momentos una marcha más rápida. Sus inmensas velas, hinchadas como globos, impulsaban a la nave con rapidez extraordinaria.

No corría, volaba sobre las tranquilas aguas del mar.

El crucero seguía disparando furiosamente; pero sus balas caían en la estela del parao.

Sandokan no se había movido. Sentado al lado de su bandera roja, miraba atentamente el cielo: parecía no cuidarse del barco que con tanto encarnizamiento iba persiguiéndole.

El portugués, que no comprendía la idea de Sandokan, se le acercó y le dijo:

—¿Qué es lo que quieres hacer, hermano mío? Si este viento no cesa, dentro de una hora estaremos muy lejos de ese barco.

—Espera un poco todavía, Yáñez —contestó Sandokan—. Mira hacia el Oriente: ya comienzan a palidecer las estrellas y se difunden por el cielo las primeras claridades del alba.

—¿Quieres llevar detrás de ti a ese crucero hasta Mompracem, para después abordarlo?

—No tengo esa intención.

—No te comprendo.

—Así que el alba permita que pueda distinguirme la tripulación de ese barco, castigaré su insolencia.

—Eres demasiado buen artillero para esperar la luz del sol. El mortero ya está cargado.

—Quiero que vean quién pone fuego a la pieza.

—Es muy probable que ya lo sepan.

—Es verdad: acaso lo sospechen; pero no me basta. Quiero enseñarles también la mujer del *Tigre de la Malasia*.

—¿Mariana?

—Sí, Yáñez.

—¡Qué locura!

—Así sabrán en Labuán que el *Tigre de la Malasia* se ha atrevido a violar las costas de la isla y a hacer frente a los soldados que vigilaban bajo el mando de Lord Guillonk.

—A estas horas ya nadie ignorará en Victoria la atrevida expedición que has realizado.

—¡No importa! ¿Dices que ya está dispuesto el mortero?

—Y cargado, Sandokan.

—Dentro de pocos minutos castigaremos a ese curioso. Le haré pedazos una rueda. ¡Ya lo verás, Yáñez!

Mientras hablaban continuaba extendiéndose por Oriente una pálida luz rojiza.

La luna iba a ponerse tras la línea del mar, y los astros palidecían rápidamente. Dentro de pocos minutos había de aparecer el sol.

El barco de guerra se había quedado retrasado a una distancia de cerca de mil quinientos metros. A pesar de forzar la máquina, perdía camino de segundo en segundo.

En cambio, el veloz parao aumentaba en rapidez, pues el viento crecía con las primeras luces del alba.

—¡Hermano mío —dijo de pronto Yáñez—, vamos: dispara un buen tiro al crucero!

—Manda que cojan rizos a las velas del trinquete y del palo mayor —contestó Sandokan—. Cuando esté a quinientos metros pondré fuego al mortero.

Yáñez dió inmediatamente la orden. Diez piratas subieron por las escalillas y recogieron las dos velas, ejecutando con rapidez la maniobra.

Así reducido el velamen, el parao comenzó a acortar la carrera.

El crucero se dió cuenta de ello en seguida, y aun cuando todavía estaba muy lejos, volvió a reanudar el cañoneo.

Todavía había que esperar una buena media hora para que llegase a la distancia que deseaba Sandokan.

Cuando sus balas comenzaron a caer sobre el puente del parao, el *Tigre* bajó de la amura y se puso detrás del mortero.

Un rayo del sol iluminó las velas del parao.

—¡Ahora yo! —gritó Sandokan, sonriendo—. Yáñez, pon el barco a través del viento!

Un instante después el pequeño velero se ponía en la posición mandada, permaneciendo casi al paio.

Sandokan hizo que le diesen la mecha, que ya había encendido Paranoa, y se inclinó sobre el mortero, calculando la distancia con la mirada.

Al ver que se detenía el velero, el barco de guerra aprovechó la ocasión para intentar alcanzarle. Avanzaba con rapidez creciente, despidiendo nubes de humo y alternando los tiros de granada con los proyectiles macizos.

Los cascos de hierro saltaban sobre la cubierta, horadando las velas, partiendo las cuerdas, escurriéndose sobre las planchas metálicas, astillando y destrozando las maderas. ¡Ay, si aquella lluvia de fuego hubiera durado solamente diez minutos!

Sandokan, siempre impasible, continuaba mirando.

—¡Fuego! —gritó de pronto dando un salto atrás.

En seguida se inclinó sobre la humeante pieza, conteniendo la res-

piración, apretando los labios, fijos los ojos hacia adelante, como si quisiera seguir la invisible trayectoria del proyectil. Pocos instantes después una segunda detonación resonaba en la lejanía.

La bomba había estallado entre los rayos del tambor de babor, haciendo saltar con violencia las palas y el herraje de la rueda.

El barco, gravemente averiado, se inclinó sobre la banda y empezó a dar vueltas sobre sí mismo al impulso de la otra rueda, que todavía batía las aguas.

—¡Viva el *Tigre!* —gritaron los piratas arrojándose sobre los cañones.

—¡Mariana! ¡Mariana! —exclamó Sandokan, mientras que el vapor, medio tumbado sobre la banda, embarcaba el agua por toneladas.

La jovencita apareció en el puente. Sandokan la cogió entre sus brazos, la llevó hasta la amura, y enseñándosela a la tripulación del barco enemigo, tronó:

—¡He aquí mi mujer!

Y mientras los piratas lanzaban sobre el crucero un huracán de metralla, el *paraó* viraba de bordo, alejándose rápidamente hacia el Oeste.

CAPITULO VIII

EN MOMPRACEM

Castigado el barco enemigo, el cual había tenido que detenerse para reparar los gravísimos daños que le había causado la granada tan diestramente dirigida por Sandokan, el *paraó*, tendidas de nuevo sus inmensas velas, se había alejado con la velocidad propia de ese género de naves que desafían a los más rápidos *clipper* de las marinas de ambos mundos.

Quebrantada por tantas emociones, Mariana había vuelto a retirarse a su lindo camarote, y una buena parte de la tripulación también dejó la cubierta, pues por el momento no parecía que amenazase ningún otro peligro a la nave.

Yáñez y Sandokan permanecieron en el puente. Sentados en el coronamiento de popa, discurrían entre sí, mirando de cuando en cuando hacia el Este, donde todavía se veía un sutil penacho de humo.

—Ese vapor tendrá mucho que hacer para llegar hasta Victoria— decía Yáñez—: la bomba le ha producido tan graves averías, que le ha dejado imposibilitado para toda tentativa de persecución. ¿Crees que lord Guillonk lo ha enviado para darnos caza?

—No, Yáñez —contestó Sandokan—. El lord no ha tenido tiempo para correr a Victoria y advertir al Gobernador lo que ha sucedido. Ese buque debe estar buscándonos hace ya algunos días, porque ya en la isla sabrían que habíamos desembarcado.

—¿Crees que el lord nos dejará tranquilos?

—Lo dudo mucho, Yáñez. Conozco a ese hombre, y sé que es muy tenaz y vengativo. No dudes de que muy pronto nos acometerá de un modo formidable.

—¿Vendrá a atacarnos a nuestra isla?

—¡Qué se yo, Yáñez! Lord James goza de mucha influencia, y, además, sé que es muy rico. Le será fácil, por lo tanto, armar todos los barcos que estén disponibles, alistar marineros y conseguir la ayuda del Gobernador. Ya verás cómo dentro de muy poco aparece una flotilla ante Mompracem.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Daremos nuestra última batalla.

—¿La última? ¿Por qué dices eso, Sandokan?

—Porque después Mompracem se quedará sin sus jefes —dijo el Tigre de la Malasia dando un suspiro—. Mi carrera, Yáñez, está para terminar. Este mar, teatro de mis campañas, ya no verá surcar sus ondas a los paraos del tigre.

—¡Ah, Sandokan!

—¿Qué quieres, Yáñez? Así estaba escrito. El amor de la niña de los cabellos de oro tenía que hacer desaparecer al pirata de Mompracem.

“Es triste, inmensamente triste, mi buen Yáñez, tener que dar un adiós para siempre a estos lugares y perder fama y poderío; y, sin embargo, tengo que resignarme.

“¡No más batallas; no más tronar de cañones; no más humeantes cascos que se hundan en los abismos de este mar; no más abordajes sangrientos! ¡Ah! ¡Siento que sangra mi corazón, Yáñez, pensando en que el Tigre morirá para siempre, y, que este mar y mi misma isla serán de otros!

—¿Y nuestros hombres?

—Seguirán el ejemplo de su jefe si así lo quieren, y también darán un adiós a Mompracem —dijo Sandokan con voz triste.

—Y nuestra isla, después de tanto esplendor, ¿volverá a quedar desierta como antes de haber venido tú a ella?

—Sí.

—¡Pobre Mompracem! —exclamó Yáñez con profunda amargura—, ¡yo que la quería tanto como si fuese mi patria, como si fuese la tierra donde nací!

—¿Y crees que yo no la quería? ¿Crees que no se me aprieta el corazón pensando en que quizá no volveré a verla nunca, y que acaso jamás surcaré con mis paraos este mar que llamaba mío? ¡Si yo pudiese llorar, verías cuántas lágrimas surcaban mis mejillas!

“¡Vamos; así lo quiso el destino! ¡Resignémonos, Yáñez, y no pensemos ya en lo pasado!”

—¡Pues yo no puedo resignarme, Sandokan! ¡Ver cómo desaparece de un solo golpe nuestro poder, que tan inmensos sacrificios nos ha costado y tantos ríos de sangre!

—¡Es la fatalidad que así lo quiere! —dijo Sandokan con voz sorda.

—¡Dí mejor que lo quiere tu cariño por la niña de los cabellos de oro! ¡Sin esa mujer, el rugir del Tigre haría temblar todavía durante muchos años a los ingleses y al Sultán de Varauni!

—¡Es verdad, amigo mío! —dijo Sandokan—. Es la niña la que ha dado el golpe mortal a Mompracem. Si no la hubiese visto nunca, ¡quién sabe cuántos años todavía cruzaría este mar nuestra triunfante bandera! Pero ya es demasiado tarde para romper las cadenas con que me ha aprisionado.

“Si fuese otra mujer, al pensar en la ruina de nuestro poderío habría huído de ella o vuelto a conducirla a Labuán; pero sé que haría pedazos para siempre mi existencia si no volviese a verla más.

“La pasión que arde en mi pecho es demasiado gigantesca para que pueda sofocarla.

“¡Ah! ¡Si ella quisiera! ¡Si ella no tuviese horror a nuestro oficio ni miedo a la sangre y al ruido de la artillería! ¡Cuánto haría yo porque el astro de Mompracem brillase más esplendoroso ante sus miradas! Podría

darle un trono aquí o en las costas de Borneo; pero ahora... ¡Vamos; que se cumpla nuestro destino! ¡Vamos a dar en Mompracem la última batalla, y después saldremos de la isla y nos haremos a la vela!"

—¿Para dónde, Sandokan?

—Lo ignoro, Yáñez. Iremos adonde ella quiera; muy lejos de estos mares y de estas islas. Si tuviese que permanecer aquí cerca, no sé si podría resistir mucho tiempo a la tentación de volver a Mompracem.

—Bueno, sea; vamos a empeñar la última lucha, y después alejémonos! —dijo Yáñez con acento resignado— El combate será tremendo, Sandokan. El lord nos acometerá como un desesperado.

—Encontrará inexpugnable la cueva del *Tigre*. Nadie hasta ahora ha sido tan audaz que haya violado las costas de mis islas, y ni él mismo las tocará. Espera a que lleguemos, y verás los trabajos que vamos a realizar para que no nos saque la flotilla que envíe contra nosotros. Haremos tan fuerte el poblado, que pueda resistir el más terrible bombardeo. ¡No está todavía domado el *Tigre*; rugirá fuerte aún, y llevará el espanto a las filas enemigas!

—¿Y si cayésemos bajo el peso del número? Ya sabes, Sandokan, que los holandeses están aliados con los ingleses para la represión de la piratería. Podrían reunirse las dos flotas y dar un golpe mortal a Mompracem.

—Si me viese vencido, pondré fuego a la pólvora, y volaremos todos juntamente con nuestro poblado y nuestros paraos. ¡Nunca podría resignarme a la pérdida de Mariana! ¡Antes que ver que me la robaban, prefiero mi muerte a la suya!

—Esperemos que no suceda, Sandokan.

El *Tigre de la Malasia* inclinó la cabeza sobre el pecho y suspiró; después, y al cabo de algunos instantes de silencio, dijo:

—Sin embargo, tengo un triste presentimiento.

—¿Cuál? —preguntó Yáñez, con ansiedad.

Sandokan no respondió; se alejó del portugués, y se apoyó en la amura de proa para que refrescara su rostro abrasado la brisa marítima. Estaba inquieto; profundas arrugas surcaban su frente, y de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros.

—¡Fatalidad! ¡Y todo por esta celestial criatura! —murmuró—. ¡Por ella debo perderlo todo; todo, incluso este mar que llamaba mío y que consideraba como si fuera sangre de mis venas! ¡Será de ellos: de esos hombres a quienes hace doce años vengo combatiendo sin cesar, sin tregua; de esos hombres que me han arrojado de las gradas de un trono al fango; que mataron a mi madre, a mis hermanos a mis hermanas!...

—¡Ah! ¡Tú te lamentas! —continuó, mirando al mar, que murmuraba ante la proa de la veloz embarcación—. ¡Tú gimes, no quieres ser de esos hombres, no quieres volver a la tranquilidad que tenías antes de que yo viesese aquí! Pero, ¿crees que yo no sufro también? Si fuese capaz de llorar, ¡cuántas lágrimas caerían de mis ojos!

—¡Vamos! ¿A qué lamentarse ahora? ¡Esa niña divina me recompensará de tantas pérdidas!

Se llevó las manos a la frente, como si quisiera arrojar de sí los tumultuosos pensamientos que oprimían su abrasado cerebro; después se enderezó, y marchando lentamente descendió al camarote.

Al oír hablar a Mariana se detuvo.

—¡No, no! —decía la jovencita con voz afanosa—. ¡Dejadme; ya no

os pertenezco! ¡Soy del *Tigre de la Malasia!* ¿Por qué queréis separarme de él? ¡Apartad a ese William! ¡Le odio! ¡Lleváoslo!

—¡Sueña! —murmuró Sandokan—. ¡Duerme segura, niña mía, que aquí no corres peligro alguno! ¡Yo velo, y para arrancarte de mis brazos será preciso que pasen sobre mi cadáver!

Abrió la puerta del camarote, Mariana dormía, respirando afanosamente y agitando los brazos como si quisiera alejar una visión.

El pirata la contempló algunos instantes con indefinible dulzura, se retiró sin hacer ruido y entró en su camarote.

A la mañana siguiente el parao, que durante toda la noche había navegado a gran velocidad, se encontraba a sesenta millas de Mompracem.

Ya todos se consideraban seguros, cuando el portugués, que vigilaba con atención, descubrió una sutil columnita de humo que parecía dirigirse hacia el Este.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Tenemos otro crucero a la vista? ¡Que yo sepa, en este trozo de mar no hay volcanes!

Cogió un anteojo, subió a lo alto del palo mayor y miró atentamente aquel humo, que ya se había acercado de un modo considerable. Cuando descendió, su frente estaba nublada.

—¿Qué hay, Yáñez? —preguntó Sandokan, que había vuelto a subir a cubierta.

—Que acabo de descubrir un cañonero, hermano mío.

—Menos mal si no es más que un cañonero.

—Ya sé que no se arriesgará hasta atacarnos, puesto que esos barcos no llevan comúnmente más que un cañón; pero estoy inquieto por otro motivo.

—¿Por cuál?

—Ese barco viene del Oeste; quizás de Mompracem.

—¡Oh! No quisiera que durante nuestra ausencia una flota enemiga hubiera bombardeado nuestro nido.

—¿Mompracem bombardeada? —preguntó una voz argentina detrás de ellos.

Sandokan se volvió rápidamente y se encontró ante Mariana.

—¡Ah! ¿Eres tú, amiga mía? —exclamó—. Creía que todavía estabas durmiendo.

—Acabo de levantarme. Pero, ¿de qué hablabais? ¿Nos amenaza un nuevo peligro?

—No, Mariana —contestó Sandokan—. Pero estamos inquietos porque hemos visto una cañonera que viene por la parte de Mompracem.

—¿Temes que haya cañoneado tu aldea?

—Sí; pero no ella sola: una descarga de nuestros cañones hubiera bastado para hundirla.

—¡Oh! —exclamó Yáñez, dando dos pasos adelante.

—¿Qué ves?

—La cañonera nos ha descubierto y se dirige hacia nosotros.

—Vendrá a espiarnos —dijo Sandokan.

Efectivamente, el pirata no se equivocaba. La cañonera, una de las más pequeñas, que apenas desplazaría cien toneladas, armada con un solo cañón situado en la plataforma de popa, se acercó a unos mil metros de distancia, virando en seguida de bordo; pero no se alejó del todo,

porque seguía viéndose su penacho de humo a una distancia de diez millas hacia el Este.

Los piratas no se preocupaban por la presencia de aquel barco, pues sabían que no se hubiera atrevido contra el parao, cuya artillería era tan formidable que podía hacer frente a cuatro enemigos como él.

Hacia el mediodía un pirata que había trepado hasta el pañol del trinquete para arreglar una cuerda señaló Mompracem, la temida madriguera del *Tigre de la Malasia*.

Yáñez y Sandokan respiraron, pues ya entonces se consideraban seguros, y seguidos de Mariana se dirigieron a la proa.

Allá lejos, donde el cielo se confundía con el mar, adivinábase, más que verse, una larga línea de color indeciso, pero que poco a poco fué haciéndose verde.

—¡Pronto, pronto! —exclamó Sandokan, dominado por una ansiedad muy viva.

—¿Qué temes? —preguntó Mariana.

—¡No lo sé; pero me dice el corazón que ahí ha sucedido algo! ¿Viene siguiéndonos la cañonera?

—Sí, en dirección del Este veo el penacho de humo —contestó Yáñez.

—¡Mala señal!

—También yo creo, Sandokan, que es mala señal.

—¿Ves algo?

Yáñez asestó un anteojo hacia la isla, y miró atentamente durante algunos minutos.

—Veo los paraos anclados en la bahía.

Sandokan respiró, y un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

—¡Esperemos! —murmuró.

El parao, empujado por fuerte viento, estuvo a pocas millas de la isla en menos de una hora y se dirigió hacia la bahía que se abría ante el poblado.

Bien pronto estuvo bastante cerca para distinguir las fortificaciones, los almacenes y las cabañas.

Sobre la gran roca, en lo alto del vasto edificio que servía de habitación al *Tigre*, ondeaba la bandera de la piratería; pero el poblado no estaba tan floreciente, ni los paraos eran tantos como antes de haber salido de Mompracem.

—¡Ah! —exclamó Sandokan oprimiéndose el pecho—. Lo que yo sospechaba ha sucedido; ¡el enemigo ha venido a acometer mi retiro!

—¡Verdad! —murmuró Yáñez con dolor.

—¡Pobre amigo! —dijo Mariana al ver el dolor que se reflejaba en el rostro de Sandokan—. ¡Mis compatriotas se han aprovechado de tu ausencia!

—¡Sí! —contestó Sandokan moviendo tristemente la cabeza—. ¡Mi isla, un día tan temida e inaccesible, ha sido violada, y mi fama se ha oscurecido para siempre!

CAPITULO IX

LA REINA DE MOMPRACEM

En efecto, por muy poco, la isla de Mompracem, mirada como inexpugnable y que ponía espanto en los más animosos con sólo verla, no había caído en manos de sus enemigos.

Probablemente, sabiendo los ingleses la partida de Sandokan, y seguros de que encontrarían una guarnición muy débil, se habían dirigido de improviso a la isla, bombardearon las fortificaciones, echaron a pique varios barcos e incendiaron parte de las construcciones. Habían llevado su audacia hasta desembarcar tropas para apoderarse de ella; pero el valor de Giro-Batol y de sus tigres había concluido por triunfar, viéndose obligados los enemigos a retirarse por miedo a que los atacaran por la espalda los paraos de Sandokan, que creían ya cercanos.

Había sido una victoria, es verdad; pero por poco cae la isla en manos del enemigo.

Cuando desembarcaron Sandokan y sus hombres, los piratas de Mompracem, reducidos a la mitad, se precipitaron a su encuentro saludándolos con grandes vivas y reclamando venganza contra los invasores.

—¡Tigre de la Malasia, vamos a Labuán! —gritaban—. ¡Tenemos que devolverles las balas que han lanzado contra nosotros!

—Capitán —dijo Giro-Batol adelantándose—, hemos hecho lo posible por abordar a la escuadra que nos acometió; pero no lo hemos logrado. ¡Condúcenos a Labuán, y destruiremos aquella isla, no dejando en pie ni un solo árbol, ni una mata!

En lugar de contestar, Sandokan cogió a Mariana y la condujo ante las hordas.

—¡Es la patria de esta señora! —dijo—. ¡La patria de mi mujer!

Aj ver a la jovencita, que hasta entonces había permanecido detrás de Yáñez, los piratas dieron un grito de sorpresa y admiración.

—¡La Perla de Labuán! ¡Viva la Perla! —exclamaron cayendo de rodillas ante ella.

—Su patria me es sagrada —dijo Sandokan—; pero dentro de poco tendréis ocasión para devolver a nuestros enemigos las balas que han lanzado sobre estas costas.

—¿Van a volver a asaltarnos? —preguntaron todos.

—No está lejos el enemigo, mis valientes; ya podéis ver su vanguardia en aquella cañonera que tan atrevidamente ronda cerca de aquí. Los ingleses tienen grandes motivos para atacarnos; tienen que vengar a los hombres que hemos matado bajo los bosques de Labuán, y arrebatarme esta jovencita. Estad dispuestos, porque el momento quizás no tarde.

—¡Tigre de la Malasia —dijo un jefe adelantándose—, mientras uno de nosotros quede con vida, nadie vendrá a robar la Perla de Labuán, ahora que la cubre la bandera de la piratería! ¡Ordene usted; estamos prontos a dar toda nuestra sangre por ella!

Profundamente conmovido, Sandokan miró a aquellos héroes que aclamaban las palabras del jefe, y que después de haber perdido tantos compañeros todavía ofrecían su vida por salvar la de aquella mujer, que era la principal causa de sus desventuras.

—¡Gracias, amigos! —dijo con voz ahogada.

Se pasó varias veces una mano por la frente, dió un profundo suspiro, ofreció el brazo a la lady, que no estaba menos conmovida, y se alejó con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Esto ha concluido! —murmuró Yáñez tristemente.

Sandokan y su compañera subieron los estrechos escalones que conducían a lo alto de la roca, seguidos por las miradas de todos los piratas,

La mujer del pirata—3.

que los contemplaban con una mezcla de admiración y de amargura, y se detuvieron ante la gran cabaña.

—He aquí tu vivienda —dijo, entrando—. Era la mía: es un nido feo en el cual se desarrollaron algunas veces dramas sombríos. Es indigno de dar hospitalidad a la *Perla de Labuán*; pero es seguro e inaccesible al enemigo, el cual nunca podrá llegar hasta él.

—Si te convirtieras en la reina de Mompracem, yo la embellecería y haría un palacio regio. En fin, ¿para qué hablar de cosas imposibles? ¡Todo ha muerto aquí, o está para morir!”

Sandokan se llevó las manos al corazón, y su rostro se alteró dolorosamente. Mariana le echó los brazos al cuello.

—¡Tú sufres, Sandokan, tú me ocultas tus dolores!

—¡No, alma mía! Estoy conmovido, pero nada más. ¿Qué quieres? Al ver violada mi isla, diezmadas mis bandas, y al pensar que dentro de poco he de perderlo todo...

—Sandokan, entonces lamentas tu pasado poderío y sufres con la idea de tener que perder tu isla. Oyeme, mi valiente: ¿Quieres que yo permanezca en esta isla, entre tus tigres, que empuñe también la cimitarra y que combata a tu lado? ¿Lo quieres?

—¡Tú! —exclamó—. ¡No; no quiero que seas una mujer de esa naturaleza! ¡Sería una monstruosidad obligarte a permanecer aquí ensordecida siempre con el retumbar de la artillería y con los gritos de los combatientes, exponiéndote a un continuo peligro! ¡Dos felicidades son demasiado; no quiero eso!

—¿Es decir, que me amas más que a tu isla, que a tus hombres y que a tu fama?

—¡Sí, alma celestial! Esta noche reunire a mis bandas, y les diré que después de combatir en la última batalla arriaremos para siempre nuestra bandera y nos alejaremos de Mompracem.

—¿Y qué van a responder tus tigres a semejante proposición? ¡Me odiarán al saber que soy la causa de la ruina de Mompracem!

—Ninguno se atreverá a alzar la voz contra ti. ¡Soy todavía el *Tigre de la Malasia*, el *Tigre* que les ha hecho temblar siempre con un solo gesto!

—Además, me quieren demasiado para no obedecerme. ¡Vamos; dejemos que se cumpla nuestro destino!”

Ahogó un suspiro, y dijo amargamente:

—¡Tu amor me hará olvidar mi pasado, y quizás también a Mompracem!

Depositó un beso en los blondos cabellos de la niña, y en seguida llamó a los dos malayos que estaban al servicio de las habitaciones.

—¡Esta es vuestra señora —les dijo, indicándoles la joven—: la obedeceréis como si fuese yo mismo! Dicho esto, y después de haber cambiado con Mariana una larga mirada, salió rápidamente y descendió a la playa.

La cañonera seguía a la vista de la isla, dirigiéndose ya hacia el Norte, ya hacia el Sur.

Parecía que trataba de descubrir algo; probablemente, algún otro cañonero o crucero que viniese de Labuán.

En tanto, los piratas, previendo un ataque próximo, trabajaban febrilmente bajo la dirección de Yáñez, reforzando bastiones, excavando fosos, levantando escarpas y estacadas.

Sandokan se acercó al portugués, que estaba desarmando los paraos con objeto de guarnecer con su artillería un potente reduoto construído en el centro de la aldea.

—¿No ha aparecido ningún otro nuevo barco? —le preguntó.

—No —contestó Yáñez—; pero la cañonera no se aleja de nuestras aguas, y eso es muy mala señal. Si el viento fuese bastante fuerte para poder ganar en velocidad a su máquina, la acometería con muchísimo placer.

—Es preciso tomar medidas para poner a salvo nuestras riquezas y, en caso de una derrota, prepararnos la retirada.

—¿Temes que no podamos hacer frente a los asaltantes?

—¡Tengo presentimientos siniestros, Yáñez! ¡Algo me dice que voy a perder esta isla!

—¡Bah! Que sea hoy o que sea dentro de un mes, tanto da, ya que has decidido abandonarla. ¿Y lo saben nuestros piratas?

—No; pero esta tarde o esta noche llevaré a las bandas a mi cabaña, y allí sabrán lo que he decidido.

—Va a ser un gran golpe para ellos, hermano.

—Ya lo sé; pero si quieren continuar pirateando por su cuenta, yo no se los impediré.

—¡Ni pensarlo, Sandokan! Ninguno abandonará al *Tigre de la Malasia*, y adondequiera que vayas te seguirán.

—¡Ya lo sé; me aman demasiado estos valientes! Trabajemos, Yáñez; hagamos nuestra roca, si no inconquistable, por lo menos temible.

Se reunieron con sus hombres, que trabajaban con ardimiento sin igual alzando nuevos terraplenes y trincheras, plantando enormes empalizadas que guarnecían con culebrinas, acumulando enormes pirámides de balas y granadas, resguardando la artillería con barricadas de troncos de árboles, con grandes pedruscos y fajas de hierro arrancadas de los navíos saqueados en sus interminables correrías.

Al caer de la tarde la roca presentaba un aspecto imponente; podría creérsele inexpugnable.

Aquellos ciento cincuenta hombres, porque a tan pocos habían quedado reducidos desde el ataque de la escuadra y de la pérdida de las dos tripulaciones que habían seguido a Sandokan a Labuán, y de los cuales no se había vuelto a tener noticia alguna, habían trabajado tanto como quinientos.

Llegada la noche, Sandokan hizo embarcar sus riquezas en un gran parao, y juntamente con otros dos, lo envió a las costas occidentales para que se remontaran a alta mar por si era necesario huir.

A medianoche Yáñez, con los jefes y todas las bandas, subían a la gran cabaña donde los esperaba Sandokan.

Había sido arreglada con extremado lujo una sala tan amplia que podía contener más de doscientas personas. Grandes lámparas doradas derramaban torrentes de luz, haciendo brillar el oro, los tapices y las telas que cubrían las paredes, así como el nácar que decoraba los ricos muebles de estilo indio.

Sandokan se había puesto el traje de gala, de raso rojo, y el turbante verde, adornado con un penacho cuajado de brillantes. A la cintura llevaba los dos *kriss*, insignia de gran jefe, y una espléndida cimitarra con la vaina de plata y la empuñadura de oro.

Mariana vestía un traje de terciopelo negro bordado de plata, que

dejaba al descubierto los brazos y los hombros, sobre los cuales caían como lluvia de oro sus hermosos cabellos rubios. Ricos brazaletes adornados con perlas de inestimable valor y una diadema de brillantes que despedían haces de luz, la hacían más bella.

Al verla, los piratas no habían podido contener un grito de admiración ante aquella soberbia criatura, que miraban como a una divinidad.

—¡Amigos, mis fieles tigres! —dijo Sandokan, llamando en derredor de sí a la formidable banda.

—¡Os he llamado para decidir de la suerte de mi Mompracem!

“Me habéis visto luchar durante tantos años sin tregua ni piedad contra la raza execrada que asesinó a mi familia, que me robó una patria, que desde las gradas de un trono me precipitó a traición en el polvo, y que ahora procura destruir a la raza malaya; me habéis visto luchar como un tigre, rechazar siempre a los que procuraban invadir nuestra salvaje isla; pero ahora, ¡basta ya! ¡El Destino quiere que me detenga!

“Ahora comprendo que mi misión vengadora ha concluido; comprendo que ya no sabré rugir ni combatir como en otros días; comprendo que tengo necesidad de reposo.

“Combatiré, sin embargo, una vez más al enemigo, que quizá mañana venga a atacarnos, y después daré un adiós a Mompracem y me iré muy lejos a vivir con esta mujer a quien amo, y que será mi esposa.

“¿Queréis vosotros continuar las empresas del Tigre? Os deo mis barcos y mis cañones; y si preferís acompañarme a mi nueva patria, seguiré considerándoos como mis hijos.”

Los piratas, que parecían haber quedado aterrados ante aquella revelación inesperada, no contestaron; pero muchos rostros, ennegrecidos por la pólvora de los cañones y los vientos del mar, se bañaban en lágrimas.

—¡Lloráis? —exclamó Sandokan con voz alterada por la emoción—. ¡Ah, sí; os comprendo, mis valientes! Pero ¿creéis que yo no sufro también ante la idea de no volver a ver mi isla, mi mar, de perder mi poder, de entrar en la obscuridad después de haber brillado tanto, de haber conquistado tanta fama, siquiera sea terrible y siniestra? ¡Es la Fatalidad quien así lo quiere, e inclino la cabeza! Además, ahora ya no pertenezco más que a la *Perla de Labuán*.

—¡Capitán, mi capitán! —exclamó Giro-Bato!, que lloraba como un niño—. ¡Permanezca entre nosotros, no abandone nuestra isla! ¡La defenderemos contra todos, haremos levas de hombres, y si usted quiere, iremos a destruir a Labuán, Varauni y Sarawak, para que nadie se atreva a amenazar la felicidad de la *Perla*!

—¡Milady —exclamó Inioko—, quédese usted también entre nosotros! ¡Nosotros la defenderemos contra todos, formaremos una muralla con nuestro cuerpo para librarla de los tiros del enemigo; y si quiere, conquistaremos un reino para darle un trono!

Entre todos los piratas hubo una explosión de verdadero delirio. Los más jóvenes suplicaban; los más viejos lloraban.

—¡Quédese, Milady: quédese en Mompracem! —gritaron todos agolpándose ante la jovencita.

De pronto ésta se adelantó hacia las bandas pidiendo silencio con un gesto.

—Sandokán —dijo con un acento que no temblaba—, si yo te dijese:

“renuncia a tus venganzas y a la piratería”; y si por mi parte yo rompiese el débil vínculo que me liga a mis compatriotas y adoptase por patria esta isla, ¿accederías tú?

—¿Tú, Mariana, quedarte en mi isla?

—¿Lo quieres?

—Sí, y te juro que no volveré a tomar las armas sino en defensa de mi tierra.

—¡Entonces, que Mompracem sea mi patria; aquí me quedo.

Clen armas se alzaron y se cruzaron sobre la cabeza de la jovencita, que cayó entre los brazos de Sandokan, mientras los piratas gritaban a una voz:

—¡Viva la reina de Mompracem! ¡Ay de quien la toque!

CAPITULO X

EL BOMBARDEO DE MOMPRACEM

A la mañana siguiente parecía que el delirio se había apoderado de los piratas de Mompracem. No eran hombres; eran titanes que trabajaban con sobrehumana energía en fortificar la isla, que ya no habían de abandonar, puesto que la *Perla de Labuán* había jurado permanecer en ella.

Se afanaban en derredor de las baterías, levantando nuevas trincheras; hacían saltar furiosamente las rocas para extraer bloques con que reforzar los reductos; cortaban árboles para elevar nuevas empalizadas; construían bastiones en los cuales colocaban la artillería de los paraos; preparaban minas, llenaban los fosos de montones de espinos, y en el fondo de ellos colocaban puntas de hierro envenenadas con el jugo del upas; fundían balas, reforzaban los polvorines, afilaban las armas.

La reina de Mompracem, bella, fascinadora, estaba allí animándolos con su voz y con sus sonrisas.

A la cabeza de todos, Sandokan trabajaba con actividad febril. Acudía adonde era necesaria su intervención, ayudaba a sus hombres a poner en batería las piezas, hacía saltar las rocas para acopiar materiales, dirigía las obras de defensa en todas partes, valiosamente ayudado por Yáñez, que parecía haber perdido su calma acostumbrada.

La cañonera, que seguía navegando a la vista de la isla y espionando los trabajos, bastaba para estimular a los piratas, convencidos ya de que esperaba a una escuadra poderosa para bombardear la roca del *Tigre*.

A eso del mediodía llegaron al poblado varios piratas que habían salido la noche antes con tres paraos, y las noticias que llevaban no eran inquietantes. Un cañonero que parecía español apareció por la mañana en dirección al Este; pero en las costas occidentales no se había visto ningún enemigo.

—Temo un violento ataque —dijo Sandokan a Yáñez—. Ya verás cómo no vienen solos los ingleses a atacarnos.

—¿Se habrán coligado con los españoles y con los holandeses?

—¡Sí, Yáñez; el corazón me dice que no me equivoco!

—¡Pues, encontrarán la horma de su zapato! ¡Nuestro poblado se ha hecho inexpugnable!

—¡Quizás, Yáñez; pero no nos fiemos! De todos modos, en caso de que nos derroten, los paraos están dispuestos para escapar.

Volvieron a reanudar el trabajo en tanto que algunos piratas invadían las aldeas indígenas, diseminados por el interior de la isla con objeto de reclutar hombres.

Por la noche el poblado estaba ya en disposición de sostener la lucha, y tenía un recinto de fortificaciones verdaderamente imponente.

Tres líneas de bastiones resguardaban el poblado, extendiéndose en semicírculo.

Empalizadas y amplios fosos hacían casi imposible escalar aquellos fortines.

Cuarenta y seis cañones del calibre doce, de dieciocho, y algunos de veinticuatro, colocados en el gran reducto central, media docena de morteros y sesenta culebrinas defendían la plaza, prontos a vomitar balas y metralla sobre las naves enemigas.

Durante la noche Sandokan hizo desarbolar y desocupar de cuanto contenían todos los paraos; en seguida los echó a fondo en la bahía para que el enemigo no se apoderase de ellos, y envió algunas canoas para que vigilasen los movimientos de la cañonera.

Al amanecer, Sandokan, Mariana y Yáñez, que ya hacía algunas horas que estaban durmiendo, despertaron bruscamente al oír gritar:

—¡El enemigo! ¡El enemigo!

Se precipitaron fuera de la cabaña y se dirigieron hacia el borde de la gigantesca roca.

En efecto, allí estaba el enemigo, a seis o siete millas de la isla, y avanzaba lentamente en orden de batalla. Al verlo, una profunda arruga surcó la frente de Sandokan, y el rostro de Yáñez se oscureció.

—¡Pues, es una verdadera flota! —murmuró éste—. ¿Dónde habrán reunido tantas fuerzas esos perros de ingleses?

—Es una liga que han formado los de Labuán y que envían contra nosotros —dijo Sandokan—. Mira; hay barcos ingleses, holandeses, españoles, hasta paraos de ese canalla de sultán de Varauni, que piratea cuando quiere y que está celoso de mi poder.

Era verdad; la escuadra agresora se componía de tres cruceros de gran tonelaje con bandera inglesa, dos corbetas holandesas poderosamente armadas, cuatro cañoneros y un cutter españoles y ocho paraos del sultán de Varauni. Entre todos podían disponer de 150 a 160 cañones y de 1.500 hombres.

—¡Por Júpiter! ¡Son muchos! —exclamó Yáñez.

—¡Pero nosotros somos valientes y nuestra roca es fuerte!

—¿Vencerás, Sandokan? —preguntó Mariana con voz temblorosa.

—¡Esperemos, amor mío! —contestó el pirata—. Mis hombres son audaces.

—¡Sandokan, tengo miedo!

—¿De qué?

—¡De que te mate una bala!

—El buen Genio que durante tantos años ha venido protegiéndome, no me abandonará ahora que lucho por ti. ¡Ven, Mariana; los minutos son preciosos!

Descendieron la escalera y se acercaron al poblado, donde ya los piratas habían ocupado sus puestos detrás de los cañones, prontos a empeñar la titánica lucha. Doscientos indígenas, hombres que, si no sabían resistir en un encuentro, sabían disparar cañones, habían llegado

del interior de la isla y ocupaban los puntos que les señalaron los jefes piratas.

—Bueno —dijo Yáñez—; ¡seremos trescientos cincuenta para sostener el choque!

Sandokan llamó a seis de los más valientes, y les confió a Mariana para que la internasen en los bosques con objeto de no exponerla al peligro.

—¡Vete, querida mía! —dijo, estrechándola contra su corazón—. Si venzo, seguirás siendo la reina de Mompracem; si la fatalidad me derrota, tenderemos el vuelo e iremos a buscar la felicidad en otras tierras.

—¡Ah, Sandokan; tengo miedo! —exclamó la jovencita llorando.

—Volveré a buscarte. No temas, querida mía; las balas seguirán respetando al *Tigre de la Malasia*.

La besó en la frente, y en seguida echó a correr hacia los bastiones, gritando:

—¡Arriba, tigrecitos; el *Tigre* está con vosotros! ¡El enemigo es fuerte; pero nosotros somos todavía los defensores de la salvaje Mompracem!

Un solo grito le contestó:

—¡Viva Sandokan! ¡Viva nuestra reina!

La flota enemiga se había detenido a seis millas de la isla, y varias embarcaciones se destacaron de los grandes buques, llevando a un lado y otro multitud de oficiales. En el crucero que arbolaba la insignia de mando debía de reunirse el Consejo.

A las diez los navíos y los paraos, escalonados en orden de batalla, se dirigieron hacia la bahía.

—¡Tigres de Mompracem! —gritó Sandokan, que estaba de pie en el gran reducto central, detrás de un cañón de veinticuatro—. ¡Acordaos de que defendéis a la *Perla de Labuán*, y de que esos hombres que vienen a atacarnos son los que asesinaron en las costas de sus islas a vuestros compañeros!

—¡Venganza! ¡Sangre! —gritaron a coro los piratas.

Un cañonazo, disparado en aquel momento por la cañonera que hacía dos días vigilaba la isla, derribó la bandera de los piratas que ondeaba en el bastión central.

Sandokan se estremeció y en su rostro se pintó un dolor vivísimo.

—¡Oh, flota enemiga; tú vencerás! —exclamó con voz triste—. ¡Me lo dice el corazón!

La flota se acercaba formando una línea cuyo centro ocupaban los cruceros, y las alas los paraos del sultán de Varauni.

Sandokan los dejó que se acercaran hasta unos mil pasos; en seguida, levantando la cimitarra, gritó:

—¡Tigres, a vuestras piezas! ¡Ya no os detengo más; limpiad el mar de enemigos! ¡Fuego!

A la orden del *Tigre*, los reductos, los bastiones y los terraplenes relampaguearon en toda la línea, formando una sola detonación, que debió oírse en las Romadés. Parecía que había saltado entero en el aire el poblado, y que la tierra temblaba, y el mar lo mismo. Nubes densísimas de humo envolvieron las baterías, agigantándose con los nuevos disparos que se sucedían sin interrupción, y extendiéndose a derecha e izquierda.

La escuadra, aun cuando muy maltratada por aquella formidable descarga, no tardó mucho en contestar.

Los cruceros, las corbetas, los cañoneros y los paraos se cubrieron de

humo, y descargaron sobre las obras de defensa balas y granadas, mientras que gran número de hábiles tiradores abrían vivo fuego de fusilería, que, si resultaba ineficaz contra los bastiones, molestaba no poco a los artilleros de Mompracem.

No se perdía tiro de una parte ni de la otra; se emulaban con celeridad y precisión, resueltos a exterminarse, primero de lejos y después de cerca.

La flota tenía la ventaja del número de bocas de fuego y de hombres, y, además, la de poder moverse y aislarse, dividiendo los fuegos del enemigo; pero, a pesar de eso, no adelantaba nada.

Era hermoso ver aquella aldea, defendida por un puñado de héroes, disparando por todas partes, devolviendo tiro por tiro, vomitando torrentes de balas y granadas y huracanes de metralla, haciendo pedazos los costados de los navíos, destrozando las maniobras y matando a las tripulaciones. Resonaban más fuertes que los otros los cañones de la flota; pero los de Mompracem castigaban rudamente a los bravos que iban a desafiarlos a pocos centenares de metros, haciendo retroceder a los navíos más audaces que procuraban desembarcar los soldados.

En medio de sus valerosas bandas, con los ojos llameantes, erguilde detrás de un gran cañón de veinticuatro, del cual salían continuamente enormes proyectiles, Sandokan no cesaba de gritar:

—¡Fuego, mis valientes! ¡Limpiad el mar! ¡Abrid los costados de esas naves, que vienen a robarnos a nuestra reina!

No se perdía su voz. Los piratas, siempre con una admirable sangre fría en medio de aquella espesa lluvia de balas, que rompían las empalizadas, que horadaban los terrapienes, que derrumbaban los bastiones, apuntaban con intrepidez sus piezas de artillería, animándose con gritos y clamores terribles.

Un parao del sultán hizo explosión y se incendió en el momento en que trataba de aproar al pie de la gran roca. Su maderamen, hecho pedazos, llegó hasta la primera empalizada de la aldea, y siete u ocho hombres que habían escapado de la explosión cayeron envueltos en una nube de metralla.

Un cañonero español, que también intentaba acercarse para desembarcar sus hombres, quedó desarbolado y fué a embarrancar ante el enemigo, al propio tiempo que reventaban sus calderas. Ni uno solo de sus hombres se salvó.

—¡Venid a desembarcar! —gritó Sandokan—. ¡Venid a mediros con los tigres de Mompracem, si os atrevéis! ¡Vosotros sois niños, y nosotros gigantes!

Estaba visto que, mientras los bastiones se sostuviesen y no faltara la pólvora, no podría barco alguno acercarse a las costas de la terrible isla.

Por desgracia para los piratas, a eso de las seis de la tarde, cuando ya la flota, horriblemente maltratada, iba a retirarse, llegó a las aguas de la isla un inesperado socorro, que fué acogido con estrepitosos ¡hurra! por parte de las tripulaciones.

Eran otros dos cruceros ingleses y una gran corbeta holandesa, seguidos a poca distancia por un bergantín de vela, pero perfectamente artillado.

Sandokan y Yáñez palidecieron al ver aquellos nuevos enemigos.

Comprendieron inmediatamente que la caída de la roca en manos de sus enemigos era cuestión de horas; pero no por eso perdieron ánimo, y enfilaron parte de sus cañones contra aquellos nuevos navíos.

Las granadas caían por centenares ante los terraplenes, en los bastiones, en los reductos y en las casas del poblado, produciendo explosiones violentas que deshacían las obras de defensa, quebrantaban las empalizadas y se introducían a través de las aspilleras.

Al cabo de una hora la primera línea de bastiones no era más que un montón de ruinas.

Dieciséis cañones habían quedado inservibles y una docena de culebrinas yacían entre un montón de cadáveres.

Sandokan intentó un último golpe. Dirigió el fuego de sus cañones sobre la nave almirante, dejando a las culebrinas el encargo de contestar al fuego de los otros barcos.

Durante veinte minutos el crucero resistió aquella lluvia de proyectiles que lo atravesaban de parte a parte, que le hacían pedazos la maniobra y le mataban la tripulación; pero una granada de veintidós kilogramos lanzada por Giro-Batol con un mortero le abrió en la proa un enorme boquete.

El buque se inclinó sobre un costado, yéndose a pique rápidamente. La atención de los otros barcos se concentró en el salvamento de los naufragos, y multitud de embarcaciones surcaron las aguas; pero muy pocos se libraron de la metralla de los piratas.

En tres minutos el crucero se fué a pique, arrastrando consigo a los hombres que quedaban sobre cubierta.

La escuadra suspendió durante algunos minutos el fuego; pero en seguida volvió a reanudarle con mayor furia, y avanzó hasta colocarse a cuatrocientos metros de la isla.

Las baterías de derecha e izquierda, oprimidas por aquel huracán de fuego, quedaron reducidas al silencio al cabo de una hora, y los piratas se vieron obligados a retirarse detrás de la segunda línea de bastiones, y, por último, a la tercera, que ya estaba medio arruinada.

Enhiesto y todavía en buen estado no quedaba más que el gran reducto central, el mejor armado y el más fuerte.

Sandokan no se cansaba de animar a sus hombres; pero preveía que no estaba lejos el momento de la retirada. Media hora después un polvorín volaba, concluyendo de deshacer las medio caídas trincheras, y enterrando entre sus ruinas a doce piratas y veinte indígenas.

Se intentó otro esfuerzo para contener el avance del enemigo concentrando el fuego sobre otro crucero; pero los cañones eran ya muy pocos, porque la mayoría de ellos habían reventado o los desmontaron las balas enemigas.

A las siete y diez minutos también volaba el gran reducto, arrastrando a varios hombres y a la artillería gruesa.

—¡Sandokan —gritó Yáñez corriendo hacia el pirata, que estaba apuntando su cañón—, la posición está perdida!

—¡Es verdad! —contestó el Tigre con voz ahogada.

—¡Ordena la retirada antes que sea demasiado tarde!

Sandokan echó un vistazo a las ruinas en medio de las cuales solamente tronaban ya dieciséis cañones y veinte culebrinas, y otro a la escuadra, que estaba echando al agua los botes para los hombres de desembarco.

Un parao anclaba ya al pie de la gran roca, y su tripulación se disponía a tomar posiciones.

La partida estaba perdida. Dentro de pocos minutos los asaltantes desembarcarían para atacar las arruinadas trincheras y deshacerse de los últimos defensores.

Un retraso de algunos minutos podría ser funesto y comprometer la fuga hacia las costas occidentales.

Sandokan reunió todas sus fuerzas para pronunciar una palabra que nunca había salido de sus labios, y ordenó la retirada.

En el momento en que los tigres se convencían de la pérdida de Mompracem y con lágrimas en los ojos y destrozado el corazón se ponían en salvo en los bosques y los indígenas huían en todas las direcciones, el enemigo desembarcaba, dirigiéndose furioso con la bayoneta calada hacia las trincheras, detrás de las cuales creía que iba a encontrar todavía al enemigo.

La estrella de Mompracem se había extinguido para siempre.

CAPITULO XI

EN EL MAR

Reducidos los piratas a setenta solamente, heridos la mayor parte, sedientos de sangre, sin embargo, estaban todavía dispuestos a volver a emprender la lucha anhelando la venganza: no podía ser por el momento, y se retiraban, guiados por sus valerosos jefes, el *Tigre de la Malasia* y *Yáñez*, milagrosamente ilesos en el combate.

A pesar de haber perdido para siempre su poderío, su isla, su mar, todo, Sandokan conservaba en aquella retirada una calma verdaderamente admirable. Sin duda alguna, había previsto el próximo fin de la piratería, y había ido habituándose a la idea de retirarse lejos de aquellos mares, consolándole el pensamiento de que después de tanto desastre todavía le quedaba su adorada *Perla de Labuán*.

Sin embargo, en su rostro se distinguían las huellas de una emoción muy grande, que en vano se esforzaba por ocultar.

Apresuraron el paso, y los piratas llegaron en breve a las orillas de un torrente seco, donde encontraron a Mariana y a los seis hombres que la guardaban.

La jovencita se arrojó en los brazos de Sandokan, que a su vez la estrechó tiernamente contra su pecho.

—¡Gracias a Dios! —dijo ella—. ¡Vuelves vivo!

—¡Vivo, sí; pero derrotado! —contestó con voz triste.

—¡Así lo quiere el Destino, mi valiente!

—¡Vámonos, Mariana; el enemigo no está lejos! ¡Tigres, apresurémonos, para que no nos alcancen los vencedores! ¡Es probable que todavía tengamos que luchar de un modo terrible!

En lontananza se oían los gritos de los vencedores y se divisaba el resplandor de una luz intensa, señal clara de que el poblado había sido entregado a las llamas.

Sandokan hizo subir a Mariana en un caballo, y la reducida tropa se puso rápidamente en camino para llegar a las costas occidentales antes de que el enemigo tuviese tiempo de cortarles la retirada.

A las once de la noche llegaban a una pequeña aldea de la costa, ante la cual estaban anclados los tres paraos.

—¡Pronto, embarquemos! —dijo Sandokan—. ¡Los minutos son preciosos!

—¿Nos acometerán? —preguntó Mariana.

—¡Quizás! ¡Pero mi cimitarra te defenderá, y mi pecho te servirá de escudo contra los tiros de esos malditos, que me han aplastado con sus fuerzas!

Se dirigió hacia la playa y miró al mar, que parecía tan negro como si fuese de tinta.

—No veo ningún farol —dijo a Mariana—: puede ser que podamos alejarnos de mi pobre isla sin que nos molesten.

Exhaló un profundo suspiro y se enjugó la frente, impregnada de suor.

—¡Embarquemos! —dijo después.

Los piratas se embarcaron con lágrimas en los ojos; treinta tomaron puesto en el parao más pequeño; los restantes, parte en el de Sandokan, parte en el que mandaba Yáñez, y que conducía los inmensos tesoros del jefe.

Al levar las anclas se vió a Sandokan que se llevaba las manos al corazón, como si se le hubiera roto algo dentro del pecho.

—¡Amigo mío! —dijo Mariana, abrazándolo.

—¡Ah! —exclamó él con profundo dolor—. ¡Me parece que se me ha hecho pedazos el corazón!

—Lamentas la pérdida de tu poderío, Sandokan, y la pérdida de tu isla.

—¡Es verdad, amada mía!

—Quizás puedas reconquistarla algún día y volvamos a ella.

—¡No; todo ha concluido para el *Tigre de la Malasia*!

Inclinó la cabeza sobre el pecho y lanzó una especie de gemido; pero en seguida, levantándola otra vez, gritó enérgicamente:

—¡A alta mar!

Los tres barcos recogieron los cables y se alejaron de la isla, llevando consigo a los últimos supervivientes de las formidables bandas que durante doce años habían esparcido el terror en los mares de la Malasia.

Llevaban ya recorridas seis millas cuando un grito de furor estalló a bordo de los barcos.

En medio de las tinieblas habían aparecido de improviso dos puntos luminosos que corrían hacia la flotilla.

—¡Los cruceros! —gritó una voz—. ¡Atención, amigos!

Sandokan, que se había sentado a popa para mirar a su isla, que desaparecía lentamente entre las sombras, se levantó rugiendo.

—¡Todavía el enemigo! —exclamó con acento intraducible y apretando sobre el pecho a la muchacha que estaba a su lado—. ¡También en el mar quieren perseguirnos esos malditos! ¡Tigres, ahí están los leones que se nos echan encima! ¡Arriba todos con las armas en la mano!

No se necesitaba más para animar a los piratas, que ardían en deseos de venganza, y que se forjaban la ilusión de que con un combate desesperado podrían reconquistar la perdida isla. Todos blandieron las armas y se prepararon a lanzarse al abordaje en cuanto lo ordenaran los jefes.

—¡Mariana —dijo Sandokan volviéndose hacia la jovencita, que mi-

raba con terror aquellos dos puntos luminosos que brillaban en las tinieblas—, vete a tu camarote, alma mía!

—¡Gran Dios, estamos perdidos! —murmuró ella.

—¡Todavía no; los tigres de Mompracem tienen sed de sangre!

—¡Quizás sean dos cruceros poderosos!

—¡Aunque los tripulasen mil hombres, los abordaremos!

—¡No intentes un nuevo combate, mi valiente amigo; es probable que esos dos barcos no nos hayan visto todavía, y podríamos engañarlos!

—Verdad, lady Mariana —dijo uno de los jefes malayos—. Estoy seguro de que nos buscan; pero dudo mucho que nos hayan visto. La noche es muy oscura, no llevamos farol alguno encendido, y, por lo tanto, es imposible que se hayan hecho cargo de nuestra presencia. Sé prudente, *Tigre de la Malasia*. Si podemos evitar un nuevo combate, ganaremos todos.

—¡Sea! —contestó Sandokan, después de algunos instantes de reflexión—. Por el momento dominaré la ira que me abrasa, y trataré de huir de su abordaje; pero, ¡ay de ellos si quieren seguirme en mi nuevo rumbo! ¡Estoy decidido a todo, incluso a acometerlos!

—No comprometamos inútilmente los últimos restos de los tigres de Mompracem —dijo el jefe malayo—. Tengamos prudencia por ahora.

A una orden de Sandokan el parao viró de bordo, dirigiéndose hacia las costas meridionales de la isla, donde había una bahía bastante profunda, para alojar a una pequeña flotilla. Los otros dos barcos se apresuraron a seguir la maniobra, pues ya habían comprendido cuál era el plan del *Tigre de la Malasia*.

El viento les era favorable, porque soplaba del Noroeste, y, por lo tanto, había la posibilidad de que los paraos llegasen a la bahía antes de que despuntara el Sol.

—¿Han cambiado de ruta los dos barcos? —preguntó Mariana, que escrutaba el mar ansiosamente.

—Es imposible saberlo por ahora —contestó Sandokan, que se había subido en la amura de popa para observar mejor los dos puntos luminosos.

—Me parece que están mar adentro, ¿verdad Sandokan? ¿O acaso me equivoco?

—Te equivocas, Mariana —contestó el pirata después de algunos instantes—. También esos dos puntos luminosos han virado de bordo.

—¿Y se dirigen hacia nosotros?

—Me lo figuro.

—¿Y no lograremos huir de ellos? —preguntó la jovencita, con angustia.

—¿Cómo vamos a luchar con sus máquinas? El viento es todavía muy débil para que pueda imprimir a nuestros barcos una velocidad igual a la del vapor. Sin embargo, el alba no tardará mucho, y al salir el Sol, en estos sitios el viento aumenta siempre.

—¡Sandokan!

—¡Mariana!

—¡Tengo tristes presentimientos!

—¡No temas, niña mía! ¡Los tigres de Mompracem están dispuestos a morir por ti!

—¡Lo sé, Sandokan: por ti es por quien yo tiemblo!

—¡Por mí! —exclamó el pirata con fiereza—. ¡Yo no tengo miedo

de esos leopardos que nos buscan para darnos una nueva batalla! ¡El Tigre está vencido; pero todavía no está domeñado!

—¿Y si te hiriese una bala? ¡Gran Dios! ¡Qué idea tan terrible, mi valeroso Sandokan!

—La noche es muy oscura; no brilla ninguna luz a bordo de nuestros barcos, y...— una voz que salió del segundo parao le cortó la palabra.

—¡Eh, hermano!

—¿Qué quieres, Yáñez? —preguntó Sandokan, que había reconocido la voz del portugués.

—Me parece que esos dos barcos se disponen a cortarnos el camino. Los faroles, que antes proyectaban luz roja, ahora se han vuelto verdes, y eso indica que han cambiado de rumbo.

—Entonces, los ingleses han notado nuestra presencia.

—Eso temo, Sandokan.

—¿Qué me aconsejas que haga?

—Dirigirse audazmente mar adentro e intentar el paso por entre el enemigo. Mira: se alejan uno de otro para cogernos en medio.

El portugués no se había equivocado.

Los dos barcos enemigos parecía que maniobraban de una manera misteriosa y se habían separado bruscamente.

Mientras uno se dirigía hacia las costas septentrionales de Mompracem, el otro marchaba rápidamente hacia las meridionales.

Ya no había que dudar acerca de sus intenciones. Querían interponerse entre los veleros y la costa para impedirles buscar refugio en alguna bahía y acometerlos en pleno mar.

Al ver esto Sandokan dió un grito de rabia.

—¡Ah! —dijo—. ¿Queréis volver a darme la batalla? ¡Pues, bueno; la tendréis!

—¡Todavía no, hermano! —gritó Yáñez, que se había subido a la proa de su barco—. Dirijámonos a alta mar, y procuremos pasar por entre los dos.

—¡Nos alcanzan, Yáñez! El viento es todavía muy débil.

—Intentémoslo, Sandokan. ¡Ohé! ¡Vosotros, a las escotas y virando hacia el Oeste! ¡Los artilleros, a sus puestos!

Un instante después los tres veleros cambiaban de rumbo, dirigiéndose resueltamente hacia el Oeste.

Así que se hicieron cargo de la audaz maniobra, los dos barcos enemigos cambiaron también rápidamente de dirección.

Se veía ya con toda seguridad que querían coger en medio a los tres paraos antes de que pudieran apoyarse en cualquier otra isla.

Sin embargo, creyendo que se encaminaban en aquella dirección por pura casualidad, Sandokan y Yáñez no cambiaron de rumbo; antes bien, ordenaron a sus tripulantes que desplegasen algunas otras velas para avanzar más rápidamente.

Durante veinte minutos los tres veleros continuaron avanzando para huir de la encerrona de los dos barcos de guerra, los cuales tendían a reunirse.

Ningún pirata apartaba la mirada de los faroles, tratando de adivinar la maniobra de los enemigos. A pesar de eso, estaban dispuestos a disparar cañones y fusiles en cuanto lo ordenaran sus jefes. Ya habían

dado algunas bordadas que los habían llevado mar adentro, cuando vieron virar de bordo nuevamente a los faroles.

Un momento después se oyó a Yáñez gritar:

—¡Eh! ¿No ves que nos dan cazá?

—¡Ah, canallas!— gritó Sandokan con acento intraducible—, ¡También venís a acometerme en el mar! ¡Tenemos hierro y plomo para todos!

—Estamos perdidos; ¿verdad, Sandokan?—dijo Mariana estrechándose contra el pirata.

—¡Todavía no, niña mía!—contestó el *Tigre*—. ¡Pronto; vuélvete a tu camarote! ¡Dentro de pocos minutos caerá una granizada de balas y metralla sobre el puente de mi parao!

—¡Quiero quedarme al lado tuyo, mi valiente! ¡Si tú mueres, yo caeré cerca de ti!

—¡No, Mariana! Si te viese aquí, me faltaría la audacia y tendría demasiado miedo. Es preciso que esté libre para volver a ser el *Tigre de la Malasia*!

—Espera, al menos, a que hayan llegado esos barcos. Quizás no nos hayan visto todavía.

—Se dirigen a todo vapor hacia nosotros, querida mía. Yo ya los veo.

—¿Son barcos muy fuertes?

—Una corbeta y un cañonero.

—¡No podrás vencerlos!

—Somos todos valientes, y subiremos al asalto al barco más grande. ¡Vamos; vete a tu camarote!

—¡Tengo miedo, Sandokan!—exclamó sollozando la jovencita.

—¡No temas; los tigres de Mompracem lucharán como desesperados!

En aquel momento resonó un cañonazo. Una bala pasó silbando roncamente y horadando dos velas.

—¿Oyes?—preguntó Sandokan—. Nos han descubierto y se disponen a darnos la batalla. ¡Míralos! Se dirigen los dos hacia nosotros para echarnos a pique con los espolones.

Efectivamente; los dos barcos enemigos avanzaban a todo vapor, como si tuviesen intención de pasar por ojo a los tres pequeños veleros.

La corbeta forzaba la máquina arrojando nubes de humo y escorias, y se dirigía hacia el parao de Sandokan, mientras que la cañonera procuraba lanzarse contra la que mandaba Yáñez.

—¡A tu camarote!—gritó Sandokan, mientras la corbeta disparaba un segundo cañonazo—. ¡Aquí está la muerte!

Cogió entre sus vigorosos brazos a la jovencita y la transportó al camarote.

Entretanto un huracán de metralla barría la cubierta del barco, estrellándose contra el casco y la arboladura.

Mariana se abrazó desesperadamente a Sandokan.

—¡No me dejes, mi valiente!—dijo con voz sofocada por los sollozos—. ¡No te alejes de mi lado! ¡Tengo miedo, Sandokan!

El pirata la apartó con dulce violencia.

—¡No tiembles por mí!—le dijo—. ¡Deja que vaya a sostener la última batalla y a oír todavía el ruido de la artillería! ¡Déjame que guíe una vez más a la victoria a los tigres de Mompracem!

—¡Sandokan, tengo presentimientos siniestros! ¡Deja que esté cerca de ti: te defenderé contra las armas de mis compatriotas!

—¡Me basto yo para arrojar al mar a mis enemigos!

El cañón tronaba furiosamente en el mar. En el puente se oían los gritos salvajes de los tigres de Mompracem y los gemidos de los primeros heridos.

Sandokan se soltó de los brazos de la jovencita y se precipitó por la escalera, gritando:

—¡Adelante, mis valientes! ¡El *Tigre de la Malasia* está con vosotros!

La batalla arreciaba por ambas partes. El cañonero había acometido al parao del portugués intentando abordarlo; pero llevaba la peor parte.

La artillería de Yáñez le había maltratado bastante, fracturándole las ruedas, deshaciéndole las amuras y tronchándole el mástil.

Por aquel lado la victoria no ofrecía duda; pero allí estaba la corbeta, una nave poderosa, armada con muchos cañones y tripulada por muchos hombres.

Se había echado encima de los dos paraos de Sandokan, cubriéndolos de hierro y haciendo grandes estragos en los piratas.

La aparición del *Tigre de la Malasia* reanimó a los combatientes, que comenzaban a sentirse impotentes ante tanta matanza.

Aquel hombre formidable se lanzó hacia uno de los dos cañones, gritando de un modo feroz:

—¡Adelante, mis valientes! ¡El *Tigre de la Malasia* tiene sed de sangre! ¡Limpiemos el mar y arrojemos al agua a esos perros que vienen a desafiarnos!

Su presencia no pudo, sin embargo, cambiar el aspecto de la batalla.

Aun cuando no fallara ninguno de sus tiros y barriese las amuras de la corbeta con nubes de metralla, las balas y las granadas caían incesantemente sobre su barco, deshaciéndolo y diezmando a sus gentes.

Era imposible resistir a tanta furia. Unos cuantos minutos más, y los dos nobres paraos quedarían reducidos a dos pontones acribillados.

Solamente el portugués disputaba con ventaja la victoria al cañonero, disparándole andanadas verdaderamente desastrosas.

Con una sola mirada Sandokan se hizo cargo de la gravedad de la situación.

Al ver al otro parao completamente desmantelado y casi hundido, lo abordó, mandando embarcar en su propio barco a los supervivientes, y en seguida, desenvainando la cimitarra, gritó:

—¡Arriba, tigres! ¡Al abordaje!

La desesperación centuplicaba las fuerzas de los piratas. Descargaron de un solo golpe los dos cañones y las culebrinas para limpiar de fusileros las amuras y en seguida aquellos treinta valientes lanzaron las grapas de abordaje.

—¡No tengas miedo, Mariana! —gritó por última vez Sandokan al oír que la jovencita le invocaba.

En seguida, a la cabeza de sus valientes, mientras Yáñez, más afortunado, hacía saltar el cañonero metiéndole una granada en la santa-bárbara, subió al abordaje, precipitándose en el puente del barco enemigo como un toro herido.

—¡Sitio! —gritó, blandiendo su terrible cimitarra—. ¡Soy el *Tigre*!

Seguido de sus hombres fué a chocar contra los marineros, y los rechazó hasta la popa; pero por la proa hizo irrupción otra columna de hombres guiados por un oficial, a quien Sandokan reconoció en seguida.

—¡Ah! ¿Eres tú, baronet? —exclamó el *Tigre* precipitándose sobre él.

—¿Dónde está Mariana? —preguntó el oficial con voz ahogada por el furor.

—¡Tómala! —contestó Sandokan.

Con un golpe de cimitarra lo derribó, y arrojándose encima de él, le plantó el *kriss* en el corazón; pero casi en aquel mismo momento también caía herido en la cabeza por un hacha.

CAPITULO XII

LOS PRISIONEROS

Cuando volvió en sí, todavía medio atontado por el terrible golpe que había recibido en la cabeza, se encontró no libre en el puente de su propio barco, sino encadenado en la bodega de la corbeta.

Primero se creyó presa de un sueño terrible; pero el dolor que le martirizaba, sus carnes rasgadas en más de un sitio por la punta de las bayonetas, y, sobre todo, las cadenas que le sujetaban, lo volvieron en breve a la realidad.

Se levantó, sacudió furiosamente los hierros, y echó en torno suyo una mirada, como si todavía no estuviera bien seguro de no encontrarse en su barco; pero en seguida dió un grito de fiera herida.

—¡Prisionero! —exclamó, apretando los dientes e intentando romper las cadenas—. ¿Qué es lo que ha acontecido? ¿Hemos sido vencidos otra vez por los ingleses? ¡Condenación y muerte! ¡Qué terrible despertar! ¿Y Mariana? ¿Qué le ha sucedido a esa pobre niña? ¡Quizá haya muerto!

Un espasmo tremendo le oprimió el corazón al expresar este pensamiento.

—¡Mariana! —gritó, continuando en su tarea de retorcer los hierros—. Niña mía, ¿dónde estás? ¡Yáñez! ¡Inioko! ¡Tigres! ¡Nadle contesta! ¡Habéis muerto todos? Pero, no, ¡es imposible! ¡O yo sueño o estoy loco!

Aquel hombre que no había sabido nunca qué era el miedo, lo experimentó en aquel momento.

Sintió que le faltaba la razón, y miró con espanto en derredor suyo.

—¡Muertos! ¡Muertos todos! —exclamó con angustia—. ¡Solamente yo sobrevivo a tanto estrago para que me conduzcan a Labuán. ¡Mariana! ¡Yáñez, mi buen amigo! ¡Inioko! ¡También tú, mi valiente, has caído bajo el plomo de estos asesinos!

"¡Mejor hubiera sido que yo hubiera muerto y que hubiera ido a parar con mi barco a los abismos del mar! ¡Dios, qué catástrofe!"

En seguida, acometido por un ímpetu de desesperación y locura, se arrojó otra vez del entrepuente, sacudiendo como un loco las cadenas y gritando:

—¡Matadme, matadme! ¡El *Tigre de la Malasia* no puede ya vivir! De pronto se detuvo al oír una voz que gritaba:

—¡El *Tigre de la Malasia*! ¿Está vivo todavía el capitán?

Sandokan miró en derredor.

Una linterna suspendida de un clavo iluminaba escasamente el entrepuente; pero aquella luz bastaba para que pudiera distinguir a una persona.

Primero no vió Sandokan más que barriles; pero después descubrió una forma humana acurrucada cerca de la carlinga del palo mayor.

—¿Quién eres tú? —gritó.

—¿Quién habla del *Tigre de la Malasia*? —preguntó a su vez la voz primera.

Sandokan se estremeció, y un relámpago de alegría brilló en sus ojos. Aquel acento no le era desconocido.

—¿Estará aquí alguno de mis hombres? —preguntó—. ¿Inioko quizás?

—¡Inioko! ¡Aquí me conocen? ¡Entonces no estoy muerto!

El hombre se levantó y sacudió lúgubremente las cadenas.

—¡Inioko! —exclamó Sandokan.

—¡El capitán! —exclamó el otro.

Cayó a los pies del *Tigre de la Malasia*, repitiendo:

—¡El capitán! ¡Mi capitán! ¡Yo le había llorado por muerto!

Aquel nuevo prisionero era el comandante del tercer parao, un dayaco valeroso, que gozaba de grandísima fama entre las bandas de Mompracem por su valor y por su habilidad de marino.

Era un hombre de alta estatura, bien proporcionado, como lo son en general los borneses del interior, de ojos grandes e inteligentes y la epidermis de color amarillo dorado.

Como todos sus compatriotas, llevaba los cabellos largos, y los brazos y las piernas adornados con gran número de brazaletes de cobre y bronce.

Aquel hombre valiente, al verse ante el *Tigre de la Malasia*, lloraba y reía a un tiempo.

—¡Vivo! ¡Vivo todavía! —exclamaba—. ¡Qué felicidad! ¡Por lo menos, usted se ha librado de tanto estrago!

—¿De tanto estrago? —gritó Sandokan—. ¿Es decir, que han muerto todos los valientes que he arrastrado conmigo al abordaje de esa nave?

—¡Ay de mí! ¡Sí, todos! —contestó el dayaco con voz ahogada.

—¿Y Mariana? ¿Ha desaparecido al hundirse el parao? ¡Dímelo, Inioko, dímelo!

—No; vive todavía.

—¡Vive todavía mi niña! —gritó Sandokan con alegría y fuera de sí—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, mi capitán. Usted ya había caído; pero otros cuatro compañeros y yo resistíamos todavía, cuando vimos que traían al puente de esta nave a Mariana, a la niña de los cabellos de oro.

—¿Quién?

—Los ingleses, capitán. La muchacha, espantada, sin duda, por el agua que debía de haber invadido su camarote salió a cubierta llamando a usted en alta voz. Al verla, algunos marineros echaron rápidamente al mar una chalupa para recogerla. A pocos minutos que hubiesen tardado, habría desaparecido la niña en el inmenso vórtice abierto en el agua por el parao.

—¿Y vive todavía?

—Sí, capitán. Clamaba por usted cuando la subían al puente.

—¡Maldición! ¡Y yo sin poder correr en su ayuda!

—Lo intentamos nosotros, capitán. No éramos más que cuatro; nos rodearon cincuenta hombres intimándonos la rendición, y, sin embargo, nos lanzamos contra los marineros que llevaban a la reina de Mompracem. Éramos demasiado pocos para empeñar aquella lucha. Me derribaron, me pisotearon, me ataron, y me trajeron aquí.

—¿Y los demás?

—Se hicieron matar, después de haber hecho gran estrago entre los que los rodeaban.

—¿Y Mariana sigue a bordo de este barco?

—Sí, *Tigre de la Malasia*.

—¿No la han trasbordado al cañonero?

—Creo que el cañonero navega ahora bajo el agua —dijo Inioko.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha sido echado a pique.

—¿Por Yáñez?

—Sí, capitán.

—Entonces, ¿Yáñez vive todavía?

—Poco antes de que me trajesen aquí vi a gran distancia su parao, que huía a velas desplegadas. Durante nuestra lucha puso fuera de combate al cañonero, haciéndole pedazos las ruedas e incendiándolo después. He visto alzarse las llamas sobre el mar, y poco después he oído un estampido lejano. Debía de ser el de la santabárbara al reventar.

—Y de los nuestros, ¿no ha huído ninguno?

—Ninguno, capitán —dijo Inioko suspirando.

—¡Muertos todos! —murmuró Sandokan con sombrío dolor, oprimiéndose la frente con las manos—. ¿Has visto caer a Singal, el más valiente y el más viejo campeón de la piratería?

—Cayó a mi lado, con una bala de culebrina en el pecho.

—¿Y Sangau, el león de la Romade?

—También le he visto caer en el mar con la cabeza hecha pedazos por un casco de metralla.

—¡Qué carnicería! ¡Pobres compañeros! ¡Ah! ¡Triste fatalidad pesaba sobre los últimos tigres de Mompracem!

Sandokan calló, quedando sumergido en dulcrosos recuerdos. Aun cuando se creyera muy fuerte, al fin se sentía aplastado por aquel desastre, que le costaba la pérdida de su isla, la muerte de casi todos los héroes que hasta entonces le habían seguido en cien batallas, y, por último, la pérdida de la mujer amada.

Sin embargo, en un hombre de su temple aquel aplanamiento no podía durar mucho. No habían transcurrido diez minutos cuando Inioko le vió ponerse en pie de un salto y con la mirada brillante.

—Dime —preguntó volviéndose hacia el dayaco: ¿crees que Yáñez nos siga?

—Estoy convencido de ello, mi capitán. El señor Yáñez no ha de abandonarnos en la desgracia.

—¡También yo lo espero! —dijo Sandokan—. En su lugar, otro hombre se hubiera aprovechado de esta desventura para huir con las inmensas riquezas que lleva en su parao; pero él no lo hará. Me quería demasiado para hacerme esa traición.

—¿Y qué quiere usted decir con eso, capitán?

—¡Que nos escaparemos!

El dayaco lo miró estupefacto, preguntándose allá en el fondo de su corazón si no se había vuelto loco el *Tigre de la Malasia*.

—¡Escaparnos! —exclamó—. ¿Y cómo? Ni siquiera tenemos un arma; y, además, estamos encadenados.

—Tengo un medio para hacer que nos tiren al agua.

—No le comprendo a usted, capitán. ¿Quién nos va a tirar al agua?

—Cuando un hombre muere a bordo de un barco, ¿qué se hace con él?

—Se le mete en una hamaca con una bala de cañón, y se le envía a hacer compañía a los peces.

—Pues con nosotros harán otro tanto —dijo Sandokan.

—¿Quiere usted que nos suicidemos?

—Sí; pero de modo que podamos volver a la vida.

—¡Hum! ¡Tengo mis dudas, *Tigre de la Malasia!*

—Te digo que despertaremos vivos y libres en el mar.

—Si usted lo dice, tengo que creerlo.

—Todo depende de Yáñez.

—Debe de estar lejos.

—Pero si sigue a la corbeta, pronto o tarde nos recogerá.

—¿Y después?

—Después volveremos a Mompracem o a Labuán para libertar a Mariana.

—¡Yo creo que sueño!

—¿Dudas de cuanto te he dicho?

—Un poco; lo confieso, mi capitán. Y es que pienso que no poseemos ni siquiera un *kriss*.

—No nos hará falta.

—Y que, además, estamos encadenados.

—¡Encadenados! —exclamó Sandokan—. ¡El *Tigre de la Malasia* puede hacer pedazos los hierros que le tengan prisionero! ¡Aquí de mis fuerzas! ¡Mira!

Retorcó con furia los eslabones, y dando un tirón irresistible los abrió y arrojó lejos de sí la cadena.

—¡Ya está libre el *Tigre!* —gritó.

Casi en el mismo instante la escotilla de popa se levantó, y crujió la escala bajo el peso de algunos hombres.

—¡Ahí están! —exclamó el dayaco.

—¡Ahora voy a enviarlos a todos!... —gritó Sandokan, dominado de repente por un acceso de furor.

Vió en el suelo una manivela rota: la cogió, e hizo un movimiento como para lanzarse a la escalera; pero el dayaco le detuvo en el acto.

—¿Quiere usted que le maten, capitán? —le dijo—. ¡Piense que en la cubierta hay otros doscientos hombres armados!

—¡Es verdad! —contestó Sandokan arrojando lejos de sí la manivela—. ¡El *Tigre* está vencido!

Se acercaron a ellos tres hombres; uno era un teniente de navío, probablemente el comandante de la corbeta: los otros dos eran marineros.

A una señal de su jefe los dos últimos armaron las bayonetas y asestaron las carabinas a los dos piratas.

Una sonrisa desdefiñosa apareció en los labios del *Tigre de la Malasia*.

—¿Tiene usted miedo —le preguntó—, o ha bajado usted, señor teniente, para presentarme estos dos hombres armados? Le advierto que no me hacen temblar sus fusiles; por lo tanto, podía usted evitarse este espectáculo un poco ridículo.

—Ya sé que el *Tigre de la Malasia* no tiene miedo —contestó el teniente—. He tomado únicamente algunas precauciones.

—¿A pesar de que estoy desarmado?

—Pero no encadenado, a lo que veo.

—No soy hombre que pueda tener largo tiempo prisioneras las muñecas.

—¡Una hermosa fuerza, a fe mía!

—Dejemos la conversación, señor, y dígame qué es lo que quiere.

—Me han enviado para que vea si necesita usted que le curen.

—No estoy herido.

—Sin embargo, creo que ha recibido usted un mazazo en el cráneo.

—Mí turbante lo amortiguó mucho.

—¡Qué hombre! —exclamó el teniente con sincera admiración.

—¿Ha concluido usted?

—Todavía no, *Tigre de la Malasia*.

—Vamos a ver; ¿qué más quiere?

—Me ha enviado aquí una dama.

—¿Mariana? —gritó Sandokan.

—Sí, lady Guillonk —contestó el teniente.

—Vive; ¿verdad? —preguntó Sandokan, en tanto que una oleada de sangre le subía al rostro.

—Sí, *Tigre de la Malasia*: la he salvado en el momento en que el parao de usted iba a sumergirse.

—¡Oh! ¡Hábleme usted de ella; se lo suplico, se lo ruego!

—¿Para qué? Yo, señor, aconsejaría a usted que la olvidase.

—¡Olvidarla! —exclamó Sandokan—. ¡Oh! ¡Nunca!

—Lady Guillonk está perdida ya para usted. ¿Qué esperanza puede usted tener todavía?

—¡Es verdad! —murmuró Sandokan con un suspiro—. ¡Yo soy un hombre condenado a muerte!

El teniente no contestó; pero aquel silencio valía tanto como una afirmación.

—¡Así estaba escrito! —contestó Sandokan después de algunos segundos—. Mis victorias debían traerme una muerte ignominiosa. ¿A dónde me conduce usted?

—A Labuán.

—¿Y me ahorcará usted?

También esta vez el teniente permaneció silencioso.

—Puede usted decirme francamente —dijo Sandokan—. ¡El *Tigre de la Malasia* no ha temblado nunca ante la muerte!

—Ya lo sé. La ha desafiado usted en cien abordajes, y nadie ignora que es el hombre más animoso y valiente de Borneo.

—Entonces, dígame usted todo.

—No se equivoca usted: le ahorcarán.

—Hubiera preferido la muerte de los soldados.

—¿El fusilamiento?

—Sí —respondió Sandokan.

—Pues yo, en cambio, no tan sólo hubiera respetado la vida de usted, sino que le hubiese dado un mando en el ejército de la India —dijo el teniente—. Hombres tan audaces y tan animosos son muy raros en el día.

—¡Gracias por sus buenas intenciones; pero no me salvarán de la muerte!

—Por seguro, señor. ¿Qué quiere usted? Mis compatriotas, aun admirando su extraordinario valor, le temen, y no vivirían tranquilos a no verle a usted muy lejos.

—Y, sin embargo, teniente, cuando usted me acometió yo estaba a punto de dar un adiós a mi vida de pirata y a Mompracem.

—Quería irme muy lejos de estos mares, no porque temiera a sus compatriotas, porque, si hubiese querido, habría podido reunir en mi isla miles de piratas y armar centenares de paraos, sino porque, encadenado por Mariana, al cabo de tantos años de sangrientas luchas deseaba tener una vida tranquila al lado de la que amaba.

"El destino no ha querido que pudiese realizar este sueño. ¡Máteme usted; sabré morir como fuerte!"

—Entonces, ¿no ama usted ya a lady Gullonk?

—¡Si la amo! —exclamó Sandokan con acento dolorido—. ¡Usted no puede formarse una idea de la pasión que esa niña ha hecho nacer en mi alma!

"Escúcheme usted: ponga usted aquí a Mompracem y allí a Mariana, y deje la primera por la segunda. Deme usted la libertad con la condición de no volver a ver a esa muchacha, y verá usted cómo la rehúso.

"¿Qué más quiere usted?

"Estoy desarmado, casi solo, y, sin embargo, si tuviese la más pequeña esperanza de poder salvar a Mariana, me sentiría capaz del mayor esfuerzo, hasta de abrir los costados de este barco para enviaros a todos al fondo del mar.

—Somos más de lo que usted cree —dijo el teniente con una sonrisa de incredulidad—. Sabemos cuánto vale usted y de lo que sería capaz, y hemos tomado nuestras precauciones para hacerle impotente. No intente usted nada; todo sería inútil. Una bala de fusil puede matar al hombre más valiente del mundo.

—¡La preferiría a la muerte que me espera en Labuán! —dijo Sandokan con sombría desesperación.

—Lo creo, *Tigre de la Malasia*.

—Pero no hemos llegado todavía a Labuán, y podría suceder algo antes de que llegásemos.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el teniente mirándole con cierto recelo—. ¿Piensa tal vez suicidarse?

—¿Y qué le importa a usted? Que yo muera de un modo o de otro, el resultado sería el mismo.

—Quizás no se lo impediría a usted —dijo el teniente—. Le confieso que sentiría mucho ver que le ahorcaran.

Sandokan estuvo un momento silencioso mirando fijamente al teniente, como si dudase de la verdad de aquellas palabras, y después preguntó:

—¿No se opondría usted a que me suicidase?

—No —contestó el teniente—. A un hombre como usted no puede negársele un favor semejante.

—Entonces, considéreme usted como hombre muerto.

—Pero no puedo ofrecerle medios para matarse.

—Los tengo yo.

—¿Algún veneno, quizás?

—¡Fulminante! Pero antes de irme al otro mundo quisiera pedirle a usted un favor.

—A un hombre que va a morir no se le puede rehusar nada.

—Quisiera ver por última vez a Mariana.

El teniente permaneció mudo.

—¡Se lo ruego! —insistió Sandokan.

—He recibido la orden de tener a ustedes separados, en el caso de tener la fortuna de capturarlos. Además, creo que sería mejor para usted y para Mariana impedirles que se vean. ¿Para qué hacerle llorar?

—¿Me lo niega usted acaso por un refinamiento de crueldad? ¡No creía que un marino valiente pudiera convertirse en verdugo!

El teniente palideció.

—Juro que tengo esas órdenes. ¡Me disgusta mucho que dude usted de mi palabra!

—¡Perdóneme usted! —dijo Sandokan.

—No le tengo a usted rencor; y para demostrárselo le prometo que traeré aquí a lady Guillonk. Pero tengo la completa seguridad de que le proporcionará usted un gran dolor.

—No le diré ni una palabra del suicidio.

—Entonces, ¿qué quiere usted decirle?

—He dejado ocultos en ciertos sitios inmensos tesoros, cuya existencia todos ignoran.

—¿Y quiere usted dárselos a ella?

—Sí, para que disponga de ellos como mejor le parezca. Teniente, ¿cuándo la verá?

—Antes de la noche.

—¡Gracias, señor!

—Pero prométame usted no decirle nada de su suicidio.

—Tiene usted mi palabra. Sin embargo, es atroz tener que morir cuando ya me creía en posesión de la felicidad al lado de la mujer a quien tanto amo. ¡Hubiera sido mucho mejor irme a pique con mi barco en alta mar! ¡Por lo menos, hubiera bajado a los abismos marinos abrazado a mi prometida!

—¿Y a dónde iba usted cuando nuestros barcos le asaltaron?

—¡Lejos, muy lejos; quizás a la India o a otra isla cualquiera del gran Océano! ¡En fin, esto ha concluido! ¡Que se cumpla mi destino!

—¡Adiós, *Tigre de la Malasia!* —dijo el teniente.

—Tengo la promesa de usted.

—Dentro de pocas horas verá usted a Mariana.

El teniente llamó a los soldados, que habían libertado de las cadenas a Inioko, y volvió a subir lentamente a la cubierta. Sandokan permaneció de pie, mirándole con los brazos cruzados y una extraña sonrisa en los labios.

—¿Le ha traído a usted buenas noticias? —le preguntó Inioko acercándosele.

—¡Esta noche estaremos en libertad! —contestó Sandokan.

—¿Y si no pudiera realizarse la fuga?

—Entonces abriremos los costados de este barco, y moriremos todos; ellos y nosotros. Sin embargo, esperemos. ¡Mariana nos ayudará!

CAPITULO XIII

LA FUGA

Así que se marchó el teniente, Sandokan se sentó en el último peldaño de la escalera, con la cabeza entre las manos y sumergido en profundos pensamientos.

Un inmenso dolor denotaban sus facciones. Si hubiera sido capaz de llorar, no pocas lágrimas hubiesen bañado sus mejillas.

Inioko se había acurrucado a breve distancia y miraba con ansiedad a su jefe. Al verle tan absorto, no se atrevió a interrogarle acerca de sus proyectos.

Apenas habían transcurrido quince o veinte minutos cuando volvió a levantarse la escotilla.

Al ver entrar un rayo de luz, Sandokan se irguió precipitadamente y miró hacia lo alto de la escala.

Una mujer descendía por ella. Era la joven de los cabellos de color de oro; pálida, casi lívida y lacrimosa.

La acompañaba el teniente con la diestra colocada en la culata de una pistola que llevaba suspendida del cinturón.

Sandokan se lanzó hacia su prometida y la estrechó contra el pecho nerviosamente.

—¡Amor mío! —exclamó llevándola a la parte opuesta de la bodega, mientras el teniente se sentaba en medio de la escala con los brazos cruzados y la frente nublada—. ¡Por fin vuelvo a verte!

—¡Sandokan —murmuró ella, estallando en sollozos—, creía que no iba a volver a verte más!

—¡Animo, Mariana! ¡No llores, cruel; seca esas lágrimas que me hacen tanto daño!

—¡Tengo el corazón hecho pedazos, mi valiente amigo! ¡Ah; no quiero que mueras, no quiero que te separes de mí! ¡Yo te defenderé contra todos; yo te libertaré; yo quiero que sigas siendo mío!

—¡Tuyo! —exclamó él lanzando un profundo suspiro—. ¡Sí, volveré a ser tuyo! Pero, ¿cuándo?

—¿Por qué dices cuándo?

—Pero, ¿no sabes, desventurada, que me llevan a Labuán para matarme?

—¡Yo te salvaré!

—Puedes hacerlo, si es que me ayudas.

—Entonces, ¿tienes un proyecto? —exclamó ella delirante de alegría.

—Sí, si Dios me protege. ¡Escúchame, amor mío!

Lanzó una mirada al teniente, que no se había movido de su puesto, y llevándose a la jovencita lo más lejos que le fué posible, le dijo:

—Proyecto fugarme, y tengo la esperanza de lograrlo; pero tú no puedes venir conmigo.

—¿Por qué. Sandokan? ¿Dudas que sea capaz de seguirte? ¿Acaso temes que me falte valor para afrontar los peligros? Soy enérgica y no temo a nadie: si quieres, apuñalo a los tres centinelas, y haré saltar este barco con todos los hombres, si es preciso.

—¡Es imposible, Mariana! Daría la mitad de mi sangre para poder llevarte conmigo; pero no puede ser. Es preciso que me ayudes a huir, o todo será en vano; pero te juro que no estarás mucho tiempo entre tus compatriotas, aun cuando tuviese que levantar un ejército y dirigirlo contra Labuán.

Mariana ocultó la cara entre las manos, y gruesas lágrimas inundaron su hermoso rostro.

—¡Permanecer aquí sin ti! —murmuró.

—¡Es preciso, mi pobre niña. ¡Escúchame!

Sacó del pecho una microscópica cajita, la abrió y enseñó a Mariana algunas píldoras que exhalaban un olor penetrante.

—¿Ves estas píldoritas? —le preguntó—. Contienen un veneno poderoso, pero no mortal; y tienen la propiedad de suspender la vida durante seis horas en un hombre robusto. Es un sueño que se parece por completo al de la muerte y que engaña aún al médico más experimentado.

—¿Qué quieres hacer?

—¡Inícko y yo nos tragaremos una cada uno: nos crearán muertos, nos arrojarán al mar, y quedaremos libres en pleno Océano.

—Pero, ¿no os ahogaréis?

—No, porque para eso cuento contigo.

—¿Qué debo hacer? ¡Habla; manda, Sandokan! ¡Estoy dispuesta a todo, con tal de volver a verte libre!

—Son las seis —dijo el pirata mirando su cronómetro—. Dentro de una hora mi compañero y yo nos tragaremos las píldoras y daremos un gran grito. Señala exactamente en tu reloj el minuto en que hayamos gritado, y cuenta seis horas y dos segundos antes harás que nos echen al mar. Procura dejarme sin hamaca y sin bala a los pies, y ve si puedes arrojar algún flotador a las aguas para que podamos agarrarnos a él. Si no te es posible eso, ve la manera de esconder algún arma entre nuestras ropas. ¿Has comprendido bien?

—Lo he esculpido todo en mi memoria, Sandokan. Pero, después, ¿a dónde vais a dirigiros?

—Tengo la certeza de que Yáñez nos sigue y de que nos recogerá. En seguida reuniré armas y piratas, aun cuando tenga que venir sobre Labuán y pasar a hierro y fuego a sus habitantes.

Levantó el blondo cabello de Mariana y la besó en el rostro como un loco.

—¡Cuánto te amo, sublime criatura! —exclamó fuera de sí—. ¡Es preciso que nos separemos!

Ahogó un gemido y se limpió rápidamente una lágrima que rodaba por su moreno rostro.

—¡Vete, Mariana, vete! —dijo bruscamente—. ¡Si permanecieses aquí más tiempo, concluiría por llorar como un niño!

—¡Sandokan! ¡Sandokan!

El pirata ocultó la cara entre las manos y dió dos pasos atrás.

—¡Ah, Sandokan! —exclamó Mariana con acento desgarrador.

Quiso lanzarse hacia él; pero le faltaron las fuerzas y cayó entre los brazos del teniente, que se había acercado.

—¡Marchaos! —gritó el *Tigre de la Malasia* volviéndose hacia otro lado y ocultando el rostro.

Un momento después habían vuelto a bajar la escotilla.

—¡Todo ha concluido! —exclamó con voz triste—. ¡Ya no me queda más que adormecerme sobre las olas del mar malayo! Quizás algún día pueda ver feliz a la que tanto amo.

Se dejó caer a los pies de la escala, y así permaneció casi una hora. Inloko le sacó de aquella muda desesperación.

—¡Capitán —le dijo—, ánimo; no desesperemos todavía!

Sandokan se levantó con un movimiento de energía.

—¡Huyamos!

—¡No pido otra cosa mejor!

Sacó la cañita y tomó dos píldoras, alargando una al dayaco.

—Así que te haga yo la señal, te la tragas.

—Ordene usted.

Sacó el reloj y miró la hora.

—Son las siete menos dos minutos —volvió a decir Sandokan—. Dentro de seis horas volveremos a la vida en pleno mar.

Cerró los ojos y se tragó la píldora, imitándole Inloko.

Pronto se vió a aquellos dos hombres retorcerse en un violento e imprevisto espasmo, y en seguida, caer al suelo dando dos agudos alaridos.

.....

A pesar del ruido de la máquina y del fragor de las olas que levantaban las poderosas ruedas, aquellos gritos los oyeron en la cubierta todos, incluso Mariana, que los esperaba presa de una gran ansiedad.

El teniente descendió precipitadamente a la bodega, seguido de algunos oficiales y del médico de a bordo.

Al llegar al pie de la escalera tropezó con los dos cadáveres.

—¡Muertos! —dijo—. ¡Lo que yo temía ha sucedido!

El médico los examinó; pero aquel buen hombre no pudo hacer otra cosa que certificar la muerte de los prisioneros.

Mientras los marineros los levantaban, el teniente volvió a subir a cubierta y se acercó a Mariana, que estaba apoyada en la amura de babor, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ahogar el dolor que la oprimía.

—Milady —le dijo—, les ha sucedido una desgracia al *Tigre* y a su compañero.

—¡La adivino! ¡Han muerto!

—¡Es verdad, milady!

—¡Señor —dijo ella con voz ahogada, pero enérgica—, vivos, le pertenecían a usted; muertos, me pertenecen a mí!

—Dejo a usted en libertad para hacer de ellos lo que mejor le agrade; pero quiero darle un consejo.

—¿Cuál?

—Mande usted que los echen al mar antes de que el crucero llegue a Labuán. Su tío de usted podría mandar colgar a Sandokan, aún estando muerto.

—Acepto el consejo que me da usted; mande usted traer los cadáveres a popa, y que me dejen sola con ellos.

El teniente se inclinó, y dió las órdenes necesarias para que se cumpliera la voluntad de la joven lady.

Un momento después los dos piratas, colocados en dos tablas, fueron llevados a popa y quedaron dispuestos para ser arrojados al mar.

Mariana se arrodilló al lado de Sandokan, que aparecía rígido, y contempló en silencio aquel rostro, descompuesto por la poderosa acción del narcótico, pero que todavía conservaba la varonil fiereza que tanto temor y respeto infundía.

Esperó a que hubiese caído la noche, y entonces sacó de su corsé dos pañales, escondiéndolos entre los vestidos de ambos piratas.

—¡Por lo menos, valientes míos, podréis defenderos! —murmuró con profunda emoción.

Se sentó a sus pies, contando en el reloj hora por hora, minuto por minuto y segundo por segundo, con paciencia sin igual.

A la una menos veinte minutos se levantó, pálida, pero resuelta. Se acercó a la amura de babor, desató dos salvavidas, que arrojó al mar, y en seguida, dirigiéndose hacia la proa y deteniéndose ante el teniente, que parecía esperarla.

—¡Señor —le dijo—, que se cumpla la última voluntad del *Tigre de la Malasia*!

A una orden del teniente cuatro marineros se acercaron a popa y levantaron las dos tablas, en las cuales descansaban los cadáveres.

—¡Esperad! —dijo Mariana rompiendo a llorar.

Se acercó a Sandokan y posó los labios en él. En aquel contacto notó un ligero calor y una especie de temblor. Un momento de duda, y todo se habría perdido.

Retrocedió con rapidez, y con voz ahogada dijo:

—¡Dejadlos ir ya!

Los marineros levantaron las dos tablas, y los dos piratas descendieron al mar, desapareciendo entre las negras aguas, en tanto que el

barco se alejaba rápidamente, llevando a la jovencita hacia las costas de la maldita isla.

CAPITULO XIV

YÁÑEZ

Como había dicho Sandokan, la suspensión de la vida había de durar seis horas, ni un segundo más ni menos; y así, en efecto, debía de ser, porque apenas habían caído en los abismos del Océano los dos piratas volvieron en sí, sin experimentar la menor alteración en sus fuerzas.

Vueltos a la superficie por medio de un vigoroso golpe de talones, echaron en seguida en derredor una mirada anhelosa.

A menos de un cable de distancia vieron al vapor, que se alejaba a poca máquina hacia Oriente.

El primer movimiento de Sandokan fué seguirlo, mientras que Inioko, aturdido todavía por aquella extraña y para él inexplicable resurrección, nadaba vigorosamente.

El *Tigre* se detuvo en seguida, dejándose mecér entre las ondas; pero con los ojos fijos en aquel barco, que le robaba la desgraciada muchacha.

Un grito ahogado le salió del pecho, pero murió entre sus labios.

—¡Perdida! —exclamó con voz apagada por el dolor.

Un ímpetu de locura se apoderó de él, y durante algunos instantes siguió al vapor, debatiéndose furiosamente en las aguas. Al cabo se detuvo, mirando siempre al barco, que poco a poco iba perdiéndose entre las tinieblas.

Entonces se reunió con Inioko que le esperaba con ansiedad.

—¡Vámonos! —dijo con voz anhelante—. ¡Ahora sí que ha concluido todo!

—¡Animo, capitán; la salvaremos quizás antes de lo que usted cree!

—¡Calla, calla! ¡No ensanches la herida que sangra!

—¡Busquemos al señor Yáñez, capitán!

—¡Sí; busquémoslo, porque sólo él puede salvarnos!

Ante ellos se extendía el ancho mar de la Malasia, envuelto en las espesas tinieblas de la noche; sin un islote en el cual descansar, sin una vela, sin una luz que señalase la presencia de un barco amigo o enemigo.

Por doquiera no se veían más que olas espumosas que chocaban unas con otras, agitadas por el viento nocturno.

Para no agotar sus fuerzas luchando con aquellas terribles rompientes, los dos nadadores marchaban con lentitud a breve distancia uno de otro y tratando de descubrir una vela en la obscura superficie.

De cuando en cuando se detenía Sandokan para volverse hacia Oriente, por ver si descubría las luces del vapor; en seguida volvía a emprender el camino lanzando profundos suspiros.

Habían recorrido ya una milla y comenzaban a desembarazarse de las ropas para poder moverse mejor, cuando Inioko chocó con un objeto que cedía.

—¡Un tiburón! —exclamó estremeciéndose y levantando el puñal.

—¿Dónde? —preguntó Sandokan.

—¡No, no es un tiburón! —dijo el dayaco—. ¡Me parece una gavia pequeña!

—¡Es un salvavidas de los que arrojó Mariana! —exclamó Sandokan—. ¡Ah, muchacha divina!

—Quizá no sea este sólo.

—¡Busquemos, amigo mío!

Nadaron en derredor buscando por todas partes, y al cabo de pocos minutos lograron encontrar el otro, no muy lejos del primero.

—¡Esto es una fortuna que no esperaba! —dijo Inioko, alegremente—. ¿A dónde nos dirigimos ahora?

—La corbeta venía del Noroeste; así, pues, creo que en esa dirección podremos encontrar a Yáñez.

—¿Le encontraremos?

—Eso espero —contestó Sandokan.

—Sin embargo, será necesario estar varias horas en el agua. El viento es muy débil, y el parao del señor Yáñez no debe caminar muy de prisa.

—¿Y qué importa? Con tal de encontrarlo, estaría en el agua aunque fuese veinticuatro horas —dijo Sandokan.

—¿Y no se acuerda usted de los tiburones, capitán? Ya sabe usted que en estos mares abundan mucho.

Involuntariamente, Sandokan se estremeció, y echó en derredor una inquieta mirada.

—Hasta ahora no veo surgir ninguna cola ni ningún hocico —dijo—. Espero que nos dejarán tranquilos.

—¡Vamos; dirijámonos hacia el Noroeste! Si no encontrásemos a Yáñez, continuaremos en esa dirección, y pondremos pie en tierra de Mompracem o en las escolleras que se extienden hacia el Sur.

Se acercaron uno a otro para estar prontos a protegerse en caso de peligro, y nadaron en la dirección dicha, procurando, sin embargo, economizar las fuerzas, pues no ignoraban que la tierra estaba lejos.

Aun cuando ambos estuvieran decididos a todo, el miedo de verse acometidos por algún tiburón iba haciendo camino en sus corazones.

Especialmente el dayaco se sentía acometido de un verdadero terror. De cuando en cuando se detenía para mirar hacia atrás, creyendo oír en pos de sí coleteos y roncós suspiros, e instintivamente encogía las piernas por miedo de sentirselas partir por los dientes formidables de aquellos tigres de los mares.

—No he tenido miedo nunca —decía—. He tomado parte en más de cincuenta abordajes, he matado con mi propia mano no pocos enemigos, y me he metido con los grandes monos de Borneo y con los tigres: sin embargo, ahora voy temblando como si tuviese fiebre. La sola idea de encontrarme de un momento a otro ante uno de esos feroces animales, me hiela la sangre. Capitán, ¿no ve usted nada?

—No —respondía invariablemente Sandokan con voz tranquila.

—Me ha parecido oír ahora mismo detrás de mí un suspiro ronco.

—¡Efecto del miedo! ¡Yo no he oído nada!

—¿Y ese golpe en el agua?

—Lo he producido yo con los pies.

—¡Me castañetean los dientes!

—¡Ten calma, Inioko! Estamos armados con muy buenos puñales.

—¿Y si los tiburones nos atacan por debajo del agua?

—Nos sumergiremos también nosotros y les haremos frente con resolución.

—¡Y al señor Yáñez no se le ve por ninguna parte!

—Debe estar muy lejos todavía.

—¿Le encontraremos, capitán?

—Tengo esa esperanza. Yáñez me quiere demasiado para abando-

narne a mi triste destino. El corazón me dice que viene siguiendo a la corbeta.

—Pero no se la ve aparecer.

—¡Paciencia, Inioko! Poco a poco va aumentando el viento y hará correr al parao.

—Y con el viento tendremos olas también.

—A nosotros no nos dan miedo.

Continuaron nadando durante una hora, mirando en derredor por miedo de ver a los temidos tiburones.

—¿Has oído? —preguntó de pronto Sandokan.

—Sí —contestó el dayaco.

—¡No te ha parecido la sirena de un barco de vapor?

—Sí, capitán.

—¡Estale quieto!

Se apoyó en la espalda del dayaco, y, dando un salto, sacó más de medio cuerpo fuera del agua. Miró hacia el Norte, y vió dos puntos luminosos que surcaban el mar a una distancia de dos o tres millas.

—¡Hacia nosotros avanza un barco!

—Entonces, podemos hacer que nos recojan —dijo Inioko.

—No sabemos a qué nación pertenece, ni si es mercante o de guerra.

—¿De dónde viene?

—Del Norte.

—¡Ruta peligrosa, mi capitán!

—También yo lo pienso. Puede ser alguno de los barcos que tomaron parte en el bombardeo de Mompracem, que busque el parao de Yáñez.

—¿Y le dejaremos pasar sin que nos recoja?

—La libertad nos cuesta muy cara para perderla de nuevo, Inioko. Si volviesen a prendernos, ya no tendríamos salvación.

—Pero puede ser un barco mercante.

—No estamos en la línea que siguen esos buques. Veamos si puedo ver algo más.

Volvió a empinarse sobre los hombros de Inioko. Como la noche no era muy oscura, pudo distinguir bastante bien el barco.

—¡Ni un grito, Inioko! —exclamó volviendo a caer en el agua—. Es un barco de guerra; de eso estoy seguro.

—¿Grande?

—Me parece un crucero.

—¿Será inglés?

—No dudo acerca de su nacionalidad.

—¿Lo dejaremos pasar?

—No podemos hacer absolutamente nada. Prepárate para sumergirte, porque ese barco pasará a muy poca distancia de nosotros. ¡Pronto; abandonemos los salvavidas y preparémonos!

El crucero, que tal lo creía Sandokan, quizás con razón, avanzaba rápidamente, levantando verdaderas oleadas.

Se dirigía hacia el Sur, por lo tanto, tenía que pasar a corta distancia de los dos piratas.

Apenas lo vieron a ciento cincuenta metros, Sandokan e Inioko se dejaron ir a fondo y nadaron bajo el agua.

En el momento en que volvían a la superficie para respirar oyeron una voz que gritaba:

—Juraría haber visto a babor dos cabezas. Si no estuviera seguro de que queda a popa un tiburón, mandaría echar una chalupa al agua.

Al oír estas palabras, Sandokan e Inioko volvieron a sumergirse; pero esta vez la inmersión fué breve.

Por fortuna para ellos, cuando volvieron a aparecer vieron que el barco se alejaba rápidamente hacia el Sur.

Entonces se encontraron en medio de la espumante estela abierta por el buque, y las olas levantadas por las ruedas les zumbaban en los oídos a diestro y siniestro, ya levantándolos en alto, ya precipitándolos en los abismos.

—¡Capitán, en guardia! —gritó el dayaco—. ¡Tenemos un tiburón en nuestras aguas! ¿No se lo oyó usted decir a aquel marinero?

—Sí —contestó Sandokan—. ¡Ten preparado el puñal.

—¿Nos acometerá?

—¡Me lo temo, mi pobre Inioko! Tales monstruos se ven muy mal, pero tienen una respiración muy fuerte. ¡El maldito no habrá seguido al barco!

—¡Tengo miedo, capitán! —dijo el dayaco, que se agitaba entre las olas como el diablo en una pila de agua bendita.

—¡Calma! Hasta ahora no lo veo.

—¡Puede acometernos por debajo del agua!

—Es probable que le sintamos llegar.

—¿Y los salvavidas?

—Están delante de nosotros. En dos brazadas los alcanzamos.

—¡No me atrevo a moverme, capitán!

El pobre hombre estaba dominado de un espanto tal, que sus miembros se negaban a sostenerle.

—¡Inioko, no pierdas la cabeza! —le dijo Sandokan—. Si quieres salvar las piernas, no debes permanecer como un estúpido. Agárrate a tu salvavidas y tira de puñal.

El dayaco se repuso un poco y llegó hasta su salvavidas, que flotaba en medio de la espuma de la estela.

—Ahora vamos a ver si atisbamos a ese pez —dijo Sandokan.

Por tercera vez se apoyó en Inioko y se echó fuera del agua, arrojando en derredor una rápida mirada.

En medio de la blanca espuma había visto surgir de improviso entre las aguas una cabeza formidable.

—¡Pongámonos en guardia —dijo a Inioko—; no dista de nosotros más que cincuenta o sesenta metros!

—¡Ese maldito no ha querido seguir al barco! —dijo el dayaco castañeteando los dientes.

—Ha olido carne humana —repuso Sandokan.

—¿Y vendrá?

—Lo veremos dentro de un momento. ¡No te muevas y no sueltes el puñal!

Se acercaron uno a otro y esperaron con ansiedad el fin de aquella peligrosa aventura.

Sandokan y el dayaco permanecieron algunos minutos inmóviles escuchando con atención, y no oyendo nada comenzaron a retirarse prudentemente.

Ya habían recorrido cincuenta o sesenta metros, cuando de improviso vieron aparecer a breve distancia la repulsiva cabeza del monstruo.

Este lanzó a los nadadores una horrible mirada de reflejos amarillentos, y en seguida dió un ronco suspiro que semejaba un trueno lejano.

Estuvo algunos instantes inmóvil, dejándose mecer por las olas, y luego se precipitó hacia adelante, batiendo las aguas ruidosamente.

—¡Capitán! —exclamó Inioko.

El *Tigre de la Malasia*, que ya comenzaba a perder la paciencia, en vez de proseguir la retirada soltó de pronto el salvavidas, se puso el puñal entre los dientes, y se dirigió con resolución al enemigo.

—¿También tú buscas nuestra sangre? —gritó—. ¡Vamos a ver si el tigre de mar es más fuerte que el *Tigre de la Malasia*!

—¡Déjelo usted ir, capitán! —suplicó Inioko.

—¡Quiero matarlo! —contestó Sandokan con ira—. ¡Vamos, acomete, tiburón de los demonios!

El monstruo, quizá asombrado por aquellos gritos y por la actitud resuelta de Sandokan, en vez de continuar la carrera se detuvo, y en seguida se sumergió.

—¡Nos acomete por debajo, capitán! —gritó el dayaco.

Se equivocaba. Un instante después el tiburón reaparecía a flote, y, contra sus instintos feroces, en vez de intentar el ataque, se alejaba, mar adentro, jugando entre la espuma de la estela que había dejado la nave.

Sandokan e Inioko estuvieron algunos instantes quietos, siguiendo con la vista al feroz animal, y al ver que no pensaba ya en ellos, al menos por el momento, volvieron a emprender la retirada, dirigiéndose hacia el Noroeste.

Pero el peligro no había pasado: antes bien, el monstruo, sin dejar de jugar entre la espuma, no los perdía de vista. De cuando en cuando sacaba la mitad del cuerpo fuera del agua para asegurarse de la dirección de los nadadores, y en seguida ganaba el camino perdido, sosteniéndose siempre a una distancia de cincuenta o sesenta metros. Probablemente esperaba el momento propicio para intentar el ataque.

En efecto: poco después Inioko, que iba un poco detrás, vió que avanzaba el tiburón ruidosamente y dando tremendos coletazos.

Describió en derredor de los dos nadadores un gran círculo y comenzó a voltear, ya bajo el agua, ya a flor de agua, estrechando cada vez más sus giros.

—¡Cuidado, capitán! —gritó Inioko.

—¡Ya estoy dispuesto a recibirle! —contestó Sandokan—. ¿Se te ha pasado el miedo?

—Comienza a pasármeme.

—No sueltes el salvavidas hasta que yo te lo diga. Entretanto, procuremos forzar el cerco.

Agarrando con la mano izquierda el salvavidas y con la derecha el puñal, los dos piratas batieron retirada, sin perder de vista al tiburón.

Este levantaba con su poderosa cola verdaderas olas y enseñaba sus agudos dientes, que blanqueaban de un modo siniestro en la obscuridad.

De pronto dió un gigantesco salto que le hizo salir casi por completo del agua y se precipitó encima de Sandokan, que estaba más cerca.

El *Tigre de la Malasia* soltó el salvavidas y se sumergió rápidamente, mientras Inioko, que había vuelto a recobrar la audacia ante la inminencia del peligro, se lanzó encima de él, puñal en mano.

Al ver el monstruo que Sandokan había desaparecido bajo el agua, dando un coletazo se sustrajo al ataque de Inioko, y a su vez se sumergió.

Sandokan lo esperaba. Apenas lo vió cerca, se dirigió a él, lo agarró por una de las nadadoras del dorso, y le clavó el puñal en el vientre.

El enorme pez, herido quizás de muerte, por medio de un brusco empuje se apartó de su adversario, que iba a repetir el golpe, y subió a la superficie.

Al ver a dos pasos al dayaco se volvió sobre el lomo para trozarlo en dos; pero Sandokan seguía sumergido.

El puñal que ya le había herido le hirió otra vez en medio del cráneo con tal fuerza, que la hoja se le quedó clavada.

—¡Y toma también éstas! —gritó el dayaco dándole varias puñaladas.

Esta vez el monstruo se sumergió para siempre, dejando en la superficie una gran mancha de sangre, la cual se extendía rápidamente.

—Creo que no volverá a la superficie. ¿Qué dices, Inioko?

El dayaco no contestó; apoyado en el salvavidas, procuraba levantarse para mirar a lo lejos.

—¿Qué buscas? —le preguntó Sandokan.

—¡Allá, mire usted..., hacia el Noroeste! —gritó Inioko—. ¡Por Alá! ¡Veo una sombra grande! ¡Un velero!

—¿Será Yáñez? —preguntó Sandokan muy emocionado.

—¡Es demasiado intensa la oscuridad para poder ver bien el barco; pero el corazón me late con fuerza, capitán!

—¡Déjame que me suba en tus hombros!

El dayaco se acercó a Sandokan, y éste, apoyándose en aquél, sacó más de medio cuerpo fuera del agua.

—¿Qué ve usted, capitán?

—Es un parao. ¡Si fuese él! ¡Maldición!

—¿Por qué maldice usted?

—¡Son tres los barcos que vienen!

—¿Está usted seguro?

—¡Segurísimo!

—¿Habrá encontrado algunos socorros el señor Yáñez?

—¡Es imposible!

—Entonces, ¿qué hacemos? Hace tres horas que estamos nadando, y le confieso que ya comienzo a sentirme sin fuerzas.

—¡Te comprendo! ¡Amigos o enemigos, hagamos que nos recojan!

¡Llama! ¡Socorro!

Inioko reunió todas sus fuerzas, y con voz tonante, gritó:

—¡Eh, del barco! ¡Socorro!

Un instante después se oyó un tiro de fusil y una voz que gritaba:

—¿Quién llama?

—¡Náufragos!

—¡Esperad!

Acercada se vió a los tres barcos que viraban de bordo rápidamente, acercándose impulsados por una fuerte brisa.

—¿Dónde estáis? —preguntó la misma voz.

—¡Acércate! —respondió Sandokan.

Hubo un breve silencio, y después otra voz exclamó:

—¡Por Jove! ¡O mucho me engaño, o es él! ¿Quién vive?

Sandokan gritó:

—¡Yáñez, Yáñez! ¡Soy yo, el Tigre de la Malasia!

De los tres barcos partió un solo grito:

—¡Viva el capitán! ¡Viva el Tigre!

Se acercó el primer parao. Los dos nadadores cogieron un cable que les habían lanzado, y se izaron sobre cubierta con la rapidez de dos verdaderos monos.

Un hombre se lanzó hacia Sandokan y lo estrechó con frenesí contra su pecho.

—¡Ah, pobre hermano mío —exclamó—; creí que yo no volvía a verte más!

Sandokan, a su vez, estrechó al bravo portugués, en tanto que las tripulaciones seguían gritando:

—¡Viva el *Tigre*!

—Ven a mi camarote —dijo Yáñez—. Tienes que contarme muchas cosas que deseo conocer.

Sandokan lo siguió sin decir una palabra y descendieron al camarote, mientras que los tres barcos seguían su rumbo con las velas desplegadas.

El portugués destapó una botella de ginebra y se la alargó a Sandokan, que bebió una tras otra varias copas.

—Vamos; cuenta cómo es que te he recogido en el mar mientras yo te creía prisionero o muerto a bordo del vapor que hace veinte horas vengo persiguiendo sin cesar.

—¡Ah! ¿Seguías al crucero? ¡Lo había sospechado!

—¡Por Jove! Dispongo de tres barcos y ciento veinte hombres. ¿Querías que no le siguiese?

—Pero, ¿dónde has recogido tantas fuerzas?

—¿Sabes quiénes mandan los dos barcos que me persiguen?

—No, por cierto.

—Paranoa y Maratúa.

—Entonces, ¿no se fueron a pique durante la borrasca que nos sorprendió cerca de Labuán?

—Ya ves cómo no. Maratúa fué empujado hasta la isla de Pulo Gaya y Paranoa se refugió en la bahía de Ambong. Allí estuvieron varios días para reparar las graves averías que habían tenido, y después descendieron hasta Labuán, donde ambos se encontraron. No viéndonos en la bahía pequeña, volvieron a Mompracem; allí los encontré ayer por la noche, y se preparaban para encaminarse a la India, sospechando que nos hubiésemos dirigido hacia allí.

—¿Y han desembarcado en Mompracem? Entonces, ¿quién ocupa mi isla?

—Nadie, porque los ingleses la abandonaron después de haber incendiado el poblado y hecho saltar los últimos bastiones.

—¡Eso es mejor! —murmuró Sandokan suspirando.

—Ahora dime: ¿qué es lo que te ha sucedido? Te vi abordar el vapor mientras yo reventaba el cañonero a fuerza de cañonazos. En seguida oí los hurras de victoria de los ingleses. Huí para salvar, por lo menos, los tesoros que llevaba; pero después seguí al crucero, con la esperanza de alcanzarle y de abordarlo.

—Cai sobre la cubierta del barco enemigo, atontado por un golpe de maza. Nos hicieron prisioneros a Inioko y a mí. Las píldoras que, como tú sabes, llevo siempre conmigo, me salvaron.

—¡Comprendo! —dijo Yáñez soltando la risa—. Os tiraron al mar creyéndolos muertos. Pero, ¿qué le ha sucedido a Mariana?

—¡Está prisionera en el crucero! —contestó Sandokan con voz sombría.

—¿Y quién mandaba el barco?

—El baronet; pero en la lucha le he matado.

—¡Me lo imaginaba! ¡Por Baco! ¡Qué mal fin ha tenido ese pobre rival! Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¿Qué harías tú?

—Seguir al vapor y abordarlo.

—Eso es lo que quería proponerte. ¿Sabes a dónde se dirige el crucero?

—Lo ignoro; pero me parece que navegaba hacia las Tres Islas cuando yo lo dejé.

—¿Qué irá a hacer allá? ¡Ahí hay gato encerrado, hermano mío! ¿Caminaba muy de prisa?

—A razón de ocho nudos por hora.

—¿Qué delantera podrá llevarnos?

—Quizá unas treinta millas.

—Entonces, si el viento se mantiene bien, podemos alcanzarlo; pero... Se detuvo al oír sobre cubierta un movimiento insólito y un vocear muy grande.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¿Habrán descubierto el crucero?

—¡Subamos, hermano mío!

Salieron precipitadamente del camarote y subieron a cubierta. En aquel mismo instante algunos hombres sacaban del agua una caja de metal que a las primeras luces del alba había visto un pirata a pocas docenas de metros de estribor.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Yáñez—. ¿Qué quiere decir esto? ¿Contendrá acaso algún documento importante? No me parece una caja cualquiera.

—Nosotros seguimos la rúta del vapor, ¿verdad? —preguntó Sandokan, que, sin saber por qué, sentía una rara agitación.

—¡Siempre! —contestó el portugués.

—¡Ah, si fuese!

—¿Qué?

En lugar de contestar Sandokan desenvainó el *kriss* y con un golpe abrió la caja. En el interior había un papel un poco húmedo, pero en el cual se veían algunas líneas de letra fina y elegante.

—¡Yáñez! ¡Yáñez! —balbució Sandokan con voz temblorosa—. ¡Lee, hermano mío, lee! ¡Porque yo me parece que me he vuelto ciego!

El portugués cogió el papel y leyó:

—“¡Socorro! Me llevan a las Tres Islas, donde se reunirá conmigo mi tío para conducirme a Sarawak.

Mariana.”

Al oír aquellas palabras Sandokan lanzó un grito de fiera herida. Levantó los brazos, se hundió los dedos con furor entre los cabellos y vaciló como si le hubiese herido una bala.

—¡Perdida! ¡Perdida! ¡El lord! —exclamó.

Yáñez y los piratas lo rodearon, mirándolo con ansiedad profunda. Parecía que todos sufrían la misma pena que desgarraba el corazón de aquel desventurado.

—¡Sandokan! —exclamó el portugués—. ¡La salvaremos, te lo juro, aun cuando tengamos que entrar al abordaje en el barco del lord y asaltar a Sarawak y matar a James Brooke, que la gobierna!

El *Tigre*, un instante antes abatido por aquel terrible dolor, se puso en pie con el rostro contraído y los ojos inflamados.

—¡Tigres de Mompracem! —gritó—. ¡Tenemos que exterminar a nuestros enemigos y salvar a nuestra reina! ¡Vamos a las Tres Islas!

—¡Venganza! —gritaron los piratas—. ¡Mueran los ingleses y viva nuestra reina!

Un instante después los tres paraos viraban de bordo navegando hacia las Tres Islas.

CAPITULO XV.

LA ULTIMA LUCHA DEL "TIGRE"

Cambiada la ruta, los piratas trabajaron febrilmente con objeto de disponerse para la lucha, que sin duda alguna debía de ser tremenda, y quizá la última que empeñaran con el aborrecido enemigo.

Cargaban los cañones, montaban las culebrinas, abrían los barriles de pólvora, amontonaban a proa y popa enorme cantidad de balas y granadas, retiraban la maniobra inútil, improvisaban barricadas y preparaban las grapas de abordaje. Hasta los recipientes de bebidas alcohólicas subieron a cubierta para verterlos sobre el puente del barco enemigo e incendiarlo.

Sandokan los animaba con el gesto y con la voz, diciéndoles que echaría a pique aquel barco que le había tenido encadenado, que le había matado los más valientes campeones de la piratería y robado a su prometida.

—¡Sí! —exclamaba—. ¡Destruiré e incendiaré a ese maldito! ¡Dios quiera que llegue a tiempo para impedir al lord apoderarse de Mariana!

—¡Atacaremos también al lord, si es necesario! —dijo Yáñez.

—¿Y si llegamos demasiado tarde y el lord hubiera marchado ya a Sarawak a bordo de un barco muy rápido?

—¡Lo alcanzaremos en la ciudad de James Brooke! Lo que me inquieta ahora es la manera de apoderarme del crucero, que debe de haber anclado ya en las Tres Islas. Es preciso sorprenderlo; pero... ¡Ah, no tenemos memoria!

—¿Qué quieres decir?

—Sandokan, ¿te acuerdas de lo que intentó hacer lord James cuando le acometimos en el sendero de Victoria?

—Sí —murmuró Sandokan, que sintió que se le erizaban los cabellos—. ¡Gran Dios! ¿Y tú crees que el comandante pueda...?

—Puede haber recibido orden de matar a Mariana antes de que vuelva a caer en nuestras manos.

—¡No es posible, no es posible!

—Pues yo te digo que tiemblo por tu prometida.

—¿Y entonces?... —preguntó Sandokan con voz muy débil.

Yáñez no contestó; parecía meditar profundamente.

De pronto se dió con la mano en la frente, exclamando:

—¡Ya sé!

—¡Habla, explícate, hermano! ¡Si has concebido algún proyecto, dílo!

—Para impedir que suceda una catástrofe, es preciso que en el momento del ataque uno de nosotros esté al lado de Mariana para defenderla.

—Es verdad; pero, ¿cómo?

—Aquí está mi proyecto. Recordarás que entre la escuadra que acometió a Mompracem había paraos del sultán de Borneo.

—Sí que me acuerdo.

—Pues yo me convierto en oficial del sultán, enarbolo la bandera de Varauai, y abordo el crucero fingiéndome enviado de lord James.

—¡Muy bien!

—Diré al comandante que tengo que entregar una carta a lady Mariana, y apenas me encuentre con ella en su camarote, cierro la puerta y levanto detrás una barricada. Al oír un silbido mío, vosotros saltáis al barco y comenzáis la lucha.

—¡Ah, Yáñez! —exclamó Sandokan estrechándolo contra su pecho—. ¿Cuánto no te deberé si lo consigues?

—Lo conseguiré, Sandokan, y llegaremos también antes que el lord. En aquel instante se oyó gritar en el puente:

—¡Las Tres Islas!

Sandokan y Yáñez se apresuraron a subir a cubierta.

Las islas aparecían a siete u ocho millas de distancia. Los ojos de todos los piratas sondearon aquel montón de rocas buscando ávidamente el crucero.

—¡Allí está! —exclamó un dayaco—. ¡Veo el humo!

—¡Sí! —confirmó Sandokan, cuyos ojos se iluminaron—. ¡Allí se levanta un penacho negro detrás de aquella escollera! ¡El crucero está allí!

—Procedamos con orden y preparémonos para el ataque —dijo Yáñez—. Paranoa, haz embarcar otros cuarenta hombres en nuestro parao.

El transbordo se realizó rápidamente, y la tripulación, compuesta de setenta hombres, se reunió en derredor de Sandokan, que les hizo señas para que escucharan.

—¡Tigres de Mompracem —les dijo con un tono que fascinaba y que infundía en aquellos hombres un valor sobrehumano—, la partida que vamos a jugar va a ser terrible, porque tenemos que habérnoslos con una tripulación más numerosa que la nuestra y muy aguerrida; pero acordaos de que ésta es la última batalla que vais a dar bajo el mando del *Tigre de la Malasia*, y de que también será la última vez que os encontraréis frente a los que han destruido nuestro poderío y violaron nuestra isla, nuestra patria adoptiva!

“Cuando yo dé la señal, saltad sobre el puente del barco enemigo, animados por el valor de los viejos tigres de Mompracem. ¡Yo lo quiero!”

—¡Los exterminaremos a todos! —exclamaron los piratas agitando frenéticamente las armas—. ¡Manda, *Tigre*!

—¡Allí, en aquel barco maldecido que vamos a acometer, está la reina de Mompracem! ¡Quiero que vuelva a mí, que quede libre!

—¡La salvaremos, o moriremos todos!

—¡Gracias, amigos! ¡Ahora a vuestros puestos de combate, y desplegad en los mástiles la bandera del sultán!

Izados los gallardetes, los tres paraos se dirigieron hacia la primera isla, y precisamente en dirección de una bahía en el fondo de la cual se veía confusamente una masa negra coronada por un penacho de humo.

—¡Yáñez —dijo Sandokan—, prepárate, porque dentro de una hora estaremos en la bahía!

—¡Eso se hace pronto! —contestó el portugués, y desapareció bajo cubierta.

Mientras tanto, los paraos proseguían avanzando con las velas medio recogidas y con la gran bandera del sultán de Varauni en la punta del palo mayor. Los cañones estaban preparados, las culebrinas también, y los piratas tenían las armas al alcance de la mano para lanzarse en seguida al abordaje.

Sandokan espiaba con atención al crucero, que de minuto en minuto se hacía más visible y que parecía hallarse anclado, aun cuando tuviese la máquina encendida. Cualquiera diría que el formidable pirata procuraba con su mirada descubrir a su adorada Mariana.

Profundos suspiros exhalaba su amplio pecho, su frente estaba obscurcida, y sus manos atormentaban impacientes el puño de la cimitarra.

Después sus ojos recorrieron el mar, como si procurase descubrir algo. Temía, sin duda, que le sorprendiese el lord en medio de la batalla y que le sorprendiese por la espalda.

El cronómetro de a bordo señalaba la hora de mediodía cuando los tres paraos embocaban la ensenada.

El crucero estaba anclado; ondeaba en su popa la bandera inglesa, y en lo alto del palo mayor, el gran gallardete de los barcos de guerra. Sobre cubierta paseaban algunos hombres.

Viéndolo al alcance de los cañones, los piratas se precipitaron a la artillería; pero Sandokan los detuvo con un gesto.

—¡Todavía no! —dijo Yáñez.

En aquel momento subía el portugués disfrazado de oficial del sultán de Varauni, con una gran casaca verde, amplios calzones y un enorme turbante en la cabeza. En la mano llevaba una carta.

—¿Qué es lo que dice en ese papel? —preguntó Sandokan.

—Esta es la carta que debo entregar a lady Mariana.

—¿Y qué le has escrito?

—Que estamos prontos para acometer al barco y que no se descubra.

—Pero es preciso que se la entregues tú, si es que quieres hacerte fuerte en el camarote y estar al lado de ella.

—No se la entregaré a nadie; ten la seguridad de eso, hermano mío.

—¿Y si el comandante te acompañase a ver a la lady?

—¡Si veo que se embrolla el asunto, lo mato! —contestó Yáñez fríamente.

—¡Juegas una carta muy peligrosa, Yáñez!

—Quieres decir la piel; mas espero conservarla intacta. ¡Vamos; escóndete y déjame el mando de los barcos durante algunos minutos! ¡Y vosotros, tigres; a ver cómo arregláis un poco decorosamente vuestra cara y vuestros pelos, y acordaos de que somos fidelísimos súbditos de ese gran canalla que se hace llamar el sultán de Borneo!

Estrechó la mano a Sandokan, se puso el turbante y gritó:

—¡A la bahía!

El buque penetró atrevidamente en la pequeña ensenada y se acercó al crucero, seguido a poca distancia por los otros dos barcos.

—¿Quién vive? —preguntó un centinela.

—¡Borneo y Varauni! —contestó Yáñez—. ¡Noticias importantes de Victoria! ¡Eh, Paranoa, deja caer el ancla, larga cadena, y vosotros, sacad los bicheros! ¡Atentos a los tambores de las ruedas!

Antes de que los centinelas abriesen la boca para impedir que el parao pusiese borda contra borda, ya se había realizado la maniobra. El barco fué a chocar contra el crucero cerca del ancla de estribor, y allí quedó como si le hubiesen clavado.

—¿Dónde está el comandante? —preguntó Yáñez a los centinelas.

—Separe usted el barco —dijo uno de éstos.

—¡Al diablo con los reglamentos! —contestó Yáñez—. ¡Por Jove!

¿Tenéis miedo de que mi barco eche a pique al vuestro? ¡Vamos, despachaos y llamad al comandante, porque tengo órdenes que comunicarle!

En aquel momento el comandante salía a cubierta con sus oficiales. Se acercó a la amura de popa, y al ver a Yáñez que le enseñaba una carta, mandó bajar la escala.

—¡Animo! —murmuró Yáñez volviéndose hacia los piratas, que miraban con ojos atravesados el vapor.

En seguida dirigió la mirada a popa y sus ojos se encontraron con los de Sandokan, que estaba oculto bajo una lona echada sobre una escotilla.

En menos tiempo que se dice el valiente portugués se encontró en la cubierta del vapor.

—Capitán —dijo inclinándose delante de él—, tengo que entregar una carta a lady Mariana Guillonk.

—¿De dónde viene usted?

—De Labuán.

—¿Qué es lo que hace el lord?

—Estaba armando un barco para venir a reunirse con usted.

—¿No le dió a usted ninguna carta para mí?

—Ninguna, comandante.

—¡Eso es extrañol Deme usted la carta, que yo se la entregaré a lady Mariana.

—Perdóneme usted, comandante, pero soy yo el que tengo que entregarla —respondió Yáñez.

—Entonces, venga usted.

Yáñez sintió que se le helaba la sangre en el cuerpo.

—¡Si Mariana hace un gesto, estoy perdido —murmuró.

Echó una mirada a popa, y vió subidos en los penoles del parao a diez o doce piratas, y agolpados otros tantos en las escalas.

Parecía que estaban allí para lanzarse sobre los marineros ingleses, que los miraban con curiosidad.

Yáñez siguió al comandante, y bajaron juntos la escalera que conducía a la cámara de popa. El pobre portugués sintió que se le erizaba el cabello cuando oyó que el comandante llamaba en una puerta y que lady Mariana contestaba:

—¡Entre usted!

—Un mensajero de su tío, lord James Guillonk —dijo entrando el comandante.

Mariana estaba en pie en medio del camarote, pálida, pero altiva. Al ver a Yáñez, no pudo contener un estremecimiento; pero no lanzó ninguna exclamación. En el momento se había hecho cargo de todo.

Cogió la carta, la abrió maquinalmente, y la leyó con una calma admirable.

De pronto Yáñez, que se había puesto como un muerto, se acercó a la ventanita de babor exclamando:

—Comandante, allí veo un vapor que se dirige hacia este sitio.

El comandante se precipitó hacia la ventanilla para cerciorarse por sus propios ojos. Rápido como el relámpago, Yáñez se arrojó sobre él y le dió un terrible golpe en el cráneo con la empuñadura del *kriss*.

El comandante cayó al suelo medio muerto, sin lanzar ni un suspiro.

Lady Mariana no pudo contener un grito de horror.

—¡Silencio, hermanita mía! —dijo Yáñez, que amordazaba y ataba al pobre comandante—. ¡Si le he matado, Dios me perdonará!

—¿Y, Sandokan, dónde está?

—Está pronto a comenzar la lucha. ¡Ayúdeme usted a poner aquí una barricada, hermanita!

Cogió un armario muy pesado y lo empujó hacia la puerta, acumulando detrás cajas, mesas y sillas.

—Pero, ¿qué es lo que va a suceder? —preguntó Mariana.

—Lo sabrá usted pronto, milady —contestó Yáñez quitándose la cimitarra y las pistolas.

Asomó la cabeza por la ventanilla y lanzó un agudo silbido.

—¡Atención, hermanita! —dijo después, poniéndose detrás de la puerta con las pistolas en la mano.

En aquel instante estallaron sobre cubierta gritos terribles.

—¡Sangre! ¡Sangre! ¡Viva el *Tigre de la Malasia!*

Resonaron tiros de fusil y pistola; en seguida, gritos indescriptibles, blasfemias, imprecaciones, gemidos, lamentos, un chocar furioso de hierros, carreras y rumores sordos de cuerpos que caían.

—¡Yáñez! —gritó Mariana, que se había puesto pálida como una muerta.

—¡Animo! ¡Trueno de Dios! —voceó el portugués—. ¡Viva el *Tigre de la Malasia!*

Se oyeron pasos precipitados que bajaban la escalera, y algunas voces llamando:

—¡Comandante! ¡Comandante!

Yáñez se apoyó contra la barricada, y Mariana hacía otro tanto.

—¡Por mil escotillas! ¡Abra usted, comandante! —gritó una voz.

—¡Viva el *Tigre de la Malasia!* —respondió Yáñez.

Por fuera se oyeron imprecaciones y gritos de furor, y en seguida un golpe violento contra la puerta.

—¡Yáñez! —exclamó la jovencita.

—¡No tema usted! —contestó el portugués.

Otros tres golpes medio derrengaron la puerta, y un hachazo abrió en ella larga hendedura.

Introdujeron por allí el cañón de un fusil; pero Yáñez, rápido como el rayo, lo levantó y descargó una pistola a través del hueco.

Se oyó que un cuerpo caía pesadamente en tierra, mientras los demás volvían a subir precipitadamente la escalera, gritando:

—¡Traición! ¡Traición!

La lucha continuaba en el puente del barco, y los gritos resonaban más fuertes que nunca.

Mariana había caído de rodillas, y Yáñez se ocupaba en quitar los muebles.

De repente se oyó que gritaban algunas voces:

—¡Fuego! ¡Sálvese quien pueda!

El portugués palideció.

—¡Trueno de Dios! —exclamó.

Haciendo un esfuerzo desesperado derribó la barricada, cortó con la cimitarra las ligaduras que sujetaban al pobre comandante, cogió a Mariana entre los brazos, y salió corriendo.

Densas nubes de humo habían invadido ya la cubierta, y en el fondo se veían las llamas saliendo de los camarotes de los oficiales.

Yáñez subió a cubierta con la cimitarra entre los dientes.

La batalla estaba para concluir. El *Tigre de la Malasia* acometía furiosamente al castillo de proa, en el cual se habían atrincherado treinta o cuarenta ingleses.

—¡Fuego! —gritó Yáñez.

Al oír aquel grito los ingleses, que ya se veían perdidos, saltaron en revuelto montón al mar. Sandokan se volvió hacia Yáñez, derribando con ímpetu a los hombres que le rodeaban.

—¡Mariana! —exclamó cogiendo entre sus brazos a la jovencita—. ¡Mía! ¡Mía al fin!

—¡Sí, tuya; y esta vez para siempre!

En aquel mismo instante se oyó un cañonazo en alta mar.

Sandokan lanzó un verdadero rugido.

—¡El lord! ¡Todo el mundo a bordo de los paraos!

Sandokan, Mariana, Yáñez y los piratas abandonaron el buque, y se embarcaron en los tres paraos, llevándose consigo a los heridos.

En un abrir y cerrar de ojos se desplegaron las velas, los piratas pusieron manos a los remos, y los tres paraos salieron rápidamente de la bahía dirigiéndose hacia alta mar.

Sandokan llevó a Mariana a proa, y con la punta de la cimitarra le mostró un pequeño bergantín que navegaba a distancia de setecientos pasos en dirección de la bahía.

A proa, apoyado en el bauprés, se distinguía un hombre.

—¿Lo ves, Mariana? —le preguntó Sandokan.

—¡Mi tío! —balbució.

—¡Míralo por última vez!

—¡Ah, Sandokan!

—¡Trueno de Dios! ¡El! —exclamó Yáñez.

Cogió a un malayo la carabina y apuntó al lord: pero Sandokan le desvió el arma.

—¡Para mí es sagrado! —dijo téticamente.

El bergantín avanzaba con rapidez, procurando cortar el camino a los tres paraos; pero ya era demasiado tarde. El viento empujaba velozmente los barcos hacia el Este.

—¡Fuego sobre esos miserables! —se oyó gritar al lord.

Sonó un cañonazo, y la bala derribó la bandera de la piratería, que Yáñez acababa de desplegar.

Sandokan se llevó la diestra al corazón, su rostro se puso más tético y murmuró:

—¡Adiós piratería! ¡Adiós, tigres de la Malasia!

De pronto se separó de Mariana y se inclinó sobre el cañón de proa. El bergantín disparaba furiosamente, lanzando a los barcos nubes de metralla. Sandokan no se movía; seguía mirando.

De improviso se levantó y aplicó la mecha. El cañón se inflamó, y un instante después el palo trinquete del bergantín, agujereado en su base, caía al mar aplastando la amura.

—¡Mira, mira! —exclamó Sandokan—. ¡Ahora, sígueme!

El bergantín se detuvo de pronto; viraba de bordo; pero continuaba disparando.

Sandokan cogió a Mariana, la llevó a popa, y enseñándosela al lord, que gritaba como un loco en la proa de su barco:

—¡Mira mi mujer! —le dijo.

En seguida retrocedió lentamente, con la frente sombría, los ojos torvos, los labios apretados y los puños cerrados, murmurando:

—¡Yáñez, pon la proa a Java!

Dió dos vueltas sobre sí mismo y cayó en brazos de su adorada Mariana; y aquel hombre, que no había llorado en su vida, prorrumpió en sollozos, diciendo:

—¡El *Tigre* ha muerto!

FIN

BIBLIOTECA MUNICIPAL
DE MAESTROS

